

Lu
Xun

se

Kong Yiji y otros cuentos

Selección y traducción de Miguel Ángel Petrecca



Lectulandia

Esta selección presenta los relatos más importantes de Lu Xun, desde «Diario de un loco», considerado como el primer relato de la literatura china moderna, hasta «Historia verdadera de Ah Q» (tal vez su texto más conocido), pasando por «Kong Yiji», que Lu Xun consideraba su relato más logrado. Constituyen algo así como el retablo vivo y el compendio de una época turbulenta, presentada a través de una galería de personajes inolvidables, como el inefable Ah Q, en quien los contemporáneos vieron una suerte de encarnación del alma china, con su mezcla de cobardía y soberbia, servilismo y petulancia, superstición y cinismo. Dan cuenta también de la aventura de una lengua y un pensamiento en ebullición y de la amplitud de un estilo que va de la ironía feroz a la nostalgia, del ímpetu realista a la evocación lírica. La literatura de Lu Xun nos sumerge en un mundo lejano pero a la vez extrañamente vivo.

Lu Xun

Kong Yiji y otros cuentos

ePub r1.0

Titivillus 12-02-2021

Lu Xun, 2016
Traducción: Miguel Petrecca

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Prólogo

Como la mayoría de los intelectuales de su generación, la del movimiento de la Nueva Cultura que irrumpió a la vida pública en China alrededor de 1919, la figura y la obra de Lu Xun se encuentran a caballo entre el viejo orden en descomposición que caracteriza las décadas finales del imperio y el orden nuevo pero inacabado de la República surgida tras la caída de los Qing en 1911. Formado en la educación tradicional cuyo núcleo lo constituían los textos confucianos y la lengua clásica, su vida estuvo dedicada a combatir los restos del mundo obsoleto en el que se había criado y a promover la redefinición cultural del país en términos de una nación moderna, para lo cual uno de los puntos de partida debía ser una revolución literaria que reemplazara la lengua clásica (el *wenyan*) por un lenguaje literario basada en la lengua hablada (*baihua*). Esta situación de bisagra entre dos mundos llevaba aparejada una identidad partida y una contradicción esencial que lo acompañó a lo largo de toda su vida. Es lo que hará de él alguien que, pese a promover la destrucción de los valores confucianos, aceptará el casamiento (arreglado por su madre) con una mujer inculta a la que no amaba, y lo que hará que su escritura, a pesar de su compromiso con la construcción de una literatura moderna, permanezca atada a la tradición clásica en la que hundía profundamente sus raíces. Quizás es también ese carácter contradictorio el responsable de que sus textos nos interpelen con tanta fuerza todavía hoy, cien años después, pese a la desconfianza de su propio autor.

Zhou Shuren, o Lu Xun según el seudónimo por el que es más conocido, nació en 1881 en una familia letrada en decadencia de la provincia de Zhejiang. Repartida en ramas y subramas que ocupaban vastos complejos de casas con jardines, estanques y muros, puertas laqueadas, patios, puentes y senderos cubiertos de musgo, esta familia representaba todavía, a pesar de su decadencia, un denso microcosmos de tradición^[1]; un mundo regido por los valores confucianos en donde la formación en esos valores y en la literatura clásica constituía una preparación para la carrera de funcionario, a la que alguien de la clase de Lu Xun debía aspirar naturalmente. Para cualquiera que

quisiera verlo, ese mundo estaba condenado irremediablemente al menos ya desde 1842, cuando la derrota en la primera guerra del Opio puso en evidencia la absoluta inadecuación de China para enfrentar los desafíos de la modernidad; su prestigio, pese a todo, sobrevivía más o menos indemne en la época en que Lu Xun nació en la pequeña ciudad de Shaoxing, al sur del Yangtzé. El abuelo de Lu Xun tenía poco más de treinta años cuando logró pasar en 1870, después de un par de reveses, el examen de *jinshi*, lo que significaba el comienzo de una carrera algo tardía pero prometedora^[2]. Era el signo de un vuelco favorable en la fortuna de esta familia de letrados que había permanecido ya demasiadas generaciones sin un candidato exitoso, y permitía augurar, más concretamente, la posibilidad de revertir la declinación económica que los había obligado a vender poco a poco gran parte de sus tierras. Si bien la carrera del abuelo, en los años siguientes, no resultó demasiado brillante, Lu Xun pasó los primeros doce años de su vida en un contexto de relativa prosperidad y optimismo. De grande siempre recordó con nostalgia y cariño esa infancia marcada no sólo por el estudio de los clásicos y la disciplina, sino también por el mundo fantasmagórico de los relatos de la abuela y de la criada, o de las óperas populares, todo lo cual conformaba una suerte de tradición alternativa. El contraste entre esa infancia mágica y protegida y lo que vendría inmediatamente después dejó una marca muy fuerte en su memoria y fue experimentado como una verdadera caída. En 1893 el abuelo de Lu Xun, acusado de corrupción en los exámenes provinciales, es destituido de su cargo y enviado a prisión. Despojada de su principal fuente de ingresos y obligada a pagar grandes sumas para evitar la ejecución de su principal sostén, la familia se hunde en la ruina y en la vergüenza. En este contexto, no debe extrañar que Lu Xun decidiera, poco después de la muerte del padre en 1896, darle la espalda a la vía tradicional e ingresar en la academia naval de Kiangnan, una escuela de tipo occidental que había surgido en la estela de la derrota en las guerras del Opio. China acababa de ser humillada una vez más por una potencia extranjera; la guerra con Japón había concluido con la firma del tratado de Shimonseki en 1895, por el cual los Qing se comprometían a pagar una indemnización millonaria y a ceder una serie de territorios (entre los cuales la actual Taiwán). La debacle familiar y la del país parecían converger en una misma dirección. Tras egresar de la Academia de Minas y Ferrocarriles de Nankín (a la que había ingresado tras un breve paso por la Academia Naval), obtiene una beca para estudiar en Japón, que albergaba en ese momento una gran comunidad de estudiantes chinos. En Japón se despierta su vocación literaria; abandona la carrera de

medicina, vuelve a Tokyo y se embarca en una serie de proyectos fallidos, entre los cuales una revista y una colección de traducciones. De vuelta en China en 1909, pasa por diversos trabajos ligados a la enseñanza: primero, como profesor de química y fisiología en una escuela normal de Hangzhou; luego como profesor en una escuela secundaria de su ciudad natal. La revolución de octubre de 1911 que terminó con la dinastía Qing y con el imperio lo sorprende como decano de esa misma escuela. Consigue a través de un amigo un puesto en el ministerio de educación del flamante gobierno, que lo lleva primero a Nankín y luego a Pekín, donde vivirá hasta mediados de los 20. Decepcionado por lo que observa como un simple cambio de decorado, Lu Xun ocupa la mayor parte de su tiempo, durante los años que siguen, en copiar estelas antiguas y coleccionar incunables, a la manera de un letrado tradicional. Su momento llegará en 1918, cuando empieza, a instancias de un amigo de la época de Japón, su colaboración con Nueva juventud, revista que nucleaba a intelectuales reformistas como Chen Duxiu, Li Dazhao, Hu Shi y otros. Allí publica ese mismo año *Diario de un loco*, que es considerado por muchos el comienzo de la literatura china moderna. Escrito en una lengua literaria basada en el habla corriente, y utilizando recursos y formas no tradicionales derivadas de sus lecturas de la literatura occidental y especialmente rusa, el relato es una crítica violenta de los valores tradicionales y del confucianismo, denunciados como máscara disimuladora de una cultura caníbal. El cuento implicó una pequeña revolución en sí mismo y le valió una celebridad casi inmediata. Para cuando se produce el estallido del 4 de mayo de 1919, surgido como respuesta a las cláusulas del tratado de Versalles que decretaban la cesión a Japón de los territorios chinos ocupados por Alemania, Lu Xun ya es una de las caras visibles del movimiento de la Nueva Cultura.

Los relatos de *Gritos*, escritos entre 1918 y 1922, giran en gran medida en torno al fracaso de la revolución de 1911. Esta había acabado con la dinastía Qing y con el sistema imperial sólo para reemplazarlos por un simulacro de república que llevaría a la división del país en diferentes zonas, dominadas por una heterogénea serie de comandantes militares a los que se suele llamar los «señores de la guerra». La revolución funciona como un pivote o una frontera dentro del libro, en torno a la cual se pueden ubicar temporalmente muchos de los textos. «Diario de un loco» y «Kong Yiji» describen el mundo crepuscular y revuelto de finales de la dinastía Qing. El primero, como se dijo, es considerado el relato fundador de la literatura china moderna. Si existía ya una larga tradición de literatura en *baihua*, la novedad del relato es

la de combinar la escritura en *baihua* con la técnica del relato occidental (entremezclado con lecturas de Darwin y Nietzsche) y la crítica feroz del confucionismo. Es interesante notar, de paso, que la inversión operada en el texto (por la cual el personaje progresista aparece como «loco» y los «caníbales» representan la cordura) obliga al lector a realizar un gesto de interpretación y desciframiento similar al que el mismo personaje realiza al leer entre líneas los clásicos confucianos. *Diario de un loco* contiene, en ese sentido, no sólo un mensaje crítico sino también las instrucciones para la generación de ese mensaje. La efectividad de «Kong Yiji», el texto favorito del autor y sin duda uno de los más logrados del volumen, reposa en gran parte sobre la elección de ese narrador testigo que narra con distancia y apatía el destino de su protagonista. En la figura de este representante marginal de la vieja clase letrada, que habla una lengua que nadie entiende y se llena la boca con citas de los clásicos, se condensa nuevamente una crítica al confucianismo, pero también al común del pueblo que naturaliza la desgracia de Kong Yiji. Así, pese a la negatividad que encarna, la figura de Kong Yiji termina generando una fuerte empatía en el lector, no sólo a causa de su destino miserable sino también porque es el único personaje con rasgos de humanidad. Puede ubicarse en este mismo grupo de relatos a «Medicina», cuya trama se anticipaba en «Diario de un loco», en la alusión al revolucionario ejecutado cuya sangre es utilizada para remojar el pan de un enfermo (la alusión remite, en ambos cuentos, a un levantamiento fallido contra la dinastía Qing en 1907). Estructurado en una serie de escenas sueltas que giran en torno a los destinos paralelos y contrapuestos del revolucionario ejecutado y el joven enfermo, el relato termina con la imagen de las dos tumbas simbólicamente adyacentes y separadas por un pequeño camino. La imagen es tanto más simbólica en cuanto que los apellidos de ambos (Hua y Xia), juntos, remiten a una antigua manera de referirse a China. En «Historia verdadera de Ah Q», se puede observar el itinerario de una aldea anónima («Weizhuang» podría traducirse casi como «ninguna parte») en los años que preceden y siguen a la revolución de 1911. El protagonista de este relato fue leído en su época como una personificación de los defectos del «carácter chino», constituyendo una especie de diagnóstico de la enfermedad nacional a la que se le dio el nombre de «ahqüísmo». Ah Q (cuya Q puede remitir al inglés «queue» y por ende a la «cola» que todos los chinos debían llevar obligatoriamente bajo la dinastía Qing) es nadie y a la vez es todos, y así, por ejemplo, en su capacidad para mentirse a sí mismo y convertir en triunfo las derrotas no es demasiado difícil leer una crítica a la forma en que China había

tratado de convencerse de su propia superioridad cultural a pesar de las humillaciones acumuladas desde mediados del siglo XIX. Como señala Simón Leys, pese a la intención didáctica que animaba a Lu Xun, «el genio del novelista predomina aquí sobre el escritor de panfletos». Lu Xun logró dotar de vida autónoma al personaje de Ah Q, y es por eso que este ha suscitado una masa de comentarios que no han cesado nunca en su intento de definir su significado y explorar sus ambigüedades. «La tierra natal» y «La ópera de la aldea», por su parte, se aproximan en la medida en que vemos aparecer en ellos una nota de nostalgia que choca con el tono general del libro. El primero está inspirado en una experiencia personal del autor, que había tenido que viajar a Shaoxing alrededor de 1920 para terminar de vender las propiedades de la familia; como otros textos del libro, inaugura toda una tradición narrativa, en este caso asociada al tema del «regreso», casi un género en sí mismo, en el que se encarna la brecha entre la ciudad y el campo, la modernidad y el pasado, el norte y el sur. El tono nostálgico de «La ópera rural» prefigura los textos autobiográficos de «Flores del alba recogidas al atardecer» (ver «El señor Fujino») y forma un bloque aparte dentro del libro, junto con «La comedia de los patos» y otro texto no presente en esta antología («Gatos y conejos»). Los tres cierran el volumen y tienen en común, junto con el cambio de tono, un carácter genéricamente fronterizo, a mitad de camino entre la ficción (*xiaoshuo*) y el «ensayo literario» (*sanwen*).

La mayor parte de la producción estrictamente literaria de Lu Xun se concentra dentro de un periodo breve de menos de una década, entre 1918 y 1927. En esos años Lu Xun publicará dos libros de relatos (*Gritos*, 1923; *Extravíos*, 1926), más un libro de poemas en prosa (*La mala hierba*, 1927) y un libro de memorias (*Flores del alba recogidas al atardecer*, 1927). Luego de 1927 la literatura queda en un segundo plano y Lu Xun se dedica fundamentalmente al ensayo polémico, salvo por la colección *Contar nuevo de historias viejas*, de 1933, que reúne reelaboraciones paródicas de fábulas y personajes chinos tradicionales. Los cuentos de *Extravíos* están escritos entre 1924 y 1925, en momentos en que el impulso del movimiento de la nueva cultura ha retrocedido y sus integrantes se encuentran situados en trincheras opuestas. Mientras la parte conservadora del campo intelectual, asociada con el letrado tradicional, busca la «restauración de la antigüedad» (y el retorno a la lengua clásica), el campo intelectual progresista, que para entonces ya ha logrado imponer el *baihua* como lengua literaria y de enseñanza, aparece dividido en cierta forma entre una vertiente más liberal, que intenta mantener una cierta autonomía respecto de la política, y otra que reafirma su función

polémica y política. De manera interesante, esta división se superponía con frecuencia con la que distinguía, respectivamente, entre quienes habían estudiado en Estados Unidos e Inglaterra, por un lado, y en Japón por el otro (el caso de Lu Xun)^[3]. Algunos de esos intelectuales asociados a la tradición más liberal y anglosajona se aglutinaban en torno a la revista *Crítica moderna* (*Xiandai pinglun*). Con ellos, y específicamente con Chen Xiyong, Lu Xun se embarcará en una fuerte polémica entre 1924 y 1927, a partir de su apoyo a la protesta de las estudiantes de la Universidad Pedagógica, en la que era profesor. No es extraño que, en este contexto, y con la perspectiva de los años transcurridos desde el comienzo del movimiento de la Nueva Cultura, muchos de los cuentos de este libro tengan como protagonistas a personajes de intelectuales, que son objeto de una mirada crítica. Es el caso de «El solitario», donde se relata el recorrido de un intelectual que termina por poner sus talentos al servicio de un señor de la guerra, o de «En la taberna», donde el encuentro azaroso entre dos viejos compañeros de ideas es la excusa para narrar la distancia entre los sueños de juventud y la realidad. Lo mismo puede decirse de «Lamento», donde se desnuda sin piedad la distancia entre el discurso progresista y la praxis concreta. Cuando la puesta en práctica de las ideas altruistas y liberales que propugna lo lleva a perder su trabajo y encontrarse aislado en medio de la sociedad, Juansheng terminará por traicionar, para salvarse, a la mujer a quien había conquistado por medio de esas ideas. Se puede ver en «Lamento», al igual que en otros cuentos de *Extravíos*, la acentuación de un cierto antiintelectualismo que se encontraba ya incipientemente esbozado en los relatos de *Gritos*, y que es tal vez una derivación natural en el pensamiento de alguien que había aprendido a considerar la cultura como máscara. Intelectual que desconfía de las ideas, escritor que desconfía de la literatura: he aquí otra de las contradicciones que tensan la vida y la obra de Lu Xun, y que contribuirá a alejarlo casi definitivamente de la ficción luego de 1926, a medida que aumenta su compromiso político.

Convertido ya en vida, a partir de la publicación de sus relatos y de su lugar como polemista incansable, en la figura literaria de mayor peso de su generación, la influencia de Lu Xun sobre la literatura china no dejó de aumentar tras su muerte, ocurrida en 1936 en Shanghai, y sobre todo a partir de la decisión de Mao de convertirlo en la encarnación misma de su idea de la literatura al servicio del proletariado. Se iba a imponer así una visión reduccionista de su vida y obra que iba a ser determinante para ubicar a este escritor complejo en el lugar paradójico del que hoy apenas empieza a salir: el

del escritor más y a la vez menos leído de la literatura china moderna. Lo de más y menos leído también es válido para el derrotero de Lu Xun en el ámbito de la lengua castellana. Lu Xun ha sido bastante traducido, y de manera relativamente temprana, gracias al lugar que ocupaba dentro del canon maoísta. Las primeras traducciones al castellano de los relatos de Lu Xun datan de la década del sesenta y comienzos de los setenta, e incluyen las realizadas por dos escritores latinoamericanos: Sergio Pitol (quien publicó «Diario de un loco» y otros cuentos en 1971) y el chileno Luis Enrique Délano, quien también en 1971 publicó una selección de cuentos. La presente antología es, sin embargo, el primer ensayo de traducción directa del chino dentro de un país latinoamericano. Si la importancia del autor y la falta de una traducción directa ya era motivo suficiente para justificar una nueva antología, la otra razón tiene que ver con el deseo de proponer una nueva lectura de Lu Xun lejos del marco en que se produjo inicialmente su recepción, condicionada por el auge del maoísmo en China y del marxismo en Latinoamérica; una lectura que no pase por alto la potencia y la complejidad de este autor que sigue siendo fundamental para entender la literatura y la historia china modernas.

La selección realizada para este libro incluye casi todos los relatos más representativos de Lu Xun. He optado por no incluir ninguno de su tercer libro *Contar nuevo de historias viejas*, donde Lu Xun reformula en clave satírica ciertas leyendas o historias tradicionales. Responde a una lógica narrativa totalmente diferente que lo separa tanto de *Gritos* como de *Extravíos*, dos libros que conforman una suerte de díptico. Sí he incluido, al final del libro, a manera de cierre o coda, dos textos que se salen de los límites de la antología. «El señor Fujino», un hermoso texto sobre los años de formación en Japón, que pertenece al libro de memorias ya citado, y «Elogio de la noche», especie de poema en prosa, escrito tres años antes de su muerte.

Por último, cabe aclarar que para la transcripción de los nombres chinos se ha utilizado el sistema *pinyin* (el sistema chino oficial de transliteración), salvo en los casos donde existe una transliteración más antigua de uso común, lo que sucede con los nombres de algunas ciudades como «Pekín» o «Nankín», o de ciertas figuras históricas. He traducido las unidades tradicionales de medidas, salvo en el caso de «li», la unidad de distancia (equivalente a alrededor de medio kilómetro), en primer lugar para graduar la cercanía de la traducción con el original, y en segundo lugar porque, al menos para el lector de poesía clásica china, el «li» no resulta desconocido. Se ha limitado a lo mínimo e indispensable la cantidad de notas al pie, a pesar de

que en los relatos hay abundancia de referencias culturales, citas literarias, *etc.*

Bibliografía

CHEN, YIYANG. «Lu Xun xi yi shi» (*La traducción de Lu Xun al castellano*) —texto provisto por la autora.

LEYS, SIMON. «Ah Q vit-il encore?», en *Essais sur la Chine*. Paris: Laffont, 1998.

OU-FAN LEE, LEO. *Voices from the Iron House: A Study of Lu Xun*. Bloomington: Indiana Press University, 1987.

—«Genesis of a Writer: Notes on Lu Xun's Educational Experience, 1881-1909». En *Modern Chinese Literature in the May Fourth Era* (M. Goldman comp.). Harvard University Press, 1977

POLLARD, DAVID. *The true story of Lu Xun*. Hong Kong: The Chinese University Press, 2002.

SPENCE, JONATHAN. *En busca de la China moderna*. Barcelona: Tusquets, 2011.

SPENCE, JOHN. *The Gate of Heaverly Peace: Chinese and Their Revolution*. London: Penguin, 1982.

I. Gritos

(1922)

Prólogo del autor

En mi juventud yo también tuve muchos sueños. Más tarde olvidé la mayoría, y no me lamento de ello. El acto de recordar puede ser una especie de alegría, pero a veces también nos hace sentir solitarios, trayéndonos a la mente instantes pasados de soledad. Y además, ¿qué sentido tiene? Yo me amargo justamente por no poder olvidar del todo. Es esa parte que no puedo olvidar lo que se convirtió en el origen de *Gritos*.

Hubo una época, durante más de cuatro años, en que solía ir y venir diariamente de la casa de empeño a la farmacia. No recuerdo qué edad tendría, pero en todo caso el mostrador de la farmacia era de mi altura y el de la casa de empeño el doble. En un mostrador del doble de mi altura entregaba ropa o joyas, recibía el dinero en medio del desprecio y me dirigía al otro mostrador a comprar los remedios para mi padre, que arrastraba desde hacía tiempo una enfermedad. Al volver a casa tenía de qué ocuparme, porque el médico que daba las recetas era una celebridad y los ingredientes que utilizaba, bastante especiales: raíces de junco invernal, caña de azúcar que hubiera pasado tres años de escarcha, una pareja de grillos, una ardisia que hubiera dado fruto... Todas cosas difíciles de conseguir. Pese a todo esto, mi padre siguió desmejorando día tras día, hasta que finalmente murió.

Quien haya pasado de la prosperidad a la pobreza, creo que en ese camino puede llegar a conocer el verdadero rostro del mundo. Fui a la ciudad de N para ingresar en la academia de K, como queriendo probar otro camino, escapar a otro lugar, buscar otro tipo de personas. Mi madre, sin más remedio, juntó ocho yuanes para los gastos de viaje y me dijo que hiciera lo que me pareciera. Lloró, sin embargo, y era entendible, porque en ese entonces el camino normal era prepararse para el examen de funcionario; el que estudiaba «las ciencias extranjeras» era visto como una especie de desgraciado cuya única salida era vender el alma al diablo. Estaba destinado a la burla y la exclusión, y como si fuera poco tenía que estar lejos de ella. Pero todo esto a mí me tenía sin cuidado, así que finalmente fui a la ciudad de N y entré en la academia de K. Fue en la academia que supe de la existencia de las ciencias

naturales, las matemáticas, la geografía, la historia, la cartografía y la gimnasia. La fisiología no se enseñaba, pero veíamos algunos grabados del *Nuevo tratado de Anatomía* y el *Tratado de química e higiene* y otros por el estilo. Yo recordaba las elucubraciones y las recetas de los médicos chinos, y comparándolo con todo lo que conocía ahora, poco a poco me di cuenta de que la medicina china era una estafa, intencional o no. Al mismo tiempo sentía lástima por todos esos enfermos engañados y sus familiares y, a través de las historias traducidas, supe también que el resurgimiento de Japón tenía que ver en gran medida con la medicina occidental.

A causa de estos descubrimientos sencillos más tarde me inscribí en una escuela de medicina del interior de Japón. Mi sueño era muy hermoso: una vez que hubiera terminado mi preparación y me hubiera graduado, volvería para curar el sufrimiento de enfermos mal tratados como mi padre. En tiempos de guerra trabajaría como médico militar, promoviendo al mismo tiempo la fe de mis compatriotas en la reforma. No sé qué avances habrá habido en los métodos de enseñanza de la microbiología, pero en aquella época se solía mostrar la forma de los microorganismos por medio de unas diapositivas. A veces, cuando la clase había terminado antes de tiempo, el profesor proyectaba algunos paisajes o imágenes de hechos recientes, para aprovechar el rato sobrante. Era justo la época de la guerra ruso-japonesa, y naturalmente las fotos de la guerra ocupaban la mayor parte. En aquel claustro, siguiendo la euforia de mis camaradas de clase, a menudo tenía que aplaudir y vivir. Una vez, en una de las diapositivas, de golpe vi, cosa que no sucedía hacía tiempo, a un montón de compatriotas. Había uno atado en el medio, el resto estaba de pie alrededor. Todos tenían una contextura robusta, pero mostraban una mirada apagada. Según la explicación, el que se encontraba atado había espiado para los rusos y el ejército japonés estaba a punto de cortarle la cabeza para dar un ejemplo a la masa. Los otros habían venido a gozar de este espectáculo aleccionador.

Antes de que terminara ese año ya había regresado a Tokyo, pues me di cuenta entonces de que la medicina no era en absoluto una urgencia. Sin importar cuán sano o cuán fuerte sea físicamente un pueblo, mientras sea inculto y medroso está condenado a convertirse en material y público de este tipo de espectáculos, al punto que la muerte de algunos enfermos no necesariamente era una desgracia. Por eso nuestra primera tarea era cambiar las cabezas, y para lograr este cambio, naturalmente, yo pensaba en aquel momento que se debía promover el arte, y por eso deseaba iniciar un movimiento artístico. Entre los estudiantes de Tokyo había muchos que

estudiaban derecho y política, química y física, así como cursos sobre industria y policía, pero no había nadie que estudiara literatura y artes. Y sin embargo en un ambiente frío, por fortuna encontré unos pocos camaradas, aparte de los cuales reunimos algunos otros que eran necesarios, y entre todos decidimos que el primer paso, naturalmente, debía ser publicar una revista. Para el nombre pensamos en «La vida nueva», pero como en ese entonces en general pregonábamos la restauración de la antigüedad, la llamamos simplemente «Vita nova».

La fecha de publicación de la revista se acercaba, pero entonces, primero, perdimos a varios encargados de proveer textos, y luego también se esfumó el capital, de manera que al final quedamos apenas tres pobres diablitos sin un centavo. Si el momento de fundación de la revista había sido ya infausto, el momento de la derrota lo era aún más, pero luego incluso estos tres camaradas nos dispersamos cada uno por su lado, de manera que ya no podíamos hablar de sueños futuros. Este fue el final de nuestra nonata *Vita nova*.

Fue entonces que empecé a sentir un tedio que no había experimentado nunca antes. Al principio no entendía la razón; luego pensé: cada vez que una persona tiene una idea y logra el aplauso de los demás, eso lo incita a avanzar; si genera oposición, eso lo incita a pelear. Pero el que grita en medio de los vivos, sin lograr ninguna reacción, ni aplauso ni resistencia, como si estuviera de pie en medio de un desierto sin fin, de manera que no tiene de qué agarrarse, este sí que es digno de lástima, y de ahí la soledad que sentía.

Esta soledad iba creciendo día tras día, como una gran serpiente venenosa que se enroscara alrededor de mi alma.

Y sin embargo, a pesar de esta pena tan grande, no sentía rencor, porque la experiencia me había permitido reflexionar y verme a mí mismo con claridad: yo no era para nada uno de esos héroes que, con sólo levantar un brazo y pegar un grito, son capaces de congregarse miles a su alrededor, igual que nubes.

El problema era que debía encontrar una forma de deshacerme de este vacío tan doloroso. Por eso recurrí a toda clase de medios para entumecer mi espíritu, para hundirme en el común de la gente, para volver a la antigüedad. Más tarde experimenté o fui testigo de diferentes hechos aún más tristes, que no deseo recordar, esperando que desaparezcan en el barro junto con mi cerebro, pero mi plan de aletargamiento al parecer había resultado, pues ya no tenía la reacción apasionada de la juventud.

En el albergue provincial de S había una casa con tres habitaciones. Según la leyenda una muchacha se había colgado antiguamente de la acacia del patio. Esta ahora era tan alta que no se podía ni trepar, pero los cuartos seguían deshabitados. Durante años viví ahí, ocupando mi tiempo en copiar estelas antiguas. Las visitas eran pocas, y en las estelas no me encontraba con preguntas ni ismos de ningún tipo, y mi vida así, por fin, se esfumaba oscuramente. Este era mi único deseo. En las noches de verano, cuando los mosquitos se multiplicaban, sentado bajo la acacia me abanicaba con una hoja de palma, mirando los pedacitos de cielo claro a través del follaje tupido, mientras las orugas caían una tras otra, frías, sobre mi cuello.

Quien venía ocasionalmente a charlar por entonces era mi viejo amigo Jin Xinyi. Ponía su portafolio sobre la vieja mesa, se sacaba la túnica y se sentaba enfrente, con el corazón latiéndole de susto todavía a causa del perro.

—¿Con qué objeto copias estas cosas? —me interrogó una noche, luego de mirar los cuadernos en los que recopilaba las estelas.

—Ningún objeto.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

—Ningún sentido.

—Se me ocurre, tal vez... podrías escribir un texto.

Entendí lo que quería decir, porque en ese momento estaban editando la revista *Nueva juventud*, pero no sólo no había gente que los alentara, sino que tampoco tenían quien se les opusiera. Pensé que debían sentirse un poco solitarios. Sin embargo, dije:

—Imagina una habitación de hierro, sin ventanas, totalmente indestructible; adentro hay muchas personas que duermen tranquilamente, y en breve van a morir asfixiadas, pero van a entrar en la nada desde la inconsciencia del sueño, sin sentir el dolor de su muerte. Ahora comienzas a pegar gritos y despiertas a los que tienen el sueño más liviano, haciendo que estos pocos desgraciados sientan, al final, el dolor de saberse sin salvación. ¿Piensas que has hecho algo bueno por ellos? Sin embargo, si unos pocos se levantan, no puedes decir que no existe ninguna esperanza de que destruyan esa habitación de hierro.

Sí, aunque yo tengo mis ideas, en lo que respecta a la esperanza no es posible eliminarla, porque la esperanza se encuentra en el futuro, y, aun mostrando que algo era imposible no podía disuadir a mi amigo de pensar que podía no serlo. Así que finalmente acepté su propuesta y escribí un texto. Se trataba del primero de este libro: *Diario de un loco*. Más tarde, como el que comienza y ya no puede detenerse, seguí escribiendo textos con forma de

relatos, accediendo a los pedidos de mis amigos, y así se juntaron más de diez.

Pensaba que ya no era una de esas personas que no pueden dejar de expresarse en voz alta, pero tal vez no había logrado olvidar del todo el dolor de mi soledad, de manera que a veces no podía evitar lanzar gritos para alentar a algún valiente que corría en medio de la soledad, para animarlo a avanzar. En cuanto a si mis gritos eran de coraje o de tristeza, si eran odiosos o risibles, no tenía tiempo para detenerme a pensarlo; pero puesto que eran gritos de batalla, tenía que escuchar las órdenes del general, así que no dudé en cambiar los hechos, añadiendo una corona de flores sobre la tumba vacía de Yu'er en «Medicina», o evitando contar que la esposa de Shan el cuarto, en «Mañana», no cumplió el sueño de ver a su hijo, porque en ese entonces los comandantes desaconsejaban el pesimismo. En cuanto a mí, no deseaba contagiarle una soledad que me resultaba dolorosa a una juventud que en ese momento estaba soñando de la misma forma que lo había hecho yo de joven.

Con esto no es difícil darse cuenta de la distancia que hay entre mis relatos y el arte. Que hasta el día de hoy puedan merecer el nombre de «relatos» e incluso tengan la posibilidad de ser recogidos en un libro, no puede decirse que no sea un hecho afortunado. Aunque esta suerte me inquiete un poco, la posibilidad de que estos textos tengan por el momento lectores en el mundo, después de todo, es una alegría.

Por eso finalmente reúno mis cuentos y los doy a la imprenta, y por las razones ya dichas le doy como título «Gritos».

Pekín, 12 de marzo de 1922

Diario de un loco

En la época de la escuela conocí y me hice amigo de dos hermanos, cuyos nombres aquí omito. Durante años dejamos de vernos y de a poco les perdí el rastro. Días atrás, de casualidad supe que uno de ellos había contraído una enfermedad, y aprovechando un regreso a mi aldea natal hice un desvío para visitarlo. Encontré sólo al mayor, que me dijo que era su hermano el enfermo. «Aprecio la molestia que se ha tomado al venir de tan lejos, pero mi hermano se ha curado hace tiempo», me dijo. Ahora estaba en no sé qué lugar a la espera de un puesto oficial. Nos reímos y me mostró dos cuadernos donde llevaba sus diarios; en ellos podía verse, dijo, lo que había sido su enfermedad. No era mala idea, agregó, que quedaran en manos de un viejo amigo. A la vuelta los leí y descubrí que el enfermo sufría de manía persecutoria. Las palabras se mezclaban sin ton ni son y había muchas frases absurdas. La temporalidad era confusa, pero por las variaciones en el color de la tinta y la caligrafía podía verse que no había sido escrito todo en un mismo momento. Entre medio hay algunas partes más coherentes, de las cuales aquí hoy recojo una selección, que sirva para la investigación médica. He dejado tal cual los errores que encontré. Apenas he cambiado los nombres de las personas, a pesar de que se trata de simples aldeanos, sin conexión con el mundo. Dejo como título el mismo que esta persona le puso luego de curarse.

Segundo día del cuarto mes del séptimo año

1

Esta noche hay una hermosa luna.

Hacía más de treinta años que no la veía. Al verla hoy sentí una energía fuera de lo normal y me di cuenta de que todos estos años he estado como

dormido. Sin embargo, debo tener cuidado. ¿Por qué, si no, el perro de la familia Zhao me ha mirado dos veces?

Temo que haya un motivo.

2

Esta noche no hay luna. No es buen signo, lo sé. Al salir de casa esta mañana, con mucho cuidado, vi que la expresión del notable Zhao se transfiguraba, como si me tuviera miedo, o como si quisiera hacerme daño. Había otras siete u ocho personas hablando de mí. Se murmuraban al oído, temiendo ser descubiertos. A todos lados donde iba, lo mismo. El de aspecto más siniestro abrió la boca y me sonrió. Un escalofrío me atravesó el cuerpo de la cabeza a los pies, pues me di cuenta de que ya se han puesto todos de acuerdo, que ya están listos.

Tuve coraje, sin embargo, y seguí caminando. Delante había un grupito de niños hablando de mí. Su expresión era igual a la del notable Zhao, el rostro lívido. Pensé, ¿qué pueden tener contra mí unos niños? No pude contenerme y grité, «¡Díganme!». Ellos salieron corriendo.

¿Qué puede tener contra mí el notable Zhao o esas personas en la calle?, pensé. Lo único que se me ocurre es que hace veinte años les di una patada a unos *Cuadernos del Pasado* del señor Antigüedad, y este no estuvo nada contento. Aunque no se conozcan, seguro al notable Zhao le llegó el rumor y se indignó al enterarse. Debe haber hablado con esas personas para ponerlas en contra mío. ¿Pero y los niños? En esa época ellos ni habían nacido, ¿qué motivo pueden tener para mirarme con esa expresión tan extraña, como si quisieran hacerme un daño? Me aterra, me asombra, me entristece.

Ahora lo comprendo. ¡Son sus padres quienes les han enseñado!

3

Llega la noche y no puedo dormir. Para entender cualquier hecho primero es necesario investigar.

Entre ellos hay quien ha sido encadenado alguna vez por el magistrado del distrito, quien ha sido abofeteado por un caballero, o aquel a quien un pequeño funcionario le robó la mujer, o cuyos padres murieron prematuramente a causa de una deuda. Pero ni en esos momentos sus caras tenían una expresión tan feroz como ayer.

Lo más sorprendente es esa mujer que golpeaba a su hijo en la calle mientras decía: «¡No estaré satisfecha hasta que pueda darte un mordisco!». Pero sus ojos estaban fijos en mí. No pude disimular la sorpresa, y esos hombres de rostro cetrino y colmillos afilados se rieron a carcajadas. Chen se adelantó y me llevó de vuelta a casa. Todos en casa hacían como si no me conocieran, me miraban igual que los demás. Una vez que estuve adentro del estudio puso la traba de afuera, como se encierra a un pollo o a un pato. He quedado aún más confundido luego de este episodio.

Hace unos días un arrendatario de la aldea de Lobos vino a informar que la cosecha había sido un desastre. Le contó a mi hermano que en la aldea habían matado a golpes a un bandido; luego unos le sacaron el corazón y las vísceras, lo frieron en aceite y se lo comieron. Sirve para aumentar el coraje, dijeron. Hice un comentario y los dos me miraron de reojo varias veces. Recién ahí me di cuenta de que sus miradas eran iguales a la de esos hombres de afuera.

Al recordarlo, ahora, un escalofrío me atraviesa el cuerpo.

Si pueden comer personas, ¿por qué no habrían de comerme a mí?

No hay más que ver las palabras de esa mujer —«darte un mordisco»—, y la risa de esos hombres de rostro cetrino y colmillos afilados, y las palabras del arrendatario hace unos días: es evidente, se trata de un código secreto. Puedo ver que en sus palabras todo es veneno, en sus sonrisas todo es cuchillos. Sus dientes se alinean parejos, blanquísimos, son dientes de caníbal.

Aunque no soy un bandido, pienso que desde que pateé los libros del señor Antigüedad, podría estar en la mira. Parecen tener algo en mente, pero no logro adivinar qué. Más aún cuando en cualquier momento pueden darse vuelta y decir que uno es un bandido. Me acuerdo cuando mi hermano me enseñaba a componer ensayos. Cada vez que criticaba a una persona decente, me subrayaba la frase de manera aprobatoria; cuando excusaba a un réprobo, me decía: «¡Una pluma fuera de lo común, capaz de cualquier cosa!». No tengo idea de qué es lo que tienen en mente, de qué son capaces cuando se trata de comer.

Para entender cualquier hecho primero es necesario investigar. En la antigüedad el canibalismo era algo frecuente. Recordaba haber leído esto en algún lado. Me puse a hojear un libro de historia. Este libro no tenía fechas, pero en cada página aparecían borroneadas las mismas palabras: «Humanidad, justicia, virtud». Como no podía dormirme, seguí leyendo

durante casi toda una noche, hasta que al fin pude descifrar entre líneas. Por todos lados había sólo dos palabras: «Comer personas».

Todas estas palabras, palabras de los libros, palabras del arrendatario, es como si apuntaran hacia mí, sonriendo y mirándome con esos ojos raros.

Yo también soy una persona. ¡Quieren comerme!

4

A la mañana estuve un rato sentado en silencio. Chen trajo el desayuno, un plato de verduras y un plato de pescado al vapor. Los ojos del pescado, blancos y duros, la boca abierta, hacían pensar en el rostro de esos caníbales. Comí un poco, pero su consistencia resbalosa me hizo sospechar que se trataba de carne humana, y vomité. Dije:

—Chen, dile a mi hermano mayor que me aburro aquí adentro, tengo ganas de caminar por el jardín.

Chen se fue sin responder. Después de un instante, volvió sobre sus pasos y abrió la puerta.

No me moví. Me quedé estudiando qué pensaban hacer conmigo. Sabía que no estaban dispuestos a soltarme. ¡En efecto! Mi hermano vino con un anciano. Se acercó despacio, con la cabeza gacha para que no viera el brillo feroz en sus ojos, mirándome disimulado por el rabillo de los anteojos. Mi hermano dijo:

—Hoy pareces mejor.

—Sí —respondí—. He invitado al señor He para que te examine.

—Por supuesto —respondí.

¡Como si yo no supiera que este viejo era en realidad el verdugo! Con la excusa de tomarme el pulso, me palpó a ver si estaba gordito, a él le tocaría su tajada por este trabajo. No tengo miedo, pues aunque no coma carne humana, soy mucho más valiente que ellos. Tendí los dos puños para ver qué hacía. El viejo se sentó, cerró los ojos, palpó un buen rato, se quedó absorto otro rato. Luego, abriendo sus ojos de demonio, dijo:

—Evita los pensamientos raros. Reposa unos días y estarás bien.

¡Evitar los pensamientos raros! ¡Reposar! Es decir, ¡engordar! Por supuesto, para que puedan comer más. ¿A mí en qué podría beneficiarme? ¿Acaso voy a «estar bien»? Estas personas quieren comer a otras personas, pero son muy hipócritas, buscan la manera de disimularlo, no se atreven a actuar abiertamente. Es para morirse de risa. No aguanté más, y empecé a reírme a grandes carcajadas, violentamente. Me di cuenta que mi risa estaba

llena de coraje e integridad. Mi hermano y el viejo se pusieron pálidos, como aplastados por mi coraje.

Pero cuanto más coraje muestro, más ganas de comerme tienen, para absorber así parte de ese coraje. El viejo cruzó el umbral, y no había ido muy lejos cuando le murmuró a mi hermano: «Hay que apurarse a comer». Mi hermano asintió con la cabeza. ¡Tú también! Esto es impensable, pero de alguna manera lo esperaba, era mi hermano el que había juntado a la gente para comerme.

¡Mi hermano es un caníbal! ¡Soy el hermano de un caníbal!

¡Aunque termine comido por otros, seguiré siendo el hermano de un caníbal!

5

Estos días he mirado las cosas en perspectiva y he pensado, suponiendo que ese anciano no es el verdugo, suponiendo que realmente es un médico, aun así es un caníbal. En el *no sé qué de las hierbas* que escribió Li Shichen, patrono de los médicos, se dice claramente que la carne humana puede freírse y comerse. ¿Acaso puede negarlo?

En cuanto a mi hermano sin duda no es inocente. En la época en que me daba clases él mismo me enseñó que era posible, según los clásicos, «intercambiarse los hijos para comer». También, otra vez, casualmente empezamos a discutir sobre alguien reprochable, él dijo que no sólo había que matarlo sino también «comerse su carne y acostarse sobre su piel». Entonces yo aún era pequeño, el corazón me latió frenéticamente durante horas. El otro día, cuando el arrendatario de la aldea de Lobos habló de «comer el corazón y el hígado», él no pareció sorprenderse. Asintió automáticamente. Esto evidencia que sus pensamientos no han cambiado. Puesto que pueden «intercambiar los hijos por comida», pueden intercambiar cualquier cosa, comer cualquier cosa. Antes yo lo escuchaba perorar sin prestarle mucha atención. Ahora me doy cuenta de que mientras hablaba tenía restos de grasa humana en los labios y que su corazón estaba atiborrado de deseos de comerse a otros.

6

Oscuro, oscuro. No sé si es día o noche. El perro de los Zhao se ha puesto a ladrar otra vez.

La ferocidad de un león, la cobardía de un conejo, la astucia de un zorro.

7

Entiendo cuál es su forma de proceder: no quieren ni se atreven a matar abiertamente, pues temen la venganza de los fantasmas. Así que se van confabulando, van tendiendo redes por todas partes, para obligarme a que me mate. Basta con ver el aspecto de esos hombres y mujeres en la calle, hace unos días, y la conducta de mi hermano recientemente, para entender todo. Lo mejor para ellos sería que me colgara de una viga con mi propio cinturón. Así, no podría acusárselos de asesinos, y ala vez cumplirían su deseo. Puedo imaginármelos ya, tan felices que apenas son capaces de ahogar la risa. Su otra opción es matarme de miedo o de pena; aunque así quizás estaré más delgado, les alcanzará para algunos mordiscos.

¡Sólo pueden comer carroña! Me acuerdo de un libro que hablaba de una creatura, la hiena, de mirada y aspecto espantoso. Decía que las hienas suelen comer carroña, incluso huesos enormes, los trituran con sus dientes y luego se los mandan al estómago. Sólo pensarlo da miedo. La hiena es pariente del lobo, y el lobo es de la misma familia que el perro. Antes de ayer el perro de los Zhao me miró un par de veces, es evidente que él también está en la conspiración, se ha unido hace rato. El viejo miraba el piso, pero era en vano que disimulara.

El que más pena me da es mi hermano. Él también es una persona, ¿cómo puede ser que no tenga miedo y confabule con los otros para comerme? ¿Quiere decir que se ha acostumbrado y no le parece mal? ¿O acaso ha perdido la conciencia y comete el crimen a sabiendas de que es un crimen?

Maldigo a los hombres que comen a otros hombres, empezando por él. Es necesario convertirlos, empezando también por él.

8

De hecho, deberían haberlo entendido hace rato.

De repente vino alguien. No tendría más de veinte años, rasgos borrosos, una sonrisa de oreja a oreja, movía la cabeza asintiendo hacía mí, pero su sonrisa parecía falsa. Le pregunté entonces:

—¿Está bien comer personas?

Sin dejar de sonreír, dijo:

—A menos que se trate de un año de hambruna, eso no es posible.

En el acto me di cuenta, él también es de los suyos, de los que comen personas. Sentí que mi coraje se multiplicaba e insistí:

—¿Pero está bien?

—¿Qué sentido tienen estas preguntas? Déjate de bromas. Hoy hace un tiempo excelente.

El tiempo era bueno, la luna espléndida. Pero yo insistí con mi pregunta.

No estaba de acuerdo. Respondió confusamente:

—No...

—¿No? ¿Y entonces por qué lo hacen?

—¿Quién lo hace? No es verdad...

—En la aldea de Lobos comen. ¡Y en los libros está escrito! ¡En letra roja, fresca!

Se le transfiguró la expresión, se puso lívido de golpe. Dijo, abriendo bien los ojos:

—Tal vez haya gente. Siempre ha sido así...

—¿Y que siempre haya sido así significa que está bien?

—No deseo discutir este tema contigo. Deberías cerrar la boca, no haces bien al hablar de estas cosas.

Me puse de pie de un salto, abrí los ojos, la persona había desaparecido. Yo estaba todo transpirado. Era mucho más joven que mi hermano, y sin embargo formaba parte de la conspiración. Sin duda son sus padres quienes le enseñaron. A su vez él le habrá enseñado a su hijo. Así es cómo también los niños pequeños me miran feroces.

9

Todos desean comer a otros, pero también tienen miedo de ser comidos, por eso se observan con profundo recelo.

Deshacerse de este pensamiento y así vivir, caminar, comer, dormir tranquilos, ¡qué alivio sería! No es más que un paso. Pero ellos, padres, hijos, esposos, esposas, amigos, maestros, alumnos, enemigos, completos desconocidos, se han coligado, y se exhortan y se controlan mutuamente, y prefieren morir antes que dar el paso.

10

Temprano a la mañana fui en busca de mi hermano. Estaba de pie delante de la puerta de la sala mirando el cielo. Me puse detrás, bloqueando la puerta,

y con un tono más calmo y amable de lo habitual le dije:

—Hermano, necesito decirte algo.

—Habla —giró la cabeza rápido hacia mí, asintiendo.

—Son pocas palabras, pero no logro que salgan de mi boca. Hermano, tal vez en el principio ocasionalmente los hombres primitivos comían a otros hombres. Más tarde, hubo algunos que dejaron de hacerlo, porque su pensamiento había cambiado. El momento en que cambiaron su paladar fue también el momento en que se convirtieron en hombres, verdaderos hombres. Algunos, sin embargo, siguieron comiendo. Es lo mismo que con los insectos, algunos se convirtieron en pájaros, peces, monos, así hasta convertirse en hombres. Otros no deseaban mejorarse y son insectos hasta el día de hoy. ¡Comparados con los que no comen carne humana, qué despreciables son estos hombres que sí lo hacen! Mucho más que los insectos comparados con los monos.

»Yi Ya cocinó a su propio hijo y se lo dio a comer a Jie y a Zhou, esta es una historia antigua. Lo que nadie sabe es que desde la época en que Ban'gu abrió el cielo y la tierra, hasta llegar al hijo de Yi Ya, la costumbre de comer carne humana se mantuvo sin interrupción; y desde el hijo de Yi Ya, sin interrupción hasta Xu Xilin^[4]. Y luego, desde Xu Xilin hasta la persona que atraparon en Lobos. Y también el año pasado, cuando ejecutaron a un criminal en la ciudad, un enfermo de tuberculosis remojó un pan en su sangre y lo lamió.

»Si ellos quieren comerme, tú eres uno solo y no puedes hacer nada. ¿Pero qué necesidad tienes de unírte a ellos? Los hombres

Ban'gu es una figura central de la mitología china ligada al origen del mundo. Xu Xilin es un militante del movimiento anti-manchú; fue ejecutado en 1907 acusado de conspirar contra la dinastía. Yi Ya es un personaje histórico de la época del siglo VII a. C., cocinero y funcionario del duque de Qi. El personaje hace referencia a un episodio relatado en el Guanzí, que cuenta que el duque de Qi le habría dicho a su cocinero que lo único que no había probado en su vida era carne humana.

Que comen a otros hombres son capaces de cualquier cosa; pueden comerme a mí, pero también pueden comerte a ti, pueden comerse entre ellos. Pero basta con dar el paso, basta con cambiar, y en seguida conviviríamos en paz. Aunque siempre haya sido así, hoy podemos ser diferentes, podemos ser mejores. ¡Di que no es posible! Hermano, sé que eres capaz, hace dos días el arrendatario quería bajar el alquiler y dijiste esas palabras: no es posible».

Al principio mantuvo su sonrisa irónica. Luego, en seguida, los ojos fueron adquiriendo una expresión feroz, y al llegar al momento en que develaba la conspiración se puso pálido. Frente a la puerta de calle había un grupo de personas. El notable Zhao y su perro estaban entre ellos. Estirando la cabeza, en actitud fisgona, se fueron metiendo. De algunos no se podía ver el rostro, como si lo tuvieran oculto con una tela. Otros, como siempre, tenían el rostro cetrino y los colmillos salientes, y sonreían con una mueca. Me di cuenta de que eran todos del mismo grupo, todos caníbales. Pero también me di cuenta de que sus pensamientos diferían: unos pensaban que siempre había sido así, que estaba bien hacerlo; otros sabían que estaba mal, y aun así querían hacerlo, aunque temían ser descubiertos. Mientras me escuchaban se iban poniendo cada vez más furiosos, a pesar de su mueca irónica.

Entonces mi hermano, adoptando de golpe una expresión feroz, exclamó:
—¡Salgan todos! ¿Nunca han visto a un loco?

Entendí ahí una de sus astucias. No sólo no tenían intenciones de cambiar, sino que tenían planeado hacerme pasar por loco. En el futuro, cuando me comieran, no sólo no tendrían ningún problema sino que incluso no faltaría quien les agradeciera. El arrendatario había dicho que habían comido entre todos a un bandido, era el mismo proceder. La misma treta de siempre.

También Chen se acercó furioso. Pero no podían cerrarme la boca, tenía que hablar con esas personas:

—¡Ustedes pueden cambiar! ¡Cambiar de verdad! Tienen que saber que en el futuro no hay lugar en el mundo para los caníbales. Si no se reforman, se terminarán comiendo entre sí. ¡Aún si engendran muchos hijos, serán eliminados por los hombres verdaderos, de la misma forma que el cazador mata a un lobo! ¡De la misma forma que a un insecto!

Chen hizo salir a la gente. Mi hermano no sé a dónde se había ido. Chen trató de hacerme entrar en mi cuarto. Estaba oscuro adentro. Las vigas y travesaños temblaban sobre mi cabeza. Temblaron un rato, luego comenzaron a agrandarse y a apilarse sobre mi cuerpo. Pesadas, pesadas, no tenía posibilidad de moverme. Su intención era clara, querían matarme. Me di cuenta de que su peso era falso y comencé a forcejear, transpiré enormemente. Pero aun así necesitaba seguir:

—¡Cambien ahora! ¡Cambien de verdad! ¡Deben saber que en el futuro no hay lugar para los hombres que comen a otros hombres...!

El sol no sale, la puerta permanece cerrada, dos comidas por día.

Agarro los palillos y pienso en mi hermano. Me doy cuenta de que es él el responsable de la muerte de nuestra hermana menor. Mi hermana tenía apenas cinco años, se veía adorable e indefensa. Me parece estar viéndola. Mi madre lloraba sin parar, pero él le decía que no llorara. Lo perturbaba el llanto, sin duda, porque él mismo la había comido. Si es que todavía era capaz de sentir remordimientos...

Mi hermano se comió a mi hermana. Si mi madre supo esto o no, no tengo manera de saberlo.

Pienso que debía saber. No dijo nada, a pesar de su llanto, pues seguro creía que estaba bien. Recuerdo que cuando tenía cuatro o cinco años estaba tomando el fresco frente a la sala, y mi hermano dijo que cuando los padres enfermaban el deber de un buen hijo era cortarse un trozo de carne, hervirlo y dárselo de comer. Mi madre no dijo que estuviera mal. El que puede comer un trozo puede comer una persona entera. Pero la forma de llorar aquel día, cuando la recuerdo ahora, realmente me da pena. ¡Qué cosa tan extraña!

12

No puedo pensar más.

Un lugar en donde, a lo largo de cuatro mil años, sin interrupción, se ha comido carne humana. Recién hoy caigo en la cuenta, yo también he vivido aquí todos estos años. Mi hermano se encargaba de la casa en el momento en que mi hermana murió. ¿Qué impide que haya mezclado su carne con la comida, y que nos haya dado de comer a escondidas?

Quién sabe si, sin darme cuenta, no comí un trozo de carne de mi hermana, y ahora es mi turno...

Tengo detrás de mí una historia de cuatro mil años de canibalismo... Ahora que finalmente lo comprendo, ¿Cómo puedo mirar a la cara a un verdadero ser humano?

13

¿Tal vez quedan niños que no hayan probado carne humana? ¡Salven a los niños!

Marzo de 1919

Kong Yiji

Las tabernas de Luzhen eran diferentes a las de otros lugares. Todas tenían un gran mostrador en forma de escuadra que daba a la calle, dentro del cual había agua hirviendo para calentar el vino a todo momento. En la pausa del mediodía o al terminar el trabajo a la tarde, los jornaleros venían generalmente por un tazón, que veinte años atrás costaba cuatro monedas (ahora costará unas diez), y de pie contra la barra bebían el vino caliente y descansaban. Por una moneda más podían comprar un plato de brotes de bambú salados, o unas habas anisadas, para bajar el vino, y por algo más de diez monedas un plato con carne, aunque estos clientes, de túnica corta, en general no podían darse ese lujo. Sólo los de túnica larga entraban con parsimonia al salón, pedían vino, pedían platos de comida y comían sentados, lentamente.

A los doce años empecé a trabajar como empleado en la taberna *Prosperidad universal* que estaba a la entrada del pueblo. El patrón decía que tenía demasiada cara de tonto y que temía que no supiera atender a los clientes de túnica larga. Por eso me había mandado a trabajar en la vereda. Con los clientes de afuera el trato era más llano, pero había unos cuantos que hablaban sin parar y embrollaban todo. Siempre querían mirar con sus propios ojos cuando se sacaba el vino de la vasija, vigilaban si en la jarra había agua, luego controlaban que se pusiera la jarra en el agua caliente, y sólo entonces se tranquilizaban. Bajo esta vigilancia estricta, resultaba muy difícil diluir el vino, así que después de unos días el patrón dijo que no servía. Por suerte, la persona que me había recomendado tenía influencia y no podía echarme así nomás, por lo que simplemente me cambió de lugar y me encomendó la aburrida labor de calentar el vino.

Desde entonces estaba todo el día detrás del mostrador ocupado en esta tarea. Aunque cumplía sin mayores percances, el trabajo me resultaba monótono y me aburría. El patrón estaba siempre con mala cara, y los clientes tampoco eran amables, no había nada para alegrarlo a uno. Sólo cuando Kong

Yiji llegaba al negocio podía reírme un rato, y es por eso que hasta el día de hoy me acuerdo de él.

Kong Yiji era la única persona de túnica larga que bebía de pie en la vereda. Era muy alto, de rostro pálido, con arrugas entre las que se veía con frecuencia alguna cicatriz; tenía una barba gris y desgredada. Su túnica estaba sucia y raída, como si no hubiera sido remendada ni lavada en años. Hablaba con expresiones rebuscadas y arcaicas, de manera que nadie le entendía mucho. Su apellido era Kong, y le habían puesto de apodo Kong Yiji en referencia a una frase abstrusa («Kong Yiji, el gran hombre») de esas cartulinas con que los niños aprendían a escribir. En cuanto llegaba a la tienda, todos lo miraban y se reían. Algunos le gritaban:

—Kong Yiji, ¿y esas nuevas cicatrices?!

Él no respondía; decía en dirección al mostrador:

—Dos tazones de vino caliente y un plato de habas anisadas —mientras alineaba las nueve monedas.

Los otros exclamaban a propósito:

—¡Seguro que estuviste robando!

Kong Yiji abría grandes los ojos y decía:

—¿Qué ganan difamando a una persona inocente?

—¿Inocente? Te vi con mis propios ojos: te colgaron de una cuerda y te dieron una paliza por robar un libro de la familia He.

La cara de Kong Yiji se ponía toda roja y se le marcaban las venas de la frente, mientras se defendía:

—Llevarse un libro no es robar... ¡Robar libros!... Son asuntos de gente letrada, es ridículo hablar de robo.

Luego venía una seguidilla de frases incomprensibles, citas de Confucio como: «El sabio tiende a la pobreza», y otras por el estilo, que hacían estallar de risa a todo el mundo, de manera que tanto adentro como afuera el ambiente se ponía animado.

Según lo que había escuchado, era verdad que Kong Yiji tenía estudios, pero no llegó a pasar el primer examen de la carrera de funcionario, y tampoco era capaz de ganarse la vida. Por eso, con el tiempo se fue volviendo cada vez más pobre, hasta convertirse casi en un mendigo. Tenía por fortuna una buena caligrafía, así que a veces le encargaban la copia de un libro a cambio de un plato de arroz. El problema era su temperamento, le gustaba la bebida más que el trabajo. Luego de unos pocos días desaparecía con los libros, el papel, la pluma y el tintero. Sucedió así varias veces, hasta que ya no quedó nadie dispuesto a encargarle un trabajo, y a Kong Yiji no le quedó más

remedio que dedicarse a algunos robos menores. Sin embargo, en nuestra tienda su comportamiento era impecable: nunca arrastraba una deuda. A veces, si no tenía plata encima, se le anotaba, pero antes del mes ya había devuelto la plata y su nombre era borrado de la pizarra.

Kong Yiji bebió medio tazón de vino, mientras su cara recuperaba poco a poco el color original. Alguien preguntó desde un costado:

—Kong Yiji, ¿es verdad que sabes escribir?

Kong Yiji lo miró con la indiferencia de quien considera inútil embarcarse en una discusión. Otro continuó:

—¿Entonces por qué no sacaste ni media mención en el examen local?

Kong Yiji mostró en el acto una gran desazón y la cara se le agrisó mientras farfullaba algunas palabras. Estaban llenas de expresiones como «allende esto» o «antes bien» u «otrosí», que nadie entendía. Todo el mundo estalló en carcajadas y el bar se puso animado de repente.

En esas ocasiones yo podía unirme al jolgorio general sin que el patrón objetara. De hecho, muchas veces era el patrón mismo el que le hacía estas preguntas, para divertir a los presentes. Kong Yiji sabía que no podía conversar con ellos, y sólo le quedaba hablar con los niños. En una ocasión me preguntó si había ido a la escuela. Yo asentí vagamente con la cabeza. Él continuó:

—Ya que fuiste a la escuela... voy a tomarte un pequeño examen. ¿Cómo se escribe el carácter «anís»?

Cómo esta especie de mendigo tiene el tupé de querer enseñarme algo, pensé, y di la vuelta cara, ignorándolo. Kong Yiji esperó un rato largo, luego dijo, afablemente:

—¿No sabes cómo escribirlo? Voy a enseñarte... Es importante que te lo aprendas, tienes que grabarte estos caracteres. Más adelante cuando seas patrón te van a servir para hacer la cuenta.

Pensé que estaba muy lejos de ser dueño de nada, y además el patrón nunca agregaba las habas anisadas a la cuenta. Me daba risa y me exasperaba a la vez. Le respondí de mala gana:

—¿Quién te pidió que me enseñes nada? Obviamente se escribe con la clave vegetal arriba y en la parte de abajo el carácter que significa volver.

Kong Yiji puso una expresión de contento, golpeó sobre el mostrador con dos de sus uñas largas y asintió:

—¡Correcto, correcto! A su vez, el carácter de «volver» se puede escribir de cuatro formas diferentes, ¿sabías?

Ahora mi paciencia se había acabado, así que me alejé con una mueca furiosa. Kong Yiji había mojado una uña en el vino y estaba por escribir el carácter sobre el mostrador, pero al advertir mi desinterés, suspiró con una expresión triste.

A veces, atraídos por las risas, los chicos de la vecindad venían a ver la animación y rodeaban a Kong Yiji. Entonces él les daba de comer de sus habas anisadas, una a cada uno. Los chicos terminaban de comer y se quedaban ahí, con los ojos en el plato. Kong Yiji, alarmado, cubría el plato con las dos manos abiertas y decía, inclinándose hacia abajo:

—Casi no queda, no queda casi nada.

Se erguía y miraba otra vez las habas, sacudiendo la cabeza para sí mismo:

—¡Nada, casi nada! ¿Les parece mucho esto? No, no lo es.

Y los chicos se dispersaban entre risas.

De esta manera Kong Yiji divertía a la gente, pero cuando no estaba él las personas pasaban el tiempo igual.

Un día, debía ser dos o tres antes de la fiesta de la luna, el patrón estaba lentamente haciendo las cuentas, cuando de repente bajó la pizarra y dijo:

—Hace mucho tiempo que Kong Yiji no viene. ¡Nos debe diecinueve monedas!

Recién en ese momento me di cuenta que, efectivamente, hacía mucho que no venía. Alguien que estaba bebiendo interpuso:

—¿Cómo podría venir? Le han roto las piernas.

El patrón dijo:

—¡Ah!

—Como siempre, robando —siguió el otro.

—Esta vez él mismo se cavó la fosa, robó en la casa de un diplomado provincial. ¿A quién se le ocurre robarle a una persona así?

—¿Y luego?

—¿Luego? Primero lo hicieron escribir la confesión, luego lo golpearon, la paliza duró casi toda una noche, y finalmente le rompieron las piernas.

—¿Y luego?

—Luego le rompieron las piernas.

—¿Y cómo quedó?

—¿Que cómo quedó? ¿Quién sabe? Quizás esté muerto.

El patrón no preguntó más, y continuó haciendo lentamente las cuentas.

Luego de la fiesta de la luna, el viento de otoño sopla cada día más frío, anunciando la proximidad del invierno. Yo estaba todo el día cerca del fuego,

y aún así debía usar un abrigo de lana. Una tarde, en la que no había clientes y estaba sentado con los ojos cerrados, de golpe escuché una voz.

—Un tazón de vino caliente.

Aunque apenas audible, la voz me resultaba muy familiar. Miré, y no vi a nadie. Me puse de pie, miré para afuera, y entonces vi a Kong Yiji sentado bajo el mostrador, frente al umbral. Tenía el rostro negro y flaco, un aspecto deplorable; llevaba un saco forrado, las piernas cruzadas sobre una bolsa tejida, que colgaba del hombro con una cuerda; al verme, dijo de nuevo:

—Un tazón de vino caliente.

El patrón también asomó la cabeza, mientras decía:

—¿Kong Yiji? ¡Todavía me debes diecinueve monedas!

Kong Yiji, desolado, levantó la cabeza y contestó:

—La próxima vez devolveré lo que debo. Acá tengo dinero, tráiganme el vino.

El dueño, como de costumbre, le dijo riéndose:

—Kong Yiji, ¡otra vez robando!

Pero esta vez Kong Yiji apenas se defendió. Se limitó a decir:

—No hagan bromas.

—¿Qué broma? Si no hubieras robado, no te habrían roto las piernas.

Kong Yiji murmuró:

—Me tropecé, me tropecé...

Con la mirada parecía suplicarle al patrón que dejara el tema. Para entonces, ya se habían juntado varias personas alrededor y todos se reían con el patrón. Calenté el vino, lo llevé y lo puse sobre el umbral. De un bolsillo roto sacó cuatro monedas y me las puso en la mano. Vi que sus manos estaban llenas de barro, y caí entonces en la cuenta de que había llegado empujándose con ellas. Un rato más tarde, terminó de beber y se fue lentamente, en medio de las risas, de la misma forma que había venido.

Luego de esa vez, pasó de nuevo mucho tiempo sin que Kong Yiji apareciera. Al final del año, en el momento de bajar la pizarra el patrón dijo:

—¡Kong Yiji todavía me debe diecinueve monedas!

Al año siguiente al llegar la fiesta del bote del dragón, volvió a decir:

—¡Kong Yiji todavía me debe diecinueve monedas!

Al llegar la fiesta de la luna ya no dijo nada. Vino fin de año, y siguió sin aparecer. Hasta el día de hoy no lo he vuelto a ver. Casi seguro, Kong Yiji debe estar muerto.

Marzo de 1919

Medicina

1

Era el final de una noche de otoño, cuando la luna ya se ha puesto pero el sol todavía no sale, y queda apenas un cielo de un azul oscuro. Salvo las creaturas noctámbulas, todo dormía. Hua Shuan se incorporó de golpe sobre la cama, raspó un fósforo y encendió a su lado la lámpara grasienta. Una luz blancuzca se difundió de inmediato por las dos habitaciones de la casa de té.

—¿Ya vas?

Era la voz de una vieja. Desde el cuarto de adentro vino también una ráfaga de tos:

—Hum —respondió Shuan, sin dejar de abotonarse la ropa.

Luego extendió la mano y dijo:

—Dámelo...

La señora Hua hurgó un buen rato bajo la almohada y sacó un paquete de monedas de plata que le entregó al viejo. Este lo metió temblorosamente en el bolsillo y apretó dos veces del lado de afuera. Luego encendió el farol y apagando de un soplo la lámpara caminó hacia la habitación interior. Se escuchó como un roce adentro, y a continuación otra vez la tos. Shuan esperó a que se detuviera, y entonces dijo en voz muy baja:

—No te levantes, hijo... Tu madre se encargará de la tienda.

Como no hubo respuesta, Shuan supuso que el hijo se había vuelto a dormir plácidamente, y salió por la puerta. La calle estaba sumida en la oscuridad y no se veía ni un alma. Lo único que alcanzaba a distinguirse claro era un camino color ceniza. Avanzó paso a paso, con la luz del farol sobre sus pies. Cada tanto se cruzaban en su camino unos perros silenciosos. Afuera hacía mucho más frío que en la casa, pero Shuan sentía un vigor nuevo, como si hubiera regresado de golpe a su juventud, o hubiera obtenido un poder mágico capaz de dar vida, y su paso se convirtió en zancada. El camino se hacía cada vez más claro a medida que andaba, el cielo cada vez más luminoso.

Concentrado en su andar, se sobresaltó de repente al divisar a lo lejos un camino que se atravesaba formando una T. Retrocedió unos pasos hacia el alero de un negocio cerrado y se quedó de pie apoyado contra la puerta. Al rato, comenzó a sentir frío.

—Hey, un viejo.

—Parece más bien contento...

Se sobresaltó otra vez, y al abrir los ojos vio a unos hombres que pasaban delante de él. Uno se dio vuelta para mirarlo: su aspecto era difuso, pero los ojos brillaban con una luz de codicia, como un hambriento que ve comida después de mucho tiempo. Shuan vio que el farol ya se había apagado; se palpó el bolsillo para comprobar que el paquete seguía ahí. Levantando la cabeza miró a un lado y a otro y no vio más que un montón de gente extraña, en grupos de dos o tres, que iban de acá para allá como fantasmas. Pero cuando miró de nuevo, aguzando la vista, no descubrió nada extraño.

Poco después vio a varios soldados que se desplazaban por ahí. De lejos se distinguía claramente también, delante y detrás del uniforme, un círculo blanco, y en los que pasaban delante podía verse el bordillo rojo oscuro. Se escucharon unas pisadas, y en un abrir y cerrar de ojos ya se había juntado una muchedumbre. Los grupos sueltos de dos y de tres se habían reunido de golpe en un montón, empujaban hacia adelante como una ola y al llegar a la encrucijada se detuvieron de golpe y formaron una medialuna.

Shuan miró también hacia allí y sólo vio las espaldas de un montón de personas. Los cuellos bien estirados, como un montón de patos agarrados por una mano invisible que los levantara. Hubo un silencio, luego algo como una voz, luego todos se pusieron en movimiento otra vez, con gran estrépito, y comenzaron a retroceder, en estampida, hacia el lugar donde se encontraba Shuan, llevándoselo casi por delante.

—¡Hey! ¡Primero el dinero, luego la mercancía!

Un hombre, vestido todo de negro, estaba de pie frente al viejo. Sus ojos se fijaron en él como dos puñales, haciéndolo encogerse sobre sí mismo. Una de las manos enormes del hombre estaba extendida en su dirección; la otra sostenía un pan de un color rojo vivo que goteaba gota tras gota.

Shuan sacó rápido el dinero e hizo el gesto de entregárselo, temblando, sólo que no se atrevía a recibir lo del otro. El hombre comenzaba a impacientarse:

—¿A qué le temes? —bramó—. ¿Por qué no lo agarras?

Shuan dudó aún. El hombre le arrebató el farol y, quitándole la pantalla de papel, envolvió el pan y se lo dio. Tomó el dinero con la otra mano, lo estrujó

un poco y se alejó, murmurando:

—Viejo inútil...

—¿Para quién es este remedio? —le pareció oír que alguien preguntaba, pero no respondió. Sus pensamientos estaban enteramente puestos en ese paquete, como si llevara abrazado ahí al único heredero de diez generaciones. Nada tenía importancia fuera de eso. Quería llevar a su casa la vida nueva contenida dentro de ese paquete y cosechar la felicidad. El sol había salido y hacia adelante se veía un camino grande que iba derecho hacia su casa. Detrás, sobre el cartel deslucido en la encrucijada se veían aún los cuatro caracteres de un dorado opaco: «Entrada del antiguo Pabellón de...».

2

Shuan caminó hasta su casa. La tienda ya estaba lista hacía rato, las hileras de mesas brillaban suavemente, pero no había clientes aún. El pequeño Shuan desayunaba solo, sentado a una mesa alejada de la calle; grandes gotas de sudor le bajaban por la frente, las vértebras se le pegaban al saco y los omóplatos sobresalían en relieve formando una A. Al ver esto, el viejo frunció de nuevo el ceño, sin darse cuenta. Su mujer se acercó apresuradamente desde el horno, los ojos bien abiertos y los labios temblándole un poco.

—¿Lo conseguiste?

—Sí.

Deliberaron un instante junto al horno. La mujer salió y volvió al rato con una hoja de loto seca, que colocó sobre la mesa. Él abrió la pantalla de la lámpara y envolvió el pan rojo en la hoja de loto. El pequeño Shuan había terminado de comer; su madre se dirigió hacia él apresuradamente:

—Quédate sentado, hijo. No vengas para este lado.

Mientras recomponía el fuego del horno, Shuan arrojó adentro un paquete verde y la ajada pantalla roja y blanca. Hubo una llamarada roja y negra y luego un olor extraño se difundió por toda la tienda.

—¡Qué bien huele! ¿Qué están comiendo?

El joven caballero jorobado acababa de llegar. Pasaba todo el día, todos los días, en la casa de té; era el primero en llegar y el último en irse. En este momento justo se había deslizado hasta una mesa ubicada en un rincón junto a la calle. Se sentó y preguntó, pero no recibió ninguna respuesta.

—¿Sopa de arroz?

De nuevo, nadie respondió. Shuan salió apresuradamente y le sirvió té.

—¡Hijo, entra!

La mujer le indicó al chico que entrara a la habitación interior y puso un banco para que se sentara. Luego acercó un plato con una cosa redonda y de un color negro, y dijo suavemente:

—Come, vamos, con esto te curarás.

El pequeño Shuan agarró la cosa oscura y la miró un instante, como si lo que sostuviera entre sus manos fuera su propia vida. Era una sensación extrañísima. Con mucho cuidado lo partió en dos pedazos y del interior de la corteza quemada se escabulló un vapor que en seguida dejó a la vista dos mitades de un plan blanco. Al poco rato ya todo estaba dentro de su estómago, pero no hubiera podido decir qué gusto tenía. Delante sólo quedaba un plato vacío. A un lado, de pie, estaba su padre; al otro, su madre. Lo miraban como si quisieran inyectar algo en su cuerpo y extraer a la vez otra cosa. El corazón comenzó a latirle rápido; se colocó las manos sobre el pecho y empezó a toser de nuevo.

—Duerme un rato y estarás bien.

Obedeciendo a su madre, sin parar de toser, el pequeño Shuan se durmió. La mujer esperó a que su respiración se calmara y sólo entonces lo cubrió con la colcha remendada.

3

La casa de té estaba llena. Shuan, atareado, iba de acá para allá con una gran tetera de bronce, sirviéndoles agua a los clientes. Tenía unas profundas ojeras alrededor de los ojos.

—¿Te sientes mal, Shuan? ¿Estás enfermo? —el que hablaba era un hombre de barba gris.

—No.

—¿No? Debe ser cierto, por la manera como sonríes... —se retractó barba gris.

—Shuan sólo está ocupado. Si su hijo... —el jorobado no había terminado de hablar cuando irrumpió en la tienda un hombre de rostro fiero, vestido con una camisa oscura y desabotonada, sujeta apenas a la cintura por medio de un ancho cinturón oscuro. Apenas entró gritó en dirección a Shuan:

—¿Ya lo tomó? ¿Está bien? ¡Eres un hombre de suerte! Has tenido suerte, si no fuera por mis contactos...

Con la tetera en una mano y la otra colgando de manera respetuosa, Shuan escuchaba y sonreía. Los hombres que llenaban el lugar también escuchaban

atentamente. La señora Hua, con la cara ojerosa igual que su marido, acercó sonriente un tazón con hojas de té y le agregó una aceituna; luego Shuan vertió agua caliente.

—¡Cura asegurada! No es algo de todos los días. Piensa, sangre todavía caliente... —el hombre de rostro fiero no dejaba de gritar.

—De verdad. Si no fuera por el señor Kangda, ¿qué habiéríamos hecho?... —dijo la mujer, agradecida.

—Es seguro, infalible. La ha tomado caliente. ¡Un pan con sangre así cura cualquier tuberculosis!

Al escuchar la palabra «tuberculosis» el rostro de la mujer se transformó, como si algo la turbara. Pero de inmediato forzó una sonrisa y se alejó de un salto. El señor Kangda, sin percatarse de nada, siguió vociferando aún más alto, de manera que el pequeño Shuan, uniéndose a él, comenzó a toser desde adentro.

—Así que tu hijo ha tenido suerte. No hay dudas de que va a curarse completamente. Con razón andas con esa sonrisa.

Barba gris, mientras hablaba, se acercó al señor Kangda y le preguntó tímidamente:

—Señor Kangda, escuché decir que uno de los delincuentes ejecutados hoy era un hijo de la familia Xia.

—¿Era el hijo de quién? ¿Qué ha sucedido?

—¿De quién? ¿Quién si no el hijo de la cuarta mujer de los Xia? ¡Ese sinvergüenza!

El señor Kangda se dio cuenta de que alrededor todos estaban pendientes de sus palabras y sintió una alegría rara, los músculos horribles de la cara se le hincharon, su voz fue subiendo de tono:

—Esa basura estaba buscando la muerte y la encontró. Pero esta vez yo no he sacado nada para mí; hasta la ropa que le arrancaron fue a parar a manos del bizzo Ah Yi, el guarda cárcel. El más afortunado ha sido nuestro viejo Shuan. El segundo ha sido el tercero de los Xia, que se ganó sus 25 onzas de plata pura. Todo para su bolsillo, sin gastar un centavo.

El pequeño Shuan salió lentamente del cuartito interior, apretándose el pecho con ambas manos y tosiendo sin parar. Caminó hasta el horno, se llenó un plato con arroz frío, se sirvió un vaso de agua caliente y empezó a comer. La mujer, siguiéndolo, preguntó suavemente:

—Hijo, ¿te sientes mejor? ¿Sólo sientes hambre, como antes?

—¡Es seguro! ¡No puede fallar!

El señor Kangda le guiñó un ojo al pequeño Shuan y luego, girando la cara, se dirigió al gentío que llenaba el cuarto:

—El tercero de los Xia fue inteligente. Si él mismo no hubiera ido a hablar con las autoridades, le hubieran cortado la cabeza a toda la familia. ¿Y ahora en cambio? ¡Dinero! ¡Y esa basura no valía nada! En la prisión todavía quería convencer al guardia de que debía rebelarse.

—¡Qué espanto! —dijo desde el fondo un hombre de unos veinte años con aspecto indignado.

—Para que sepan, el bizco Ah Yi quiso sondearlo un poco, pero el otro comenzó a hablar estupideces. Decía: «El imperio de los Qing es nuestro». ¿Así habla alguien que está en sus cabales? El bizco sabía que en su casa no había más que una anciana, pero no esperaba que fuera tan pobre, no pudo exprimirle ni un centavo. Eso de por sí lo había enfurecido, y cuando el otro encima empezó con esas estupideces, ¡ahí mismo le dio dos cachetadas!

—El hermano Yi es bueno en artes marciales, las dos cachetadas le habrán bastado —dijo el jorobado desde un rincón, animándose de repente.

—A este pocacosa no le importaban los golpes, seguía diciendo «pobre, pobre».

Barga gris interpuso:

—¿Pobre? ¡Se lo merecía!

El señor Kangda lo miró con desprecio, sonrió sarcásticamente y dijo:

—No has entendido lo que dije. ¡Quería decir que sentía pena por Ah Yi!

La mirada de los oyentes se quedó de repente en blanco; las palabras también se acabaron. El pequeño Shuan ya había terminado de comer; entre tanto, el cuerpo se le había cubierto de sudor y la cabeza le humeaba.

—¿Pena por Ah Yi? Palabras de loco, directamente de loco —dijo barba gris, como entendiendo de repente.

—Loco —dijo el muchacho de veinte años, con el mismo aire de entender de repente.

Luego los clientes sentados dentro del local, volviendo a la vida, empezaron a conversar y a reír. El pequeño Shuan aprovechó la animación y tosió con todas sus fuerzas. El señor Kangda se acercó y le palmeó la espalda, mientras le decía:

—¡No puede fallar! Ya no tienes por qué toser, muchacho. ¡Es infalible!

—Loco —repetía el jorobado, moviendo la cabeza.

El área junto a la muralla fuera de la puerta oeste era originalmente terreno público. En el medio hay un caminito zigzagante que han formado las suelas de los hombres que pasan por ahí buscando un atajo, pero que se ha convertido en una frontera natural. A la izquierda del camino se entierra a los condenados a muerte o los que han muerto en prisión de alguna enfermedad; a la derecha, están las tumbas amontonadas de los pobres. A ambos lados las tumbas se enciman una sobre otra, como los panes en la mesa de una familia rica.

La Fiesta de los Muertos tocó más fría de lo normal ese año, y los sauces recién dejaban ver unos brotes del tamaño de medio grano de arroz. A poco de amanecer la señora Hua ya se encontraba frente a una tumba nueva del lado derecho. Alineó cuatro platos con verduras y un tazón de arroz y lloró un rato. Luego quemó unos fajos de papel^[5] y se quedó sentada, absorta, en el suelo. Parecía esperar algo, pero no hubiera podido decir qué. Una brisa agitó su cabello corto, mucho más blanco que un año atrás.

Por el caminito vino otra mujer, el pelo medio blanco también y la falda raída. Llevaba en la mano una vieja cesta redonda pintada de rojo, de la que colgaba un fajo de papel. Caminaba tres pasos y se detenía a descansar. De golpe vio a la señora Hua sentada sobre el suelo mirándola y titubeó un poco, un ligero rubor se difundió sobre su rostro; luego, reuniendo coraje, caminó hasta una tumba del lado izquierdo y dejó la cesta.

Esta tumba estaba alineada con la del pequeño Shuan, separada apenas por el caminito. La señora Hua la miró disponer cuatro platos de verduras y un tazón de arroz; luego lloró de pie un rato y quemó el papel. La señora Hua pensó en su fuero interno: «Debe ser también la tumba de su hijo».

La anciana miró de manera expectante a su alrededor, las manos y los pies de repente le temblaron un poco, retrocedió unos pasos, trastabillando, y se quedó con los ojos apuntando al vacío.

Al verla así, la señora Hua temió que la anciana estuviera a punto de enloquecer de dolor. Se levantó, atravesó el caminito y le susurró:

—No estés triste, abuela, volvamos.

La anciana asintió con la cabeza, los ojos fijos todavía en lo alto; luego, también en un susurro, tartamudeando, dijo:

—Mira, mira ¿qué es eso?

La señora Hua miró hacia donde apuntaba la anciana y sus ojos se toparon con la tumba de adelante. El pasto y las raíces todavía no la habían cubierto del todo y se veían aquí y allá pedazos de tierra amarilla. No era una vista agradable. Siguió subiendo con los ojos y al mirar con atención se quedó

sorprendida: claramente, una corona de flores rojas y blancas rodeaba la cúspide de la tumba.

Los ojos de ambas sufrían presbicia desde hacía años, pero desde esa distancia distinguían bien las flores. No eran muchas, y estaban dispuestas en un círculo, no muy vistoso pero sí prolijo. La señora Hua echó un vistazo a la tumba de su hijo y a las otras la tumba de su hijo y las de otros, pero sólo se veían, aquí y allá, unas flores pálidas que crecían a pesar del frío; sintió, de golpe, una punzada de insatisfacción y de vacío. No quiso ahondar en su propia sensación. La anciana retrocedió de nuevo unos pasos, observó atentamente y murmuró para sí misma:

—No tienen raíces. No parece que hayan salido de manera espontánea. ¿Quién viene aquí? Los niños no vienen a jugar. Los parientes hace tiempo que dejaron de venir. ¿Cómo puede ser?

Pensó y pensó, luego de repente le cayó una lágrima, y dijo en voz alta:

—Yu'er, hijo mío, te han acusado falsamente y no puedes olvidarlo... ¿Tu pena es demasiado grande, y hoy te has manifestado para que yo lo sepa?

Miró hacia todos lados pero sólo vio un cuervo posado sobre un árbol pelado. Continuó:

—Ahora lo sé. Pobre de ellos, te han enterrado vivo, pagarán un día por lo que han hecho, el cielo lo sabe todo. Cierra los ojos. Si realmente estás ahí, escucha mis palabras, haz que este cuervo se pose sobre tu tumba, hazme ver.

La brisa se había detenido; los tallos de hierba seca se erguían rectos como alambres. El hilo tembloroso de su voz se fue adelgazando cada vez más, cada vez más tembloroso, hasta que se desvaneció en el aire y alrededor entonces todo fue un silencio sepulcral. Las dos mujeres, de pie sobre la hierba seca, levantaron la vista hacia el cuervo. Entre las ramas enhiestas del árbol, encogida la cabeza, el cuervo parecía un pedazo de hierro.

Pasó un montón de tiempo; poco a poco la cantidad de visitantes fue aumentando; viejos y jóvenes aparecían y desaparecían entre los montículos de tierra.

La señora Hua sintió, de alguna manera, como si se hubiera deshecho de un peso, y pensó que era hora de partir. Trató de persuadirla:

—Vamos.

La anciana largó un suspiro y levantó a desgano los platos. Se demoró otro instante, indecisa, y finalmente empezó a caminar despacio. Murmuraba para sí misma:

—¿Cómo puede ser?

No habían avanzado veinte pasos cuando escucharon de repente un graznido; se dieron vuelta, asustadas, y vieron al cuervo con las alas extendidas. Encogiendo el cuerpo, apuntando hacia el cielo lejano, se alejó volando igual que una flecha.

Abril, 1919

La tierra natal

Afrontando el frío inclemente regresé a mi tierra natal, de la que me separaban dos mil *li* de distancia y a la que había dicho adiós más de veinte años atrás. El invierno estaba avanzado y a medida que me acercaba, el clima se iba volviendo sombrío y un viento glacial entraba en la cabina del bote y aullaba sin pausa. Mirando hacia afuera por una hendidura en el toldo, bajo el cielo de un amarillo verdoso se veían, aquí y allá, aldeas abandonadas y desoladoras. No había signos de vida. La pesadumbre comenzó a invadirme.

—¡Ay! ¿Era esta la tierra natal que a lo largo de esos veinte años yo había recordado una y otra vez?

Pero lo que yo recordaba no se parecía a eso. Mi tierra natal era incomparablemente mejor; sin embargo, cuando me proponía recordar su belleza y enumerar sus virtudes, no encontraba imágenes ni palabras, como si realmente fuera eso. Mi tierra natal siempre había sido así, me dije entonces; aunque no hubiera habido progreso, tampoco era suya la pesadumbre que sentía ahora. El cambio estaba en mí mismo, pues el ánimo con el que regresaba no era para nada bueno.

Había venido esta vez especialmente para despedirme. La vieja casa donde nuestra familia había vivido tantos años ya estaba vendida y debíamos entregarla antes del fin de ese año. Era necesario despedirse cuanto antes de los viejos cuartos conocidos y dejar atrás el hogar natal, para mudarnos a la tierra extranjera donde ahora me ganaba la vida.

Llegué a mi casa al amanecer del día siguiente. Tallos rotos de hierba seca temblaban al viento entre las tejas, dejando en claro por qué esta vieja casa había tenido que cambiar de dueño. Los otros miembros de la familia ya habían abandonado sus cuartos; reinaba el silencio.

Cuando llegué hasta el exterior de nuestras habitaciones, mi madre había salido a recibirme hacía rato y a continuación salió volando mi sobrino Hong'er, de ocho años.

Mi madre se veía alegre pero también guardaba mucha tristeza. Me hizo sentar, descansar, tomar té, y evitó hablar de la mudanza. Hong'er nunca

antes me había visto, se quedó parado un poco lejos, observando.

Finalmente hablamos de la mudanza. Le conté que había alquilado ya un lugar y que había comprado algunos muebles; aparte de eso debía vender todos los de esta casa para comprar más cosas. Mi madre estuvo de acuerdo y agregó que el equipaje ya estaba casi listo. Como era muy complicado llevarse los muebles, la mitad los había vendido, sólo que no era fácil cobrar el dinero.

—Descansa un par de días, ve a visitar a los parientes, y ya podremos irnos —dijo mi madre.

—Sí.

—También está Runtu. Cada vez que viene pregunta por ti, le gustaría mucho verte. Le avisé que llegabas por esta fecha. Tal vez venga.

En este momento en mi cabeza relampagueó de golpe una imagen llena de magia: en el cielo azul pendía una luna redonda y dorada, debajo estaba la arena junto al mar, todo plantado hasta el horizonte con sandías de un verde oscuro, y ahí en el medio un muchacho de unos doce años, con un collar de plata alrededor del cuello y una horquilla de acero en la mano, tratando de ensartar una especie de tejón. Pero el tejón torcía el cuerpo y se escabullía entre sus piernas.

Este muchacho era Runtu. No debía tener más de diez años cuando lo conocí, unos treinta años atrás. Por entonces mi padre aún vivía, la familia estaba en una buena posición y yo era un pequeño amo. Ese año le tocaba a mi familia organizar la ceremonia de culto a los ancestros^[6]. Esto ocurría cada tres décadas, se trataba de una gran responsabilidad. El primer mes se hacían las ofrendas a las imágenes de los ancestros; eran abundantes e involucraban diversos y numerosos utensilios. También los visitantes eran numerosos y había que evitar que alguno se robara algo. Mi familia sólo tenía un «mensual» (aquí los trabajadores se dividían en tres clases: los «permanentes», que trabajaban todo el año para una familia; los jornaleros, que trabajaban por día; y los que tenían su tierra pero en la época de año nuevo o de alguna fiesta o al recolectar el alquiler venían a hacer trabajos para una familia. A estos se los llamaba «mensuales»). Como no iba a poder dar abasto le preguntó a mi padre si podía llamar a su hijo Runtu para cuidar de los utensilios.

Mi padre accedió y yo me puse muy contento, porque hacía tiempo que había escuchado hablar de él y sabía que éramos de la misma edad. Por alguna razón relacionada con su horóscopo natal, a su combinación de elementos le faltaba tierra y su padre, para compensar esa falta, lo había

llamado Runtu, con el carácter «tu» de tierra. Runtu, entre otras cosas, sabía hacer trampas para atrapar pequeños pájaros.

Así que día tras día yo esperaba la llegada del año nuevo, que traería también a Runtu. La espera fue dura. Luego un día mi madre me dijo que Runtu había llegado y salí corriendo a buscarlo. Estaba en la cocina, la cara redonda y colorada, un pequeño gorro de fieltro sobre la cabeza y un aro de plata brillante alrededor del cuello. Esto quería decir que su padre lo quería mucho y que, temiendo su muerte, había pedido un deseo a un dios o al Buda y le había rodeado el cuello con ese aro. Era extremadamente tímido, sólo que no conmigo, y cuando no había gente alrededor se ponía en seguida a hablar, de manera que antes del mediodía ya nos habíamos hecho amigos.

No sé de qué hablamos entonces, sólo recuerdo que Runtu estaba contento; había visto muchas cosas nuevas en la ciudad, decía.

Al día siguiente le pedí que atrapáramos un pájaro. Él dijo:

—No se puede. Tiene que haber nevado mucho. Hacemos un claro en la arena luego de la nevada; levantamos una cesta de bambú con un palito, esparcimos algunos granos y esperamos que los pájaros se acerquen a comer. Entonces, desde lejos tiro apenas de la cuerda y el pájaro queda dentro de la cesta. Hay de todo: gallinetas, faisanes, torcazas, pitas de lomo azul.

Así que yo deseaba con todas mis fuerzas que nevara.

Runtu me dijo también:

—Ahora hace demasiado frío. En verano debes venir a donde vivimos nosotros. Durante el día vamos a la playa a buscar caracoles, rojos, verdes, de todo hay, todo tipo de caracoles rarísimos. A la noche voy con mi padre a cuidar las sandías. Tú vendrás también.

—¿Las cuidan de los ladrones?

—No. Si algún viajero sediento agarra al pasar una sandía, no nos importa. Hay que cuidarlas de las comadreas, los puercoespines, los turones... Bajo la luna, de repente escuchas un susurro, es el turón mordisqueando las sandías. Entonces agarras la horquilla y avanzas suavemente...

En ese tiempo yo no sabía qué cosa era este «turón», incluso hoy todavía no lo sé. Sólo intuía, no sé por qué, que debía ser como un pequeño perro, y muy feroz.

—¿No muerde?

—Tienes la horquilla... Avanzas, ves al turón y ahí mismo lo ensartas. Este animal es muy astuto, corre hacia ti y se te escabulle entre las piernas. Su pelaje es resbaladizo como aceite...

No sabía que el mundo contenía tantas cosas: que en la playa había caracoles de muchos colores y las sandías podían ser parte de toda una aventura (antes sólo sabía que se vendían en las fruterías).

—En la arena, cuando la marea viene, hay peces que saltan sin parar; tienen dos patas como las ranas...

¡Ah! Runtu guardaba en su interior una cantidad sin fin de maravillas, cosas que mis amigos habituales no conocían. Eran muchas las cosas que no sabíamos, pues mientras Runtu estaba en la costa, nosotros sólo podíamos mirar el cielo cuadrado sobre las altas paredes de los patios.

Lástima que el mes pasó y Runtu debía volver a su casa. Yo lloraba, angustiado. Él se había escondido en la cocina. Lloraba y se negaba a salir, hasta que el padre por fin logró llevárselo. Más tarde incluso me envió a través suyo una bolsa de caracoles y unas plumas hermosas de pájaro. Yo también le hice regalos, un par de veces, pero luego no volvimos a vernos.

Ahora mi madre acababa de mencionarlo, y de golpe este recuerdo infantil resucitó entero en mi cabeza, como un relámpago. Me pareció ver mi hermosa tierra natal. Respondí:

—¡Qué bueno! ¿Cómo está él?

—¿Él? Su situación no es la mejor... —dijo mi madre, y miró hacia afuera.

—Esas personas han vuelto. Dicen que es para comprar muebles pero se llevan lo que encuentran a su paso. Debo ir a ver.

Mi madre se puso de pie y salió. Afuera se escuchaban voces de mujeres. Le indiqué a Hong'er que se acercara y empezamos a charlar de cualquier cosa: le pregunté si ya sabía escribir y si tenía ganas de viajar.

—¿Iremos en tren?

—Iremos en tren.

—¿En Barco?

—El barco primero.

—¡Ja! ¡Qué aspecto! ¡Qué bigote! —una extraña voz chillona comenzó a gritar detrás de mí.

Sorprendido, levanté la cabeza y me encontré con una mujer de unos cincuenta años, pómulos salientes, labios delgados. Estaba parada enfrente de mí, las manos sobre las caderas, la falda abierta, las piernas bien separadas, como un compás con sus pequeños pies.

Me quedé paralizado.

—¿No me reconoces? ¡Te tuve entre mis brazos!

Mi estupefacción iba en aumento. Por suerte entonces entró mi madre y, desde un costado, dijo:

—Hace demasiados años que se fue, se ha olvidado de todo. Deberías acordarte —dijo entonces dirigiéndose a mí.

—Esta es la señora Yang, la que tenía el negocio de *toufu* enfrente de nosotros, en diagonal.

Entonces me acordé. Cuando era chico, había una señora Yang sentada el día entero en el negocio de *toufu* enfrente de casa. Todo el mundo la llamaba «La beldad del *toufu*». Pero por entonces los pómulos, cubiertos de maquillaje, no eran tan salientes, ni los labios tan finos, y todo el día estaba sentada. Nunca le había visto esta postura de compás. En esa época la gente decía que era debido a ella que a esa tienda le iba tan bien. Pero tal vez por una cuestión de edad no me había dejado una impresión y la había olvidado casi por completo. El compás, sin embargo, parecía muy ofendido y miró con una expresión despectiva, como si se riera de un francés que no conociera a Napoleón o de un norteamericano que no conociera a Washington, y me dijo con sarcasmo:

—¿Te has olvidado de mí? Claro, somos muy poca cosa para ti...

—De ninguna manera... Yo... —dije, aterrado, poniéndome de pie.

—Entonces, déjame decirte. Hermano Xun, tienes dinero, y mudar las cosas es un problema. ¿Para qué quieres estos vejestorios de madera? Déjame que me los lleve. Nosotros somos una familia humilde, nos viene bien.

—No tengo dinero. Tengo que vender estas cosas, además...

—Ay, ay, ay, ¿tienes un puesto de funcionario y dices que no eres rico? Seguro tienes tres concubinas y cada vez que sales de tu casa te haces llevar en palanquín por ocho personas. ¿Insistes con que no eres rico? No puedes ocultarme nada.

Sabía que era inútil decir cualquier cosa, así que cerré la boca y me quedé ahí, en silencio.

—Ay, ay, ay, es así, cuanto más dinero tienen menos quieren soltar. Cuanto menos quieren soltar, más dinero tienen.

El compás dio la vuelta, enojado, y continuó murmurando mientras se dirigía lentamente hacia afuera. Al pasar agarró unos guantes de mi madre, que se metió en el bolsillo, y salió.

Después también hubo parientes cercanos y lejanos que vinieron a visitarme. Yo tenía que hacer de anfitrión y encontrar a la vez el tiempo para armar nuestro equipaje. Así pasaron tres o cuatro días.

Un tarde muy fría, después del almuerzo, estaba sentado tomando té cuando me pareció que alguien entraba y me di vuelta para ver. Sorprendido, me levanté en el acto y me adelanté para recibirlo. Era Runtu. Lo había reconocido inmediatamente, pero a la vez no era el mismo de mi memoria. Era el doble de tamaño, y el rostro redondo y colorado se había vuelto de un color de ceniza amarilla y mostraba ahora unas arrugas profundas. También tenía los ojos hinchados igual que su padre, algo típico, yo sabía, de quienes cultivan la tierra junto al mar, donde todo el día sopla el viento marino. Sobre la cabeza tenía un gorro de fieltro; llevaba puesta ropa de algodón muy delgada y le temblaba todo el cuerpo; tenía en la mano un paquete y una larga pipa. Esa mano no era la mano viva y regordeta que yo recordaba sino una mano gruesa, tosca y rajada, como corteza de pino.

Estaba muy excitado pero no sabía qué hacer, así que dije apenas:

—¡Ah! Hermano Runtu, ¿viniste?...

Torcaza, pez saltarín, caracoles, turón: una cadena sin fin de palabras brotó en ese momento de mi pecho, pero algo las trababa, las palabras se arremolinaban en mi cabeza sin encontrar salida.

Se quedó parado y en su rostro apareció una mezcla de placer y tristeza. Movié los labios pero la voz no salió. Su postura, finalmente, se hizo respetuosa y exclamó:

—Señor...

Me atravesó como un escalofrío. Entendí de golpe que entre nosotros se había levantado un triste y grueso muro. Yo tampoco supe qué decir.

Volteó la cabeza y dijo:

—Shuisheng, hazle una reverencia al señor —y arrastró a un niño que se ocultaba detrás de él. Era como el Runtu de veinte años atrás, sólo que más amarillo y flaco, y sin el collar de plata en el cuello—. Este es mi quinto hijo, casi no ha salido de casa, es algo asustadizo.

Mi madre y Hong'er bajaron, tal vez habían escuchado las voces.

—Señora, recibí la carta hace tiempo. Me puso contento saber que el señor volvía... —dijo Runtu.

—Ah, ¿a qué viene tanta formalidad? ¿Acaso no se trataban mutuamente de hermanos? Como antes, hermano Xun —dijo mi madre jovialmente

—Ah, la señora realmente... Hay que respetar las normas. En ese entonces éramos chicos, no entendíamos... —mientras decía esto, Runtu llamaba a Shuisheng para que viniera a saludar, pero el niño se mantenía tímidamente pegado a su espalda.

—¿Es Shuisheng? ¿El quinto? Somos desconocidos para él, es normal que tenga miedo. Que vaya a pasear con Hong'er —dijo mi madre.

Al escuchar esto, Hong'er llamó a Shuisheng, que se fue con él tranquilamente. Mi madre le pidió a Runtu que se sentara, este dudó un segundo y al fin se sentó, apoyó la pipa en un costado de la mesa y entregó el paquete, diciendo:

—En invierno no hay mucho. Estos porotos han sido secados en casa. Por favor, señor...

Le pregunté acerca de su situación. Él se limitó a sacudir la cabeza.

—Muy difícil. El sexto hijo también ayuda a veces, pero nunca alcanza para comer... Y además, no es justo... De todos lados piden dinero, no hay reglas... La cosecha encima ha sido mala. Si uno cosecha algo y quiere venderlo, siempre tiene que pagar tributo varias veces, termina perdiendo plata; si no vende, la cosecha se pudre...

Sacudía sin parar la cabeza. Las arrugas que le cruzaban el rostro estaban fijas, como las de una estatua. Tal vez lo que sentía era amargura, pero no encontraba las palabras. Se calló un instante, y en seguida agarró la pipa y se puso a fumar silenciosamente.

Mi madre le hizo algunas preguntas. Supimos que en su casa estaban con mucho trabajo y debía volver al día siguiente; además, no había comido. Le dijo que se preparara algo en la cocina.

Salió, y mi madre y yo nos quedamos suspirando acerca de su situación. Muchos hijos, hambre, impuestos gravosos, soldados, bandidaje, funcionarios, terratenientes: en medio de esas condiciones tan duras, él era como una marioneta. Mi madre me dijo: todo lo que no nos llevemos podemos ofrecérselo a él. Que él decida si lo quiere o no.

A la tarde eligió algunas cosas: dos mesas largas, cuatro sillas, un incensario y un candelera, además de una balanza. También quiso la ceniza, pues la costumbre en nuestra zona era quemar los tallos de la planta para cocinar el arroz, y la ceniza se podía usar de abono. Se la llevaría en un bote luego de nuestra partida.

Por la noche seguimos conversando un poco de todo, cosas sin importancia; a la mañana siguiente se fue, llevándose a Shuisheng.

Pasaron nueve días, llegó la fecha de la partida. Runtu vino temprano a la mañana, sin Shuisheng, sólo con una niña de cinco años que cuidaba el bote. Estuvimos atareados a lo largo de todo el día, y ya no hubo tiempo para hablar. Los visitantes eran numerosos: estaban quienes venían a despedirse, quienes a llevarse a cosas, quienes a despedirse y a llevarse cosas. Hacia el

anochecer, cuando subimos al barco, la vieja casa había sido vaciada de todo objeto, pequeño y grande.

A medida que nuestro barco avanzaba, en el crepúsculo, las montañas verdes a ambos lados del río se alejaban detrás nuestro, cubiertas por un manto negro. Hong'er y yo estábamos junto a la ventana, mirando el paisaje borroso. De repente dijo:

—¿Cuándo volveremos, tío?

—¿Volver? ¿Todavía no te has ido y ya piensas en volver?

—Es que Shuisheng me ha invitado a ir a su casa a jugar —sus grandes ojos negros se abrieron aún más, soñadores.

Con una sensación de impotencia, mi madre y yo hablamos nuevamente de Runtu. Mi madre dijo que la señora Yang había venido todos los días desde que el equipaje estuvo listo. Dos días antes, había encontrado una decena de platos debajo de la pila de ceniza, y luego de una discusión aseguró que Runtu los había enterrado ahí para llevárselos junto con la ceniza. Orgullosa de su descubrimiento, agarró el comedero de gallinas y salió corriendo (este era un artefacto que usábamos en nuestra aldea para criar las gallinas, con una reja sobre un disco de madera, cargado con grano, de manera que la gallina puede meter el cuello a través de la reja y picotear, pero el perro no puede). Era sorprendente lo rápido que corría con esos pies tan pequeños.

La vieja casa se alejaba cada vez más de mí. El paisaje natal también iba quedando atrás poco a poco, pero yo no sentía nostalgia. Sólo sentía que a mi alrededor había, a mis cuatro costados, un muro invisible que me aislaba y me producía una sensación de ahogo; la silueta de ese pequeño héroe con su collar de plata sobre un campo de sandías, antiguamente tan nítida, se me había vuelto borrosa de golpe, y esto también me entristecía.

Mi madre y Hong'er se durmieron.

Me acosté escuchando el chapoteo del agua bajo el bote, y supe que estaba siguiendo mi camino. Pensé: Runtu y yo finalmente hemos quedado separados por un abismo, pero nuestros hijos todavía están unidos. ¿Acaso Hong'er no extraña de verdad a Shuisheng? Ojalá que ellos no sean como yo, que no terminen separados así... Pero tampoco deseo que, por estar juntos, tengan una vida amarga y a la deriva como la mía, ni una vida dura y embrutecida como Runtu; y tampoco deseo que tengan una vida dura y egoísta como otros. Deben tener una vida diferente, una vida no experimentada por nosotros.

Al pensar en la esperanza, de repente tuve miedo. Cuando Runtu había querido el incensario y el candelero, en mi fuero interno me reí de él, pensé que siempre necesitaba venerar algún ídolo, en ningún momento se olvidaba de hacerlo. ¿Pero mi esperanza no era como un ídolo que yo había fabricado con mis propias manos? La única diferencia era que, mientras lo que él deseaba era algo concreto, mi esperanza estaba puesta en algo lejano y sin contornos.

En la oscuridad se desplegó frente a mis ojos una playa verde junto al mar, con una luna redonda y dorada en el cielo azul. Pensé: de la esperanza no puede decirse que existe ni que no existe. Es como los caminos en la tierra; al principio no hay camino, pero luego, al andar muchas personas, el camino aparece.

Enero, 1921

Historia verdadera de Ah Q

Capítulo 1. Introducción

Hace ya varios años que deseo escribir la historia verdadera de Ah Q. Pero cada vez que me proponía hacerlo reculaba en seguida al pensar que esto era una prueba más que suficiente de mi falta de genio, ya que una pluma inmortal debe ocuparse de un hombre inmortal, de forma que la pluma inmortaliza al hombre y el hombre a la pluma, y poco a poco no se sabe quién inmortaliza a quién. Y no obstante, como si estuviera embrujado, al final siempre terminaba volviendo a la idea de escribir sobre Ah Q.

Apenas tomaba la pluma para escribir este texto no perdurable, sin embargo, me daba cuenta de las tremendas dificultades. La primera de ellas, la cuestión del título. Confucio dijo que si los nombres están errados, las palabras no fluyen. Este punto merece toda nuestra atención. Hay muchísimos nombres y tipos de biografías: biografías históricas, autobiografías, biografías noveladas, biografías no autorizadas, suplementarias, familiares, resúmenes biográficos; pero ninguna de estas se ajusta a nuestro caso, por desgracia. No se trata de una «biografía histórica», pues Ah Q no podría figurar junto a un montón de figuras importantes dentro de una *Historia Dinástica*, y en cuanto a «autobiografía», claramente yo no soy Ah Q. Una «biografía no autorizada» supone una «biografía autorizada», y en cuanto a «biografía novelada», Ah Q no es un inmortal como para merecer una. ¿Biografía suplementaria? Ningún presidente ha mandado al Instituto de Historia a establecer su biografía oficial, y aunque es cierto que en la historia oficial inglesa no hay una biografía de Rodney Stone y aun así Dickens pudo escribir su biografía suplementaria, Dickens pudo, pero yo no puedo. Luego están las «biografías familiares», pero yo ignoro si tengo algún antepasado en común con Ah Q, ni he recibido encargo de ningún descendiente suyo. Tampoco «resumen biográfico» es adecuado, porque presupondría la existencia de una «gran biografía». En suma, se trata de una biografía original, pero puesto que escribo en un estilo vulgar y utilizo el habla de «la escuela de los changarines

y los vendedores ambulantes»^[7], no me atrevo a utilizar ese nombre y prefiero llamarla «historia verdadera», en el sentido en que lo utilizan los novelistas que no entran en las Tres Doctrinas y las Nueve Escuelas cuando dicen «Dejemos la palabrería y volvamos a la historia verdadera». Sé que puede hacer acordar a una cierta «Historia verdadera de la caligrafía» de la última dinastía, pero no me importa.

En segundo lugar, por norma toda biografía debe empezar por «Nombre tal, nombre de cortesía tal, nacido en tal lugar», pero yo desconozco cuál es el apellido de Ah Q. Una vez dio la impresión de llamarse Zhao, sólo que al día siguiente todo estaba confuso otra vez. Eso fue cuando el hijo del señor Zhao aprobó el examen distrital y la noticia se anunció con bombos y platillos en la aldea. Ah Q bebió entonces dos tazones de vino y dijo, exultante, que esto representaba un gran honor para él, pues provenía de la misma familia que el señor Zhao, e incluso si se miraba bien la genealogía se podía ver que antecedió en tres generaciones al flamante diplomado. Al escucharlo, de hecho, varios alrededor adoptaron una actitud de seriedad y respeto. Quién hubiera dicho que al día siguiente el alguacil llamó a Ah Q a la casa del señor Zhao y este, al verlo, comenzó a gritarle con la cara toda roja:

—Ah Q, ¡pequeño sinvergüenza! ¿Andas por ahí diciendo que somos de la misma familia?

Ah Q no abrió la boca.

—¿Cómo te atreves a inventar estas tonterías? —el señor Zhao, cada vez más furioso, se acercó rápidamente—, ¿Cómo podría estar emparentado contigo? ¿Tu apellido es Zhao?

Ah Q siguió sin abrir la boca y retrocedió unos pasos. El magistrado, abalanzándose, le dio una bofetada.

—¿De dónde has sacado que tu apellido es Zhao? ¿Acaso alguien como tú podría llamarse Zhao?

Ah Q no intentó justificarse. Se limitó a acariciarse la mejilla izquierda con la mano mientras retrocedía hacia la salida en compañía del alguacil; afuera este lo siguió aleccionando un rato y logró sacarle unas monedas. Los que se enteraron del asunto coincidieron en que Ah Q era demasiado ridículo y que se la había buscado; lo más probable era que no se llamara Zhao, e incluso si realmente se llamaba así, existiendo el señor Zhao debería haber cerrado la boca. Posteriormente no hubo ya nadie que mencionara su familia, y por eso no tengo manera de saber cuál era a fin de cuentas el apellido de Ah Q.

En tercer lugar, tampoco sé cómo se escribe su nombre. Cuando estaba vivo, todos lo llamaban Ah Quei; una vez muerto, ya no había nadie que lo llamara de ninguna manera, y por supuesto no hay ningún «registro escrito». Este sin duda es el primer «registro escrito», y por eso soy el primero en encontrar este escollo. He reflexionado intensamente acerca del asunto: ¿La sílaba «Quei» de Ah Quei se escribe con el ideograma de «laurel» o el de «noble»? Si hubiera tenido como apodo «Pabellón de la luna», o si su cumpleaños fuera en agosto, sin duda se trataría del ideograma de «laurel»; pero Ah Q no tenía apodo —o al menos, apodo conocido—, y nunca en su vida distribuyó tarjetas invitando a saludarlo por su cumpleaños: sería arbitrario utilizar ese ideograma. De la misma forma, si hubiera tenido un hermano mayor o un hermano menor llamado Ah Fu (con el ideograma de «rico»), su nombre sin duda se escribiría con el ideograma de «nobleza»; pero a Ah Q no se le conocían hermanos, y no hay motivos para escribir su nombre con el ideograma de «nobleza». Aún menos adecuados resultan otros ideogramas más raros que también se pronuncian Quei. Una vez le pregunté al hijo del señor Zhao, el diplomado local, pero para mi sorpresa, a pesar de su imponente erudición, también se mostró perplejo, aunque su conclusión fue que desde que Chen Duxiu había promovido el uso del alfabeto occidental en las páginas de *Nueva juventud*, la esencia nacional había entrado en decadencia y no había forma de llegar al fondo de las cosas. Como último recurso encargué a un coterráneo que examinara el prontuario de Ah Quei. Respondió ocho meses más tarde con una carta donde informaba que en los archivos no había nadie cuyo nombre sonara parecido. A falta de un método chino generalizado de transliteración, me temo que la única opción es recurrir al alfabeto occidental y a la ortografía inglesa, y escribirlo como «Ah Quei», que resumido sería «Ah Q». Al hacerlo estoy muy cerca de seguir ciegamente la revista *Nueva juventud*, algo por lo cual me disculpo, pero puesto que el diplomado local no tiene la respuesta, qué otra opción me queda.

Por último está la cuestión del origen de Ah Q. Si su apellido fuera Zhao, de acuerdo a la costumbre aún vigente de trazar el origen de la familia podría apoyarme en las notas y explicaciones del libro *Nombres de los distritos y los apellidos de las cien familias*, y decir «es de Longxi o de Tianshui»; lamentablemente, no es seguro que este sea su apellido, por lo cual tampoco es posible definir el origen de su familia. Aunque vivía la mayor parte del tiempo en la aldea de Weizhuang, con frecuencia pasaba tiempo en otros lugares, por lo cual no puede decirse que fuera de allí. Afirmar que «era originario de Weizhuang» sería adulterar la historia.

Lo que me consuela en parte es que no hay ninguna duda acerca de la sílaba «Ah»; no hay peligro de falsas analogías o préstamos erróneos, como seguramente podrán confirmar los expertos. En cuanto al resto, no es algo que esté al alcance de mi saber superficial. Espero que en el futuro algún discípulo del señor Hu Shi, «apasionado por la historia o la arqueología», pueda encontrar una pista. Aunque para entonces, me temo, mi Historia verdadera de Ah Q ya habrá desaparecido tiempo atrás.

Las líneas precedentes pueden tomarse como prólogo.

Hu Shi, que aparece mencionado más abajo, también es una figura central del movimiento de la Nueva Cultura, creador de la revista Nueva juventud y miembro fundador, posteriormente, del partido comunista.

Capítulo 2. Breve crónica de los triunfos de Ah Q

No sólo el apellido, el nombre y el origen de Ah Q están rodeados de cierta confusión; lo mismo sucede con sus antecedentes. Puesto que la gente de Weizhuang sólo pensaba en Ah Q cuando se trataba de emplearlo para una changa o para hacer bromas, nunca nadie se interesó por su pasado. Ah Q mismo no hablaba al respecto, salvo cuando ocasionalmente, al discutir con alguien, abriendo bien los ojos decía:

—¿Quién te piensas que eres? Nosotros solíamos tener mucho más dinero que tú.

Ah Q no tenía casa, vivía en el templo de la Tierra y los Granos. Tampoco tenía ocupación fija, limitándose a realizar trabajos cortos para otras personas, como segar el trigo, descortezar el arroz o conducir un bote. Cuando eran trabajos más largos, a veces se quedaba en la casa de su empleador, pero una vez terminada la tarea se iba. Así que, siempre que las personas se encontraban con mucho trabajo se acordaban de Ah Q, pero se acordaban en relación con alguna tarea; no pensaban en sus «antecedentes». En cuanto se terminaba el ajetreo se olvidaban de su existencia, ni qué hablar de sus antecedentes. Hubo una vez, sin embargo, que se escuchó a un viejo elogiarlo: «¡Este Ah Q sí que es capaz!», dijo, delante del mismo Ah Q, que estaba parado ahí en pose indolente, con su torso desnudo y flaquísimo. Nadie supo si se trataba de un elogio o una ironía, pero Ah Q sintió una gran satisfacción.

Ah Q tenía un alto concepto de sí mismo y despreciaba profundamente a los habitantes de Weizhuang. Ni siquiera los dos «infantes letrados» le parecían dignos de la menor atención. Ambos estaban destinados a obtener el diploma local algún día, y si el señor Zhao y el señor Qian eran respetados

por todo el mundo tenía que ver, dejando de lado su dinero, con su condición de padres de estos dos «genios». Pero Ah Q no sólo no sentía ningún respeto particular, sino que además pensaba: «¡Mi hijo será mucho más rico!». Como si esto fuera poco, podía jactarse de haber viajado varias veces a la ciudad, lo que no le impedía, sin embargo, despreciar a sus habitantes. Por ejemplo, mientras que en Weizhuang, al igual que él, llamaban «banco largo» a unos bancos de madera hechos con tablas de setenta centímetros por siete, en la ciudad decían «un banco angosto». «Está mal», pensaba. «¡Es absurdo!». A las cabezas de pescado frito en la aldea se les agregaba la cebolla cortada en tiras gruesas, mientras que en la ciudad la picaban fina. «Es un error», se decía. «¡Es absurdo!». A pesar de lo cual, los habitantes de Weizhuang eran unos campesinos ridículos e ignorantes, pues no conocían el pescado frito de la ciudad.

Ah Q venía de una familia de pasado próspero, tenía mundo y era capaz: se diría un hombre casi perfecto. Por desgracia, sin embargo, su apariencia tenía algunos defectos. Lo más irritante eran unas cicatrices de sarna diseminadas por el cuero cabelludo desde quién sabe qué época. A pesar de que eran parte de su cuerpo, al parecer Ah Q no se enorgullecía de ellas, pues consideraba tabú la palabra «sarna» y toda palabra que sonara parecido. Con el tiempo el tabú se fue ampliando hasta incluir la palabra «lámpara», y a partir de ahí también «luz», «luminoso», «vela», entre otras palabras. Apenas alguien rompía el tabú, de manera intencional o no, Ah Q se enfurecía y las cicatrices se le ponían rojas. Examinaba al contrincante: si lo juzgaba lento con la lengua, lo insultaba; si era físicamente débil, lo atacaba; y sin embargo, por alguna razón, la mayoría de las veces era Ah Q el que salía derrotado. Así, su táctica fue cambiando de a poco, hasta limitarse más que nada a clavar en el rival una mirada asesina.

Este cambio no pareció desalentar a los haraganes, sino todo lo contrario. Apenas aparecía comenzaban, fingiendo sorpresa:

—Hey, se hizo la luz.

Ah Q, como siempre, se enfurecía y les clavaba su mirada asesina.

—¡Parece que hay un lámpara aquí! —continuaban, para nada intimidados.

Entonces a Ah Q sólo le quedaba pensar alguna frase con la que vengarse.

—No valen la pena. Gente de pocas... —en ese momento era como si lo que Ah Q tuviera sobre su cabeza fuera una cicatriz noble y gloriosa, y no simples cicatrices de sarna. Pero como ya he dicho, Ah Q tenía mundo; se daba cuenta de que él mismo estaba por romper el tabú, y cerraba la boca.

Los haraganes, sin embargo, no paraban ahí, seguían burlándose hasta llegar a las manos. Ah Q era derrotado físicamente, alguien lo agarraba de la trenza y hacía sonar su cabeza contra la pared, cuatro o cinco veces. Recién entonces los otros se iban, satisfechos y triunfantes. Ah Q se quedaba de pie un momento, pensando: «A fin de cuentas, es como si hubiera sido golpeado por mi hijo... El mundo de ahora está dado vuelta». Y así, satisfecho y triunfante, se iba.

Ah Q al principio sólo pensaba esto, pero luego comenzó a decirlo en voz alta, de manera que los otros supieron que contaba con esta forma de triunfo mental, y a partir de entonces cada vez que lo tenían agarrado de la trenza lo contrarrestaban diciéndole:

—Ah Q, esto no es un hijo pegándole al padre. Esto es un hombre pegándole a una bestia. Repite: «Un hombre pegándole a una bestia».

—Golpeando a un pequeño insecto —decía Ah Q, agarrándose la raíz de su trenza con las dos manos, la cabeza torcida—, soy un pequeño insecto. ¡Suéltense!

Pero aunque fuera un pequeño insecto, los haraganes no lo soltaban sin antes hacer sonar su cabeza unas cinco veces contra un muro. Recién ahí se iban, satisfechos y triunfantes. Quedaban convencidos de que Ah Q esta vez había aprendido la lección. Sin embargo, no habían pasado diez minutos cuando Ah Q partía, también él satisfecho y triunfante, pues se decía que era el número uno en humillación de sí mismo. Si se quitaba la parte «humillación de sí mismo» quedaba sólo «número uno». ¿El ganador del examen imperial no era también el número uno? «¿Quiénes se creen que son al lado mío?». Tras vencer al enemigo por medio de semejantes astucias, corría alegremente a la taberna a beber algunos tazones de vino. Ahí, nuevamente se burlaban de él, nuevamente discutían, nuevamente obtenía la victoria y regresaba alegre al templo de la Tierra y los Granos, y se tiraba a dormir. Si tenía dinero, se iba a apostar. Se apretujaba en medio de un montón de hombres, en cuclillas y con la cara chorreando sudor. Su voz se oía por encima de las demás:

—Cuatrocientos al Dragón Verde.

—*Ehem...* ¡Se abre...! —el que dirigía la partida levantaba la tapa de la caja y canturreaba, con el sudor chorreando por su cara:

—La puerta del cielo... ¡El rincón cero! ¡Ninguna apuesta en el Pasillo! ¡El dinero de Ah Q va para la casa...!

—¡Cien, no, ciento cincuenta al Pasillo!

En medio de este canturreo el dinero de Ah Q pasaba poco a poco al bolsillo de otro hombre de cara transpirada. Al final no le quedaba más que apartarse fuera de la multitud y quedarse parado detrás, mirando, sufriendo por otro, hasta que la partida se terminaba y volvía al templo. Al día siguiente iba a trabajar con los ojos hinchados.

Pero como dice el dicho, contra la fortuna no hay arte alguna. Ah Q tuvo la suerte de ganar una vez y eso, paradójicamente, casi lo lleva a la derrota. Sucedió el día de la procesión de los dioses. Esa noche se representó una obra, como de costumbre, y cerca del escenario, a izquierda, se armaron varias partidas. Los tambores de la obra le sonaban como si estuvieran a kilómetros de distancia. Ah Q sólo tenía oídos para el canturreo del hombre que dirigía la partida. Ganó una y otra vez, y los centavos de cobre se fueron convirtiendo en centavos de plata, y estos en grandes monedas de plata que formaban un montoncito. Estaba eufórico.

—¡Dos monedas a la puerta del cielo!

No supo quién empezó a pelear con quién, ni por qué, pero de golpe hubo gritos, insultos, ruido de golpes, corridas, y todo se volvió confuso. Cuando logró ponerse de pie la mesa de juego había desaparecido, al igual que las personas, y le llegaban unas punzadas de dolor desde diferentes rincones del cuerpo, como si hubiera recibido puñetazos y patadas. Varias personas lo miraban boquiabiertos. Entró al templo de la Tierra y los Granos sintiendo que le faltaba algo, miró un instante la figura del dios y se dio cuenta entonces que había perdido sus monedas. Y no había manera de saber qué había pasado, porque en días de fiesta la mayoría de los jugadores venían de otros lugares.

¡Un montón tan brillante de monedas! Era todo suyo, y ahora se había esfumado. Se dijo a sí mismo que había sido robado por su hijo, pero no sintió ningún consuelo. Se dijo que era un gusano; tampoco sirvió de nada. Fue entonces cuando experimentó, por primera vez, la amargura de la derrota.

Pero no tardó en convertirla en triunfo. Levantó la mano derecha y se pegó dos bofetadas que le hicieron arder la mejilla, y cuando terminó de golpearse se sintió mucho mejor. Era como si el golpeador y el golpeado fueran partes diferentes de sí mismo, y al poco tiempo pareció como si hubiera golpeado a otra persona. Aunque todavía sentía un poco de ardor, se acostó con el corazón satisfecho como un triunfador.

Se durmió.

Capítulo 3. Breve crónica de los triunfos de Ah Q (Continuación)

A pesar de sus frecuentes triunfos, Ah Q sólo alcanzó la celebridad luego de las bofetadas del señor Zhao. Tras pagarle doscientas monedas al alguacil, esa noche se fue a dormir lleno de rabia, pensando: «El mundo de hoy está dado vuelta. El hijo le pega al padre...». Así de repente pensó en el prestigio del señor Zhao, y en que este ahora era su hijo, y poco a poco empezó a sentirse orgulloso, se puso de pie y se dirigió a la taberna cantando el aria La joven viuda visita la tumba de su esposo. En ese momento el señor Zhao le parecía nuevamente una persona extraordinaria.

No deja de ser raro, pero lo cierto es que desde entonces la gente pareció tratarlo con respeto. Se equivocaba Ah Q al pensar que esto se debía a su paternidad sobre el señor Zhao. En Weizhuang el hecho de que un fulano le pegara a otro raramente llamaba la atención, salvo si el involucrado era alguien de prestigio como el señor Zhao. Entonces, una vez que el hecho se volvía conocido, no sólo el golpeador obtenía renombre sino también (por transitividad) el golpeado. Estaba fuera de discusión que la culpa de todo era de Ah Q, por la simple razón que el señor Zhao no podía estar equivocado. ¿Por qué, entonces, a pesar de su falta, la gente parecía respetarlo más ahora? No es sencillo de entender, pero tal vez, aunque la explicación suene rebuscada, tenía que ver con que Ah Q había afirmado ser pariente del señor Zhao. Aunque había recibido una paliza por decir esto, todo el mundo temía que hubiera algo de verdad y preferían por las dudas tratarlo con respeto. O tal vez era como lo que ocurre con el buey sacrificial en el templo de Confucio, que por el hecho de haber sido tocado por el sabio adquiere para sus discípulos un estatus diferente, por más que sea un simple animal, igual que el cerdo o el cordero.

A partir de ahí Ah Q vivió orgulloso durante años.

Un día de primavera caminaba por la calle, un poco borracho, cuando divisó al pie de un muro soleado al barbudo Wang, que se había sacado la camiseta y se dedicaba a buscarse los piojos. De golpe empezó a sentir una picazón en todo el cuerpo. A este personaje todo el mundo lo llamaba Wang el barbudo sarnoso, porque además de la barba tenía sarna. Ah Q omitía la palabra sarnoso, no porque lo despreciara menos que los demás, sino porque la sarna no le parecía algo especial. Era esa barba tupida lo que le parecía extraño y lo hacía odioso. Se sentó a su lado, algo que no se hubiera atrevido a hacer así nomás si se hubiera tratado de otro haragán, ¿pero cómo iba a

tenerle miedo a este barbudo? Sentarse a su lado, la verdad, era hacerle un favor.

Ah Q se quitó el abrigo raído y lo examinó por adentro y por fuera. Tal vez porque lo había lavado hacía poco, tal vez por falta de atención, después de un largo rato sólo logró atrapar tres o cuatro piojos. Miró al barbudo Wang, que agarraba uno tras otro, a veces varios a la vez, y se los ponía en la boca y los hacía sonar entre sus dientes.

El desaliento dio paso a la indignación: era tan humillante que el despreciable barbudo Wang tuviera tantos piojos y él tan pocos. Lo que más deseaba era encontrar uno o dos grandes, pero después de mucho buscar sólo pudo atrapar uno mediano. Se lo puso con rabia entre los labios gruesos y mordió fuerte, haciéndolo explotar con un ruido que, sin embargo, no logró igualar el que hacía el barbudo Wang.

Las ronchas de sarna se le pusieron rojas, tiró la ropa al piso y soltó un escupitajo.

—¡Gusano! —dijo.

—¿A quién insultas, perro sarnoso? —respondió el barbudo Wang despectivamente, levantando la vista.

Aunque en el último tiempo Ah Q era tratado con cierto respeto y se había vuelto más arrogante, no dejaba de ser precavido al encontrarse con alguno de esos haraganes buscapleitos. Sólo esta vez se envalentonó algo más de lo habitual, diciéndose que cómo se atrevía a hablarle así esa cosa con la cara peluda.

—Insulto a quien se me da la gana —retrucó, poniéndose de pie, con los brazos en jarra.

—¿Te pica algo? —dijo el barbudo, poniéndose él también de pie y colocándose la camisa.

Ah Q embistió con su puño, imaginando que el otro saldría corriendo. Antes de alcanzar su objetivo, sin embargo, el puño fue interceptado por el barbudo, que con un simple tirón hizo trastabillar a Ah Q hacia adelante y luego le sujetó la trenza y trató de arrastrarlo hasta el muro, como de costumbre, para golpearle la cabeza.

—¡Juegos de manos son de villanos! —gritó Ah Q, con la cabeza torcida.

El barbudo Wang debía considerarse un villano, ya que no le hizo caso, lo golpeó seis veces contra el muro, y luego lo empujó con tanta fuerza que Ah Q aterrizó a dos metros de distancia. Recién entonces se alejó, satisfecho.

Esta debía ser la primera humillación de la que tenía memoria Ah Q. Siempre había sido él quien se burlaba del barbudo Wang, nunca había

sucedido al revés, y menos aún que se atreviera a golpearlo. Y que ahora, finalmente, lo hubiera atacado, no cabía en su imaginación, debía ser verdad entonces lo que decían en la ciudad, que el emperador había eliminado los exámenes imperiales^[8] y que ya no precisaba diplomados locales o provinciales. A causa de eso la familia del magistrado debía haber perdido prestigio, y por esto a su vez los demás le habían perdido el respeto.

Ah Q se quedó de pie, sin saber qué hacer.

De lejos se veía venir a otro rival. Se trataba de la persona que Ah Q más odiaba en el mundo, el hijo mayor del señor Qian. Había ido a la ciudad para estudiar en una academia donde se enseñaban asignaturas extranjeras, y luego, no se sabe cómo, había ido a Japón y vuelto medio año más tarde, caminando bien erguido y sin la trenza. La madre lloró durante días y su esposa se tiró tres veces a un pozo. Luego la madre hizo correr el rumor de que unos sinvergüenzas lo habían emborrachado y le habían cortado la trenza. «Estaba destinado a ser un gran funcionario. Ahora deberemos esperar a que le crezca de nuevo y ahí veremos». Pero Ah Q no creía en esta explicación, y lo llamaba «Falso demonio extranjero» o «Vendepatria». Al verlo, no tardaba en ponerse a insultarlo por lo bajo.

Lo que más detestaba Ah Q era su falsa trenza. Era prueba de una bajeza casi absoluta. De la misma forma que, el hecho de que su esposa no se hubiera tirado por cuarta vez a un pozo, probaba que no era una buena mujer.

El «Falso demonio extranjero» se acercaba.

—Pelón... Animal...

Ah Q se limitaba por lo general a rumiar estos insultos en su cabeza, pero esta vez la rabia que sentía y el deseo de desquitarse eran tan fuertes que las palabras salieron de su boca, apenas audibles.

El otro se acercó a grandes pasos con un bastón amarillo al que Ah Q llamaba «el bastón del hipócrita», en referencia al que las personas suelen usar en los funerales de sus padres para expresar que el dolor apenas les permite mantenerse en pie. Adivinando lo que iba a pasar, Ah Q encogió el cuerpo y levantó los hombros a la espera del golpe que, en efecto, en seguida sonó tan claro como si hubiera caído sobre su cabeza.

—¡Me refería a él! —gritó Ah Q intentando defenderse, y señaló a un niño que se encontraba a un lado.

—¡Pa, pa, pa!

Esta debía ser la segunda humillación de la que tenía memoria Ah Q. Por suerte, cuando los golpes dejaron de retumbar en su cabeza, se sintió paradójicamente más liviano, como si lo más importante fuera que hubieran

terminado, y en seguida el olvido, ese tesoro legado por nuestros ancestros, comenzó a hacer efecto. Caminaba despacio, y para cuando llegó a la puerta de la taberna hacía rato que se sentía algo alegre.

Pero en frente venía caminando la pequeña monja del convento del Perfeccionamiento Silencioso. Cada vez que veía a la monja Ah Q se ponía a insultar en voz alta, y más aún en este momento, luego de su humillación. Le volvió la memoria, y con la memoria volvió el rencor.

—Ahora que te veo entiendo por qué hoy ha sido un día tan desgraciado —pensó.

La interceptó, adelantándose, y soltó un escupitajo sonoro:

—*Gggg, pfff.*

La pequeña monja siguió de largo sin prestarle atención, cabizbaja. Ah Q caminó hasta alcanzarla y de repente extendió una mano y acarició el cuero cabelludo recién rasurado.

—¡Pelada! Regresa rápido, el monje te espera... —dijo, riendo estúpidamente.

—¿Cómo te atreves a tocarme? —dijo la pequeña monja, ruborizándose y acelerando el paso.

Los que estaban en la taberna se rieron a carcajadas. Viendo que su hazaña era festejada, Ah Q se puso eufórico.

—¿El monje puede y yo no puedo? —dijo, pellizcándole la mejilla.

Se repitieron las carcajadas. Ah Q se sintió aún más orgulloso y para complacer a su público la pellizcó una vez más antes de soltarla.

Esta batalla le había hecho olvidar al barbudo Wang y al Falso demonio extranjero, como si hubiera logrado vengarse de toda la desgracia del día. Y extrañamente, luego de recibir tantos golpes, su cuerpo parecía liviano y flotaba como si fuera a salir volando.

—¡Ojalá te quedes sin descendencia...! —se escuchó lloriquear desde lejos a la pequeña monja.

—Ja, ja, ja —Ah Q se reía, satisfecho a más no poder.

—Ja, ja, ja —se reían en la taberna, casi tan satisfechos como él.

Capítulo 4. La tragedia del amor

Hay quienes dicen: ciertos triunfadores desean que sus rivales sean como tigres o águilas, pues sólo entonces experimentan el júbilo de la victoria. Si el rival es como un cordero o una gallina, sólo sienten el tedio de la victoria. Hay otros triunfadores que, tras haber conquistado todo, tras ver morir a unos

y rendirse, sumisos, a los demás, ya sin enemigos ni rivales, sin amigos, sólo se tienen a sí mismos allá arriba, solos, tristes, solitarios, y sienten entonces la tragedia de la victoria. Pero nuestro Ah Q no tenía ninguna de estas fallas, él permanecía eternamente satisfecho, lo cual tal vez sea una prueba de la superioridad mundial de nuestra civilización.

¡Mírenlo cómo flota, como si fuera a salir volando!

Esa última victoria, sin embargo, le había dejado un sabor diferente. Anduvo como volando durante todo el día, y volando entró al templo de la Tierra y los Granos, listo como siempre para acostarse a roncar. Pero en toda la noche, qué cosa tan rara, casi no pudo pegar un ojo, sintiendo una suavidad extraña entre sus dedos pulgar y anular. No terminaba de entender si era algo de la cara de la monjita que se le había pegado, o si era efecto del roce.

«Ah Q, ¡ojalá te quedes sin descendencia!».

Esta frase resonó de nuevo en su oído.

«Es cierto —pensó—hay que tener mujer; sin hijos ni nietos no tendré quien le ofrende un plato de arroz a mi espíritu... Debo conseguir una mujer».

No tener hijos es, según Mencio, la más grave de las tres actitudes no filiales, y en los comentarios a los Anales de la primavera y el otoño se habla de la tragedia de los espíritus que sufren hambre por no tener quien los alimente. El pensamiento de Ah Q, por lo tanto, se adecuaba desde todo punto de vista a la enseñanza de los clásicos y a los comentarios de los sabios. Lástima que, más tarde, no fuera capaz de dominar sus impulsos.

«¡Una mujer, una mujer!», pensó.

«Monje acaparador», siguió pensando. «¡Una mujer, una mujer! ¡Una mujer!».

Imposible saber en qué momento de esa noche Ah Q finalmente roncó. En todo caso, más o menos a partir de entonces tuvo en general esa sensación de suavidad en los dedos, y andaba como suspendido, pensando: «una mujer, una mujer».

No es difícil darse cuenta, a partir de esto, qué seres dañinos son las mujeres. Todos los chinos estarían en condiciones de llegar a santos y sabios si estas no los corrompieran. La dinastía Shang se extinguió por culpa de la concubina imperial Da Ji, y los Zhou se arruinaron por culpa de Bao Si. En cuanto a la dinastía Qin, pese a la falta de testimonios históricos, creo que no erraremos al suponer que hubo una mujer involucrada. En cambio, no hay dudas de que fue otra mujer, Diao Chan, quien mató a Dong Zhuo, de la dinastía Han.

Ah Q era una persona decente y, aunque no sabemos qué insigne maestro lo había instruido en estas cuestiones, siempre respetaba rigurosamente la distancia entre los sexos. Su sentido del decoro lo llevaba a rechazar a los herejes como la monja, el Falso demonio extranjero y demás. Creía firmemente que todas las monjas se entendían secretamente con los monjes, que toda mujer que andaba por la calle buscaba seducir a algún sinvergüenza, y que siempre que una mujer y un hombre hablaban quería decir que tramaban algo sucio. Para castigarlos solía clavarles su mirada asesina, o decir en voz alta lo que pensaba, o lanzarles desde atrás, cuando no había nadie, una pequeña piedra.

Era imposible imaginarse que a los treinta años, a la edad en que según Confucio el hombre «se afirma en su camino», iba ser hechizado por una monjita. Era algo totalmente impropio, y confirmaba lo abominable que eran las mujeres. Si la cara de la monjita no hubiera tenido esa suavidad, o si hubiera estado cubierta con una tela, el daño se habría evitado: cinco o seis años atrás había pellizcado el muslo de una mujer en medio de una multitud, frente a un escenario, pero gracias a la barrera de la ropa no había sentido ningún efecto. La monja, en cambio, no había hecho nada para prevenir el contacto; esto solo ya demostraba que era una hereje abominable.

«Mujeres...», pensaba Ah Q.

Con frecuencia observaba atentamente a esas mujeres a las que atribuía el deseo de seducir a algún sinvergüenza, y sin embargo ellas nunca le sonreían. A menudo escuchaba atentamente a las mujeres con las que hablaba, pero nunca hacían referencia a ningún asunto sucio. Esto también era algo que detestaba: que todas simulasen ser honestas.

Ese día Ah Q había estado descortezando arroz desde la mañana en casa de los Zhao. Después de la cena, se sentó en la cocina a fumar. En general el fin de la cena significaba que su jornada de trabajo había terminado. En casa de los Zhao, sin embargo, se cenaba temprano, y aunque normalmente no se encendían lámparas y todos se iban a acostar tras la cena, había ciertas excepciones. Una era cuando, en la época en que aún no había pasado el examen local, al hijo mayor se le permitía encender una lámpara para quedarse estudiando. La otra era cuando Ah Q venía a trabajar y se quedaba descortezando el arroz a la luz de una lámpara. A causa de esta excepción, Ah Q permaneció aún en la cocina fumando, antes de ponerse a trabajar de nuevo.

Wuma era la única criada en la casa del señor Zhao. Después de lavar los platos, ella también se sentó en un banco y comenzó a charlar con Ah Q:

—La señora no ha comido nada en dos días, porque el señor quiere comprar una joven concubina...

«Mujeres... Wuma... Joven viuda...», pensaba Ah Q.

—La nuera de los señores va a dar a luz en agosto...

«Mujeres...», pensaba Ah Q.

Dejó la pipa y se puso de pie.

Wuma seguía parloteando:

—La nuera...

—¡Acuéstate conmigo! —abalanzándose de golpe Ah Q se puso de rodillas frente a Wuma.

Hubo un instante de silencio.

—¡Ay! —suspiró Wuma, atónita, y de repente comenzó a temblar y salió corriendo a los gritos. Corría y chillaba a la vez y sus gritos sonaban mezclados con llanto.

Ah Q se quedó de rodillas frente a la pared, con la mente en blanco; luego, apoyándose con ambas manos en el banco, se puso lentamente de pie. Parecía darse cuenta de que algo estaba mal. Inquieto, guardó la pipa rápido en el cinturón y se dispuso a seguir descortezando el arroz. ¡Pum!, un golpe en la cabeza: se dio vuelta alarmado y vio al diplomado local parado frente a él con una gran vara de bambú.

—Te has pasado... Tú...

La vara descendió de nuevo sobre su cabeza. Ah Q se cubrió con las manos, pero los golpes sobre los dedos dolían muchísimo. Salió disparado por la puerta de la cocina como si hubiera recibido otro golpe en la espalda.

—Miserable —lo insultó desde atrás el diplomado local, en la lengua de los funcionarios.

Ah Q entró corriendo en el patio donde se descortezaba el arroz y se quedó de pie allí. Le dolían aún los dedos y seguía pensando en aquel insulto («miserable»), porque era una palabra que la gente de Weizhuang no usaba nunca, salvo los ricos que tenían trato con los funcionarios. Eso la hacía más portentosa y difícil de olvidar. Pero al menos aquella idea fija («mujeres») había desaparecido, y además, terminados los insultos y los golpes, el asunto parecía haber quedado atrás, así que se puso a trabajar otra vez con la sensación de haberse deshecho de un peso. Después de un rato, tuvo calor y se detuvo para sacarse la camisa.

Mientras lo hacía, un alboroto llegó a sus oídos desde el exterior. Ah Q salió a ver de dónde venía, porque lo que más amaba en la vida era observar el bullicio. El ruido lo llevó poco a poco hacia el patio interno del señor Zhao,

donde a pesar de la oscuridad logró distinguir a varias personas, entre ellas a la señora que venía ayunando desde hacía dos días, más la vecina de al lado, la señora Zou, y también Zhao Baiyan y Zhao Sichen.

En ese momento la nuera salió de uno de los cuartos interiores arrastrando a Wuma.

—Ven afuera... No debes quedarte escondida en tu cuarto pensando... —decía.

—Todo el mundo sabe que eres decente... No es posible encontrarte la más pequeña mancha —agregó la señora Zou, desde un costado.

Wuma lloraba, entremezclando algunas palabras incomprensibles.

—Qué interesante —pensaba Ah Q-. ¿Qué le habrá pasado a la pequeña viuda?

Deseando averiguarlo avanzó unos pasos hasta ponerse junto a Zhao Sichen, y en ese momento vio súbitamente cómo el diplomado Zhao se venía hacia él corriendo con una vara de bambú en la mano. Al ver la vara tuvo la intuición que la golpiza de hacía un rato estaba relacionada de alguna forma con todo este alboroto, y se dio vuelta, planeando volver al patio. Pero la vara le obstruía el camino, así que se dio vuelta otra vez y salió por la puerta trasera y poco tiempo después ya se encontraba en el templo de la Tierra y los Granos.

Se quedó un rato sentado, hasta que empezó a tener piel de gallina y a sentir frío, porque, pese a que era la primavera, durante las noches la temperatura descendía y aún no estaba como para andar sin camisa. Recordó que había dejado la camisa en lo de los Zhao, pero el terror a la vara del diplomado lo disuadió de volver. En ese momento entró el alguacil.

—Ah Q, ¡carajo! ¡No puedes dejar en paz siquiera a los criados de los Zhao! Esto es casi insubordinación. Y me has quitado el sueño, mierda...

Lo sermoneó un buen rato, sin que Ah Q abriera la boca. Finalmente, como no tenía plata para pagar la propina extra de cuatrocientas monedas que correspondía por ser de noche, entregó en garantía un gorro de tela, aparte de lo cual tuvo que aceptar cinco condiciones:

1) Debía ir a la casa de los Zhao con incienso y un par de velas rojas de medio kilo, para pedir disculpas.

2) Debía hacerse cargo de pagar el maestro taoísta que la familia Zhao contrataría para purgar la casa de espíritus funestos.

3) A partir de ahí Ah Q tenía prohibido acercarse a lo de los Zhao.

4) Si algo inesperado le sucedía a Wuma, el culpable sería Ah Q.

5) No podía reclamar ni la paga ni la camisa.

Ah Q accedió naturalmente a todo, sólo era una lástima que no tuviera dinero. Por suerte ya era la primavera, podía prescindir de su frazada de algodón y empeñarla por unas dos mil monedas para cumplir las condiciones. Luego de prosternarse con el torso desnudo en lo de los Zhao, descubrió que le quedaban algunas monedas; en lugar de recuperar el gorro empeñado, decidió ir a beber a la taberna. Los Zhao, por su parte, no encendieron las velas ni el incienso, pues la señora prefirió guardarlos para sus ofrendas al buda. En cuanto a la vieja camisa, la mayor parte se usó para el pañal del bebé que la nuera dio a luz en el octavo mes; el resto, todo estropeado, lo usó Wuma como suela para sus zapatos.

Capítulo 5. El problema de la subsistencia

Concluidas las formalidades, Ah Q volvió como siempre al templo de la Tierra y los Granos. El sol había caído y poco a poco empezó a tener la sensación de que algo andaba mal. Reflexionando, se dio cuenta de que debía ser a causa de su torso desnudo. Recordó la chaqueta y se la puso antes de acostarse a dormir, y cuando abrió los ojos el sol brillaba una vez más sobre el borde de la pared oeste.

«Mierda...», pensó, sentándose.

Se levantó, paseó como de costumbre por la calle, y aunque la piel ya no le dolía empezó a tener otra vez la sensación de que algo andaba mal. Era como si, de repente, todas las mujeres de Weizhuang se hubieran vuelto tímidas, pues en cuanto lo veían se escabullían detrás de una puerta. Incluso la señora Zou, que tenía cerca de cincuenta años, salía corriendo detrás de las demás con su hija de once. A Ah Q le parecía extrañísimo.

—Estas busconas —pensaba— de repente toman modales de señoritas...

Pero su sensación de extrañeza se agravó al poco tiempo, primero cuando se negaron a fiarle en la taberna; segundo, cuando el viejo que administraba el templo dijo algún disparate con el que parecía sugerir que debía mudarse; en tercer lugar, al darse cuenta de que hacía varios días, aunque no pudiera especificar cuántos, que nadie lo llamaba para hacer changas. Que en la taberna no le fiaran vaya y pase, y en cuanto a los intentos del viejo de echarlo podía manejarlos con excusas y evasivas. En cambio, si nadie lo llamaba para hacer trabajos, no tendría con qué llenar el estómago. Eso sí que era un gran problema.

Cuando no aguantó más no le quedó otra que ir a averiguar a la casa de sus clientes —salvo la de los Zhao, a la que tenía prohibido acercarse—.

Ocurría algo muy extraño, pues en todas las casas lo recibía un hombre con expresión de fastidio que agitaba la mano como respondiendo a un mendigo:

—No hay nada, no hay nada. ¡Vete!

Todo le resultaba cada vez más incomprensible. Esta gente siempre necesitaba ayuda, se decía a sí mismo, ¿cómo podía ser que de repente todos a la vez no tuvieran nada para hacer? No era normal. En efecto, tras algunas averiguaciones descubrió que la gente llamaba ahora al pequeño Don cada vez que tenían algo para hacer. Este pequeño D era un muchachito pobre, magro e inútil, que en la opinión de Ah Q se encontraba incluso por debajo del barbudo Wang. Nunca se le hubiera ocurrido que alguien así podía robarle su plato de arroz. Por eso su enojo esta vez era distinto de otras veces y mientras caminaba, furioso, clamaba con el brazo en alto:

—Con mi fusta de acero he de azotarte...

Días más tarde se encontraron frente a la casa de los Qian. Ah Q avanzó hacia el pequeño D, que se quedó en el lugar. El deseo de guerra los llamaba...

—¡Animal! —le dijo, clavándole su mirada asesina, mientras disparaba un escupitajo por una comisura de la boca.

—Soy un insecto... ¿Estás conforme? —respondió el pequeño D.

Su docilidad lo enfureció aún más. A falta de una fusta se vio obligado a arremeter y tironear al pequeño D de la trenza. Protegiéndose con una mano la raíz de su trenza, el pequeño D agarró con la otra mano la trenza de Ah Q, obligando a este a agarrarse con su mano libre la raíz de su propia trenza. En circunstancias normales el pequeño D no era rival, pero últimamente Ah Q había pasado hambre y se había puesto tan flaco y tan débil como su contrincante, de manera que se produjo una suerte de empate, cuatro manos agarradas de dos cabezas, ambos inclinados hacia abajo, proyectando sobre el muro blanco de la casa de los Qian una sombra azul con forma de puente, y esto durante media hora.

—Ya está bien, ya está bien —dijeron unos que miraban, tal vez con ánimo pacificador.

—Bien, bien —decían otros, no se sabía si con la intención de pacificar, de alabar o de azuzar.

Pero ellos no escuchaban a nadie. Ah Q avanzó tres pasos, el pequeño D retrocedió tres pasos, y se detuvieron; el pequeño D avanzó tres pasos, Ah Q retrocedió tres pasos, y de nuevo se detuvieron. Alrededor de media hora más tarde, —en Weizhuang la campana no sonaba con frecuencia, por lo cual no es fácil precisar, tal vez fueran veinte minutos—, cuando ya salía vapor de

ambas cabezas y el sudor chorreaba de ambas frentes, la mano de Ah Q aflojó y en el mismo instante la mano del pequeño D aflojó, se irguieron al mismo tiempo, y al mismo tiempo, separándose, se metieron entre la multitud.

—Ya sabes, mierda —dijo Ah Q volviendo la cabeza.

—Mierda, ya sabes... —dijo el pequeño D volviendo la cabeza.

Esta «lucha de titanes», al parecer, no había tenido ganador ni perdedor. Tampoco se sabe si los espectadores estaban satisfechos, nadie opinó nada y Ah Q siguió sin ser llamado para trabajar.

Un día cálido en el que soplaba una brisa veraniega, Ah Q sintió frío. Lo que le resultaba insoportable, sin embargo, no era esto sino el vacío en el estómago. Frazada de algodón, alfombra, gorro de tela, camisa: hacía rato que ya no tenía nada de eso, y luego también había vendido la chaqueta de algodón. Le quedaban los pantalones, de los que no podía prescindir, además de una vieja chaqueta forrada que, salvo regalársela a alguien para usarla de suela, era inútil e invendible. Tenía desde hacía tiempo la idea de encontrar dinero en el camino, pero hasta ahora había sido inútil. Revisó rápido todos los rincones de su casa con la idea de encontrar alguna moneda perdida, pero era evidente que no había nada. Finalmente, tomó la decisión de salir a buscar comida.

Caminando con este plan en su cabeza, vio la taberna y en la taberna los panes de siempre, y sin embargo pasó de largo, no sólo sin detenerse sino sin siquiera pensar en ellos, porque lo que tenía en mente era otra cosa, aunque ni él mismo sabía qué.

La aldea no era grande y Ah Q no tardó en llegar hasta el final. Más allá empezaban los campos de arroz, cubiertos por doquier con el verde claro de los brotes, y unos círculos negros y móviles que señalaban la presencia de los campesinos en plena labor. Intuyendo que allí tampoco se encontraba lo que buscaba, Ah Q siguió adelante sin detenerse a disfrutar de este cuadro bucólico, hasta que se topó con el muro del convento.

También el convento estaba rodeado de campos. Las paredes blancas emergían abruptamente en medio del verdor nuevo, y al fondo había un huerto rodeado por un muro de tierra. Ah Q dudó un instante, miró a su alrededor, no había nadie. Comenzó a trepar el muro de tierra, agarrándose de una enredadera, pero la tierra se desmoronó y quedó pedaleando en el aire. Finalmente trepó a la rama de una morera y desde ahí saltó hacia el interior. Adentro todo era un verde exuberante pero no parecía haber ni vino ni panes, ni nada por el estilo. Contra la pared oeste había un seto de bambú, con un montón de brotes abajo. Lástima que no podía comerse crudo... La colza

había dado fruto hacía rato, la mostaza ya estaba por florecer, el pequeño repollo también parecía demasiado viejo.

Ah Q sintió una rabia similar a la de un niño letrado que ha fallado en un examen. Mientras caminaba lentamente hacia la puerta descubrió, entre asombrado y feliz, un lote de nabos viejos, y poniéndose en cuclillas empezó a arrancar. Una cabeza redonda se asomó por la puerta y desapareció en el acto. Era la monjita, qué duda cabía. Ah Q despreciaba profundamente a las de su género, pero sabía también que en la vida había que «tener medida», así que arrancó rápido cuatro nabos, les quitó las hojas y se los metió bajo la chaqueta. Una monja vieja, sin embargo, ya había salido.

—Buda Amitabha. Ah Q, ¿cómo te atreves a meterte en el huerto a robar? Ay, ay, qué pecado tan grande. Ay, ay, Buda Amitabha.

—¿De qué hablas? ¿Cuándo? —respondió Ah Q, mirando a la monja y sin dejar de caminar.

—Ahora mismo... ¿Lo niegas? —la monja señaló el bulto bajo la chaqueta.

—¿Son tuyos? ¿Acaso responden si los llamas? Tú...

Dejó la frase por la mitad y se largó a correr. Un perro negro y enorme venía a toda carrera en su dirección. Lo había visto en la entrada del convento al llegar, pero no entendía cómo había llegado hasta el huerto. El perro corría detrás de Ah Q, sin dejar de gruñir, y estaba a punto de morderle una pierna cuando un nabo se le cayó del regazo y el perro asustado se rezagó un instante. Ah Q aprovechó para trepar a la morera, saltó a la pared de tierra y rodó junto con los nabos hacia el otro lado. Sólo quedó el perro negro ladrándole a la morera y la vieja monja que rezaba.

Temiendo que liberaran otra vez al perro, Ah Q recogió los nabos y se fue. En el camino levantó algunas piedras, pero el perro negro no apareció de nuevo. Ah Q tiró las piedras y se puso a comer, mientras caminaba. Se dio cuenta de que ahí no había nada para él. Había llegado el momento de ir a la ciudad.

Para cuando terminó de comer los tres nabos, la idea de ir a la ciudad ya estaba decidida.

Capítulo 6. Del renacimiento al callejón sin salida

Fue recién pasada la fiesta de la luna que en Weizhuang volvieron a ver a Ah Q. Las personas repetían sorprendidas que Ah Q había vuelto y no hacían más que preguntarse adonde había estado. Las veces anteriores, antes de ir a

la ciudad, Ah Q se había ocupado de anunciar triunfantemente la noticia. Esta vez no lo había hecho, y por eso nadie pareció percatarse de su ausencia. Quizás se lo había comunicado al viejo cuidador del templo; sin embargo, según la costumbre de Weizhuang, sólo un viaje del señor Zhao, del señor Qian o del diplomado local se consideraba un hecho importante. Si el Falso demonio extranjero no contaba, mucho menos Ah Q. Por eso el viejo no se ocupó de hacerle publicidad y la gente no tuvo forma de enterarse.

La sorpresa era aún mayor porque este regreso de Ah Q no se parecía en nada a los anteriores. Estaba oscureciendo cuando apareció con cara de dormido en la puerta de la taberna, se acercó al mostrador y avanzó desde la cadera una mano llena de monedas de plata y cobre:

—¡Contante y sonante! —dijo, tirando las monedas sobre el mostrador—, ¡Traigan vino!

Vestía un abrigo nuevo y le colgaba en la cintura una bolsa grande cuyo peso combaba visiblemente el cinturón. En Weizhuang acostumbraban, por las dudas, a tratar con deferencia a las personas cuyo aspecto les resultaba llamativo, y aunque ahora se tratara claramente de Ah Q, debido a que a la vez parecía otra persona diferente del Ah Q del abrigo roto, y a que, como dice el dicho, «con el tiempo se muda el gesto», todos, desde el camarero hasta el dueño, pasando por los clientes y los paseantes, tomaron una actitud atenta y respetuosa. El dueño saludó primero con la cabeza y luego le habló:

—Hey, Ah Q, has vuelto.

—He vuelto.

—Te has enriquecido... Has estado...

—He estado en la ciudad.

Al día siguiente la noticia se difundió por toda la aldea. Todo el mundo quería saber la historia del renacimiento de este Ah Q que tenía dinero y abrigo nuevo. Así que en la taberna, en la casa de té, bajo el alero del templo, iban haciendo de a poco sus indagaciones. El resultado fue que Ah Q se vio rodeado de un respeto y un temor nuevos.

Había estado trabajando, según contaba, en la casa de un ilustre diplomado provincial, un punto que de inmediato generaba en los que lo oían una actitud reverente. Este ilustre señor se apellidaba Bai, pero como en la ciudad de Hecheng era el único diplomado provincial, podía prescindir de su apellido: con hablar del ilustre diplomado provincial se sabía ya de quién se hablaba. No sólo en Weizhuang: en mil *li* a la redonda era igual, al punto que la gente casi pensaba que ese era su nombre: ilustre diplomado provincial. Trabajar en la mansión de una persona así era obviamente un gran honor, pero

Ah Q, según decía, se había cansado de «ese cretino». Los aldeanos escuchaban esto con cierto alivio, porque Ah Q no les parecía digno de trabajar en la mansión de un ilustre diplomado provincial, aunque a la vez suspiraban, pues abandonar un trabajo así no dejaba de ser una pena.

Según Ah Q su regreso se debía a su descontento con la gente de la ciudad, como el hecho de que llamaran un banco angosto a un banco largo y de que picaran la cebolla demasiado fina para acompañar el pescado frito, a lo que había que agregar el fruto de observaciones recientes: que las mujeres no se contoneaban bien al caminar por la calle. Ocasionalmente había puntos admirables; por ejemplo, en Weizhuang la gente sólo conocía un juego con 32 fichas de bambú, salvo por el Falso demonio extranjero que sabía jugar al *mahjong*. En cambio, en la ciudad cualquier pobre infeliz era un maestro de *mahjong*. Poner al Falso demonio extranjero en manos de cualquier pobre infeliz de ciudad, incluso de un niño de diez años, era como poner a un pequeño demonio en frente del mismísimo rey del infierno. En este punto, los que escuchaban sentían vergüenza de sí mismos.

—¿Han visto alguna vez una ejecución? —decía Ah Q—Ah, es hermoso. Un revolucionario decapitado. Ah, es algo hermoso, hermoso...

Sacudió la cabeza, salpicando con saliva el rostro de Zhao Sichen, parado en frente suyo. Todos escuchaban aterrorizados. Ah Q miró alrededor y, levantando de golpe la mano derecha, la dejó caer recta como un hachazo sobre la nuca del barbudo Wang, que escuchaba absorto y con el pescuezo estirado.

—¡Chaaa!

El barbudo Wang pegó un salto a causa del susto y retrajo el cuello rápido como un relámpago, mientras una mezcla de terror y placer embargaba al público. Desde entonces el barbudo Wang anduvo cabizbajo varios días y ya no se atrevió a acercarse a Ah Q. Lo mismo el resto de las personas.

Aunque no me atrevo a afirmar que el prestigio de Ah Q a ojos de los habitantes de Weizhuang superara en este momento al del señor Zhao, creo que no estaríamos errados en decir que era casi equivalente.

Al poco tiempo, sin embargo, el nombre de Ah Q se propagó también entre los aposentos femeninos de la aldea. Dejando aparte las casas de los Zhao y los Qian, en el resto de las casas de Weizhuang, por su tamaño, apenas podía hablarse de aposentos femeninos. Y sin embargo, en la medida en que eran aposentos femeninos, no dejaba de ser raro que el nombre de Ah Q penetrara en ellos. Era tema de conversación inevitable cada vez que dos mujeres se encontraban, cómo la señora Zou le había comprado a Ah Q una

falda de seda azul, usada, era cierto, pero a un muy buen precio. O cómo la madre de Zhao Baiyan —o la de Zhao Sichen según otros, aquí falta verificar— había comprado una camiseta roja de muselina para niños, casi nueva, por menos de trescientas monedas. Así que las mujeres estaban desesperadas por ver a Ah Q: la que no quería comprarle una falda de seda buscaba una camiseta de muselina, y no sólo no lo esquivaban, sino que a veces, cuando había pasado de largo, lo perseguían y lo paraban de un grito:

—Ah Q, ¿te queda alguna falda de seda? ¿No? ¿Camiseta de muselina? —preguntaban.

Más tarde la reputación de Ah Q llegó también a los aposentos femeninos de las grandes familias. La señora Zou, que apenas cabía dentro de sí de orgullo, invitó a la señora Zhao a apreciar su falda de seda, y la señora Zhao a su vez se lo contó al señor Zhao, en un tono francamente admirativo. El señor Zhao deliberó en la mesa de la cena con su hijo, el diplomado local, y ambos llegaron a la conclusión que había algo extraño en Ah Q y que debían mantener las ventanas bien cerradas. En cuanto a sus cosas, no podía descartarse que hubiera algo para comprar, algo interesante, y además la señora Zhao justo estaba buscando un chaleco a buen precio. Así que la familia resolvió mandar a la señora Zou en busca de Ah Q, y para eso hicieron un tercer tipo de excepción: esa noche prenderían especialmente una lámpara.

La lámpara llevaba ardiendo un buen rato y Ah Q todavía no llegaba. Toda la familia estaba un poco nerviosa, y entre un bostezo y otro, criticaban a Ah Q por perezoso y se quejaban de la lentitud de la señora Zou. La señora Zhao temía que no se atreviera a venir a causa de las condiciones impuestas la primavera anterior, pero el señor Zhao creía que no había nada que temer, porque ahora era él quien lo llamaba. En efecto, el señor Zhao sabía de qué hablaba, pues Ah Q finalmente apareció detrás de la señora Zou.

—Repetía sin parar que ya no hay nada —dijo la señora Zou mientras se acercaba, jadeando—. Le dije que viniera él mismo a decirlo. Se negaba, entonces le dije...

—¡Señor! —exclamó Ah Q, esbozando una especie de sonrisa, y se detuvo bajo el alero.

—Ah Q, se comenta que te has enriquecido afuera... —el señor Zhao se acercó lentamente y lo examinó de arriba a abajo—. Eso está muy bien, muy bien. Este... escuché por ahí que tienes algunas cosas viejas... puedes traerlas para que las veamos... no hay otra intención, al contrario...

—Le dije a la señora Zou que ya no queda nada.

—¿Nada de nada? —dijo el magistrado, y la voz se le quebró sin darse cuenta—, ¿Cómo puede haberse acabado tan rápido?

—Eran cosas de un amigo, no era mucho. Lo vendí todo...

—Pero algo debe quedar...

—Lo único que me queda es una cortina.

—Tráela para que la veamos —terció en seguida la señora Zhao.

—Entonces, mañana la traes —dijo el señor Zhao, que no parecía muy entusiasmado—. Si en el futuro tienes cosas para vender, primero las traes aquí para que las veamos...

—No te daremos menos plata que en otras casas —dijo el diplomado local. La mujer del candidato examinó de un vistazo la expresión de Ah Q para verificar si había alguna emoción.

—Necesito un chaleco de cuero —dijo la señora Zhao.

Ah Q dijo que sí a todo, pero luego se alejó perezosamente, y era difícil saber si no le había entrado por una oreja y salido por la otra. Desalentado, furioso e inquieto, el señor Zhao dejó de bostezar. También su hijo el diplomado se mostraba indignado con la conducta de Ah Q.

—Hay que tener cuidado con este sinvergüenza —dijo—. Tal vez no sea mala idea pedirle al alguacil que lo mantenga lejos de la aldea.

El señor Zhao no estaba de acuerdo, porque temía generar una enemistad, y sobre todo porque en ese oficio, dijo, «no se come en el mismo lugar que se duerme»; es decir, que en la aldea no tenían de qué preocuparse. Bastaba con estar un poco más alerta de noche. Admirando la profundidad de la sabiduría paterna, el diplomado descartó en el acto la idea de expulsar a Ah Q y le recordó a la señora Zou que bajo ninguna circunstancia debía reproducir este diálogo.

Al día siguiente la señora Zou tiñó de negro la falda y se dedicó a propagar por toda la aldea las sospechas sobre Ah Q. Aunque omitió cualquier referencia a lo que había dicho el diplomado acerca de expulsarlo, todo esto ya era suficientemente perjudicial para Ah Q. Primero, el alguacil vino al templo en busca de la cortina. Aunque Ah Q insistió que la señora Zhao quería verla, el alguacil no sólo no cedió sino que decidió imponerle un tributo mensual fijo. Poco después, se notó un cambio en la forma en que lo trataban, y aunque la gente no se atrevía aún a desairarlo, guardaban una distancia que no tenía nada que ver con la que les inspiraba antes el temor de su «hachazo». Era más bien la distancia que se guarda respecto de los fantasmas o los muertos.

Sólo un grupo de haraganes, que deseaba llegar al fondo de la cuestión, siguió interrogando a Ah Q. Este no escondía nada y contaba con orgullo su experiencia. Fue así que supieron que no había tenido más que un pequeño rol de cómplice, pues no sólo no era capaz de escalar un muro sino que tampoco sabía meterse por los huecos. Se quedaba afuera esperando las cosas. Una noche, luego de entregarle un paquete, el cómplice principal entró de nuevo y al rato se escuchó un gran alboroto. Ah Q se puso de inmediato a correr y esa misma noche trepó el muro de la ciudad y escapó de regreso a la aldea.

Desde entonces nunca más se había atrevido a hacerlo. Pese a lo cual, todo esta historia no lo favoreció para nada. La razón principal de la distancia cautelosa de los aldeanos era el temor a enemistarse con él. ¿Quién hubiera pensado que se trataba de un ladrón que no se atrevía a robar? No había ahí, en verdad, nada que temer.

Capítulo 7. Revolución

En el día catorce del noveno mes del tercer año del Emperador Xuantong^[9] —el mismo día en que Ah Q le vendió su bolsa a Zhao Baiyan— un bote de techo negro atracó, pasada la medianoche, en el muelle de los Zhao. Flotando en la oscuridad a una hora en que toda la aldea dormía, el bote pasó completamente inadvertido; cuando volvió a partir, sin embargo, estaba ya por amanecer y fue avistado por algunas personas que, a través de discretas averiguaciones, supieron que pertenecía al honorable diplomado provincial.

Ese bote había descargado en Weizhuang un enorme fardo de inquietud, y para el mediodía todo el mundo andaba con el corazón en la boca. La familia Zhao guardaba la mayor discreción respecto de la misión del bote, pero en la casa de té y en la taberna se decía que los revolucionarios estaban por entrar a la ciudad y que el honorable diplomado provincial había venido en busca de refugio. Sólo la señora Zou rechazaba esta versión; decía que se trataba apenas de unas viejas maletas que el diplomado provincial deseaba guardar provisoriamente en lo de los Zhao. El señor Zhao no había accedido. Era cierto, de hecho, que el diplomado provincial y el diplomado local tenían desde siempre sus diferencias, y en ese sentido hubiera sido raro que los Zhao se solidarizaran con aquel en la desgracia. Además, si se tenía en cuenta que la señora Zou era vecina de los Zhao y su información era de primera mano, lo que contaba debía ser verdad.

No obstante, los rumores seguían prosperando. Aunque el honorable diplomado provincial no había venido en persona, se decía, había enviado una larga carta en la que resaltaba un supuesto parentesco con los Zhao. Luego de reflexionar un rato, el señor Zhao pensó que en todo caso no tenía nada que perder y decidió quedarse con las maletas, que ahora estaban guardadas debajo de la cama de la esposa. En cuanto a los revolucionarios, algunos decían que esa misma noche habían entrado a la ciudad, enfundados en armaduras y yelmos blancos y vestidos con la insignia del último emperador de los Ming^[10].

Hacía tiempo que Ah Q había escuchado hablar de los revolucionarios, y ese mismo año había presenciado la ejecución de uno. Pero no se sabe de dónde le había venido la idea de que los revolucionarios eran rebeldes y que la rebeldía iba en contra de sus intereses, y por eso siempre les había tenido un odio y un rechazo totales. Lo que no había imaginado era que podían suscitar tal pavor en el honorable diplomado provincial: esto le producía una fascinación que era tanto mayor cuanto a ella se sumaba el placer de ver todos esos rostros nerviosos.

«La revolución es buena», pensaba Ah Q. «¡Terminar con este montón de cretinos! Yo también quiero unirme a los revolucionarios».

Las penurias de los últimos tiempos quizás habían suscitado en Ah Q un sentimiento de injusticia. A eso había que agregar que al mediodía, con el estómago vacío, había tomado dos tazones de vino y se había emborrachado más rápido de lo normal. Iba caminando y pensando al mismo tiempo, y así entró nuevamente en ese estado de excitación. De una extraña manera, de repente fue como si él mismo encarnara la revolución y los habitantes de la aldea fueran sus prisioneros.

—¡Rebelión! ¡Rebelión! —gritó, rebotando de orgullo.

Los aldeanos lo miraron con pánico. Ah Q nunca había visto miradas tan penosas, y le produjo un placer comparable a beber en pleno verano el agua fría de la montaña. Caminó aún más exaltado, mientras aullaba:

—Bien... lo que desee lo tendré de inmediato... la mujer que quiera, de inmediato...

—¡Tá tá, chán chán!

—¡Oh, remordimientos! Ebrio, hice rodar por error la cabeza de mi fiel amigo^[11].

—¡Oh, remordimientos! Ay, ay, ay...

—¡Tátá, chánchán, tá, chán, chin, chán!

—Con mi fusta de acero he de azotarte...

Los dos hombres de la familia Zhao se encontraban delante de la puerta, discutiendo sobre la revolución con unos parientes. Ah Q pasó de largo sin verlos, cantando, la cabeza en alto.

—*Tá, tá...*

—Estimado Q —susurró el señor Zhao, acercándose tímidamente.

—*Chán, chán...* —Ah Q no podía imaginar su nombre asociado a la palabra «estimado», le pareció escuchar cualquier otra cosa y siguió cantando —. *Tá, tá, tá, chán, chán, chán, chin, chán.*

—Estimado Q.

—Oh, remordimientos.

—¡Ah Q! —al diplomado local no le quedó otra que llamarlo por su nombre.

—Estimado Q... ahora... —empezó el señor Zhao, pero sin encontrar las palabras—. Ahora... te has vuelto rico.

—¿Rico? Por supuesto. Tendré todo lo que desee.

—Hermano Ah Q, amigos pobres como nosotros no somos importantes —dijo Zhao Baiyan jadeando, como tanteando la intención de los revolucionarios.

—¿Pobres? En todo caso tienen más dinero que yo —dijo, y siguió de largo.

Los otros se quedaron espantados y sin palabras. El señor Zhao y su hijo volvieron a casa y durante la noche deliberaron hasta la hora de encender la lámpara. Zhao Baiyan volvió a su casa, se sacó la bolsa de la cintura y le dijo a la mujer que la escondiera en el fondo de un cajón.

Ah Q vagó un buen rato por la aldea, como en éxtasis; para cuando volvió al templo de la Tierra y los Granos, ya estaba sobrio. Esa noche el viejo cuidador lo trató con una amabilidad inusual y lo invitó a tomar té. Ah Q le pidió dos tortas, y luego de comer aprovechó y le pidió una vela de doscientos gramos y un candelero. Prendió la vela y se acostó en su pequeño cuarto. Sentía una frescura y una alegría indescriptible, y observando las llamas bailotear como en la Fiesta de las Linternas sus pensamientos se agitaban:

«¿Rebelión? Qué bien que suena, vendrá una tropa de revolucionarios, con armaduras y yelmos blancos, puñales, fustas de acero, bombas, fusiles, lanzas; pasarán por el templo de la Tierra y los Granos, gritando: “¡Ven con nosotros, Ah Q! Y me uniré a ellos”. En ese momento, hombres y mujeres de Weizhuang, todos esos cretinos, se pondrán de rodillas, tan patéticos: “Ten piedad, Ah Q”, exclamarán. ¿Pero quién va a escucharlos? Los primeros en morir han de ser el pequeño D y el señor Zhao, el diplomado local y el Falso

demonio extranjero. ¿Cuántos quedarán? El barbudo Wang, en principio, podría salvarse, pero tampoco.

»Luego, los objetos. Entrar y abrir los arcones: lingotes, monedas de plata, camisas de muselina. La cama estilo Ningbo de la esposa del diplomado municipal. Primero he de mudarla al templo de la Tierra y los Granos. Luego instalaré la mesa y las sillas de la familia Qian, o tal vez use también las de los Zhao. Yo mismo no moveré un dedo. Llamaré al pequeño D para que haga la mudanza. Y más vale que lo haga rápido, o le daré para que tenga.

»La hermana menor de Zhao Sichen es demasiado fea. La hija de la señora Zou puede ser, veremos dentro de unos años. La esposa del Falso demonio extranjero *pfff*, una mujer capaz de acostarse con un hombre sin trenza no sirve para nada. La esposa del diplomado local tiene una cicatriz en el párpado. A Wuma hace mucho que no la veo, no sé dónde estará, lástima que tenga los pies grandes».

Aún no había terminado sus planes imaginarios cuando comenzó a roncar. De la vela se había consumido apenas un centímetro y la llama iluminaba su boca abierta.

—¡Ja! ¡Je! —gritó de repente, levantando la cabeza; miró alarmado alrededor y al ver la vela encendida dejó caer la cabeza de nuevo y se durmió otra vez.

Al día siguiente se levantó tarde y al salir a la calle comprobó que todo estaba igual que siempre. Todavía tenía el estómago vacío, pero no se le ocurría nada para remediarlo. Luego de golpe, como si tuviera una idea, se puso en marcha lentamente, y como quien no quiere la cosa se dirigió hacia el convento.

El convento estaba tan tranquilo como en la primavera, con sus muros blancos y su puerta negra. Pensó un rato, avanzó y dio unos golpes. Adentro ladró un perro. Levantó rápido unos pedazos de ladrillo y golpeó otra vez, con más fuerza, hasta marcar la pintura. Recién entonces escuchó que alguien venía a abrir.

Ah Q apretó los pedazos de ladrillo y se colocó en pose de combate, listo para enfrentarse al perro negro. Pero la puerta apenas se entreabrió y ningún perro salió disparado de su interior. Lo único que se veía por la abertura era una vieja monja.

—¿A qué vienes esta vez? —dijo la monja, sorprendida.

—Hay una revolución... ¿No te has enterado? —respondió Ah Q, de manera algo confusa.

—Revolución... ya pasó por acá la revolución... ¿Qué quieren de nosotros con su revolución? —dijo la monja con los ojos rojos hinchados.

—¿Cómo? —Ah Q estaba estupefacto.

—¿No estás enterado? Ellos ya han venido y han hecho la revolución.

—¿Quiénes? —la sorpresa de Ah Q iba en aumento.

—El diplomado local y el Falso demonio extranjero.

Ah Q no podía creer lo que estaba oyendo; se quedó como aturdido. Al ver que perdía ímpetu, la monja aprovechó para cerrar velozmente. Ah Q empujó, pero la puerta estaba firme y cuando golpeó de nuevo nadie respondió.

Había ocurrido por la mañana. Al enterarse por sus contactos que los revolucionarios habían entrado a la ciudad durante la noche, el diplomado local se enrolló la trenza sobre la cabeza y a la mañana fue a hacerle una visita al hijo de los Qian, al Falso demonio extranjero, con el que nunca había estado en buenos términos. Era el momento de «unir los esfuerzos de todos en pos de la Reforma». Así que, luego de mantener una amena charla, se declararon camaradas y se pusieron de acuerdo para hacer la revolución. Poniéndose a pensar, se acordaron que en el convento había una estela imperial con la inscripción «Viva el emperador diez mil diez mil diez mil años», y decidieron que debían eliminarla sin tardanza. De inmediato, se dirigieron al convento a hacer la revolución. Cuando la vieja monja trató de disuadirlos la tomaron como representativa de los manchúes y le dieron unos cuantos bastonazos y golpes en la cabeza. La monja esperó que se fueran, tomó ánimo y fue a examinar el lugar. En efecto, habían hecho pedazos la estela imperial. También había desaparecido un incensario de la época Ming que solía estar frente a la imagen de Guanyin.

De todo esto Ah Q se enteró más tarde. No podía parar de lamentarse por haberse dormido, pero también los culpaba profundamente por no haber ido a buscarlo. Tratando de ver las cosas en perspectiva, se preguntó:

—¿Tal vez no saben que me he unido a los revolucionarios?

Capítulo 8. Excluido de la revolución

Los habitantes de Weizhuang se fueron serenando cada vez más con el paso de los días. Las noticias que llegaban permitieron saber que, pese a la entrada de los revolucionarios en la ciudad, todo seguía más o menos igual que siempre. El magistrado de distrito seguía ocupando la misma función de antes, aunque ahora se llamara de otra manera, así como el honorable

diplomado provincial tenía todavía algún cargo —en Weizhuang nadie sabía bien los nombres—, o como el comandante seguía al mando de las tropas. Lo único inquietante era la presencia de algunos malos revolucionarios que, infiltrados entre los demás, generaban problemas y al día siguiente de la revolución se habían puesto a cortar trenzas. Se decía que habían agarrado a Qijin, un barquero de la aldea vecina, y lo habían dejado hecho un desastre. Pero esto tampoco eran tan terrible, porque los habitantes de Weizhuang por principio rara vez iban a la ciudad, y si alguno casualmente estaba pensando en hacerlo, bastaba con cambiar de planes para evitar ese peligro. Ah Q también había pensado en ir a la ciudad a buscar a sus viejos amigos, pero apenas supo esa noticia, tuvo que abandonar la idea.

Tampoco puede decirse que no hubiera cambios en Weizhuang, pues el número de los que se enrollaban la trenza en la cabeza comenzó a aumentar poco a poco. Ya se ha dicho, el primero de todos fue el talento local, luego Zhao Sichen y Zhao Baiyan, y por último Ah Q. En verano, todo el mundo se enrollaba la trenza en la cabeza o se hacía un nudo: en sí mismo no era nada insólito. Sin embargo, la adopción en pleno otoño de este hábito veraniego tenía algo indudablemente osado, y no podía decirse que no estuviera relacionado con la revolución.

Viendo a Zhao Sichen acercarse con la nuca desnuda varias personas habían exclamado:

—Apártense, ahí llegan los revolucionarios.

Ah Q escuchó esto con envidia. Sabía hacía rato que el diplomado local se había enrollado la trenza pero no se le había ocurrido que él también podía hacerlo. Recién al ver a Zhao Sichen lo pensó y tomó la decisión de imitarlo. Con un palito de bambú se enrolló la trenza sobre la cabeza y, tras dudar un rato, salió del templo, envalentonado.

La gente lo observaba mientras caminaba por la calle pero nadie decía nada. Esta indiferencia al principio simplemente le disgustó; luego le produjo llana indignación. Se enfurecía por cualquier cosa en el último tiempo. De hecho, su vida no era más dura que antes de rebelarse, la gente lo trataba con cierta deferencia y en los negocios no le exigían pagar al contado, pero Ah Q se sentía decepcionado en general: la revolución no podía limitarse a esto. Su furia llegó a un extremo insoportable cuando un día se encontró con el pequeño D.

Este también se había enrollado la trenza sobre la cabeza, y además había utilizado un palito de bambú igual que él. Para Ah Q esto era un atrevimiento inimaginable que no podía dejarle pasar. ¿Quién se creía que era? Tuvo ganas

de agarrarlo ahí mismo, partirle la varita de bambú y soltarle la trenza; ganas de darle unas cuantas cachetadas para ponerlo en su lugar, por atreverse a hacer la revolución cuando no le correspondía. Finalmente, sin embargo, tuvo misericordia y se limitó a clavarle su mirada asesina mientras chistaba y lanzaba un escupitajo.

El único en ir a la ciudad por esos días fue el Falso demonio extranjero. El diplomado local también deseaba aprovechar la excusa de las valijas para hacerle una visita al honorable diplomado provincial, pero se abstuvo de hacerlo, por miedo a ser despojado de su trenza. Escribió una carta extremadamente ceremoniosa^[12] que encomendó al Falso demonio extranjero, y le pidió que lo presentara para ingresar al partido liberal. A la vuelta el Falso demonio extranjero le entregó al diplomado local, a cambio de cuatro yuanes, un durazno de plata que este se prendió en la solapa. Los habitantes de Weizhuang comentaban, admirados, que se trataba de una insignia del partido «limonal», con un rango equivalente al de miembro de la Academia Hanlin. El prestigio del señor Zhao se incrementó de golpe, mucho más aún que cuando su hijo había obtenido el diploma local. Miraba a todo el mundo por encima del hombro e ignoraba completamente a Ah Q.

Al enterarse de lo del durazno de plata, Ah Q comprendió de golpe, en medio de su indignación, la razón del trato indiferente que sentía dispensársele una y otra vez: si uno quería hacer la revolución, no bastaba con declarar su voluntad de unirse, ni con enrollarse la trenza sobre la cabeza; lo primero de todo era establecer lazos con los revolucionarios. Sólo había conocido a dos en su vida: uno, de la ciudad, había sido ejecutado ¡*cha!*; el otro era el Falso demonio extranjero. No tenía más opción que ir a conversar con este.

El portón de la casa de los Qian estaba abierto y Ah Q se coló tímidamente. La escena con la que se encontró lo dejó atónito: el Falso demonio estaba de pie en el centro del patio, vestido todo de negro con ropa extranjera, un durazno de plata prendido en la solapa y en la mano el bastón con el que había aleccionado en el pasado a Ah Q. Se había deshecho la trenza y el pelo le caía suelto y desgreñado sobre los hombros, como el de un inmortal. Frente a él estaban Zhao Baiyan y tres haraganes del pueblo, escuchando con aspecto respetuoso, bien firmes.

Ah Q se acercó suavemente y se paró detrás de Zhao Baiyan. Estaba la cuestión de cómo debía dirigirse al Falso demonio extranjero. No podía llamarlo de esa forma, ni tampoco «extranjero» a secas, ni «revolucionario». ¿Quizás debía llamarlo «señor extranjero»?

El Señor extranjero sin embargo no se percató de su presencia, pues justo en ese momento hablaba exaltado, con los ojos en blanco.

—Tengo una personalidad impetuosa. Por eso, cuando nos encontrábamos siempre le decía: «¡Hermano Hong!^[13] ¡Es hora de actuar!». Pero él siempre decía: «¡Notyet!» (son palabras extranjeras que ustedes no entienden). De haberme hecho caso hubiéramos triunfado mucho antes. Es que en ese aspecto él es sumamente cauto. Una y otra vez me ha pedido que vaya a Hubei, hasta ahora no he aceptado. ¿Quién tiene ganas de ir a un pueblito donde no hay acción?

—*Ehem...* este... —tras esperar un instante, Ah Q juntó coraje y abrió la boca, pero por alguna razón tampoco se dirigió a él como «Señor extranjero».

Los cuatro que escuchaban se dieron vuelta sorprendidos. Recién entonces el Señor extranjero lo vio.

—¿Qué quieres?

—Yo...

—¡Vete!

—Quiero unirme.

—¡Vete ya mismo! —repitió el Señor extranjero, acercándose con el bastón en la mano.

Zhao Baiyan y los otros bramaron entonces:

—¿No escuchaste? El señor te ha dicho que te vayas.

Ah Q se cubrió la cabeza con las manos y salió corriendo por la puerta. El Señor extranjero no lo persiguió. En cuanto aminoró el paso unos metros más adelante la tristeza empezó a invadirlo: si el Señor extranjero no le permitía hacer la revolución ya no le quedaba ninguna salida. De ahora en más no podía tener esperanza en que los hombres de armadura y yelmo blanco vinieran a buscarlo; todas sus aspiraciones, su ambición, su esperanza, su futuro, todo había sido borrado de un plumazo. Ya ni siquiera importaba que los haraganes difundieran la noticia y el pequeño D y el barbudo Wang se rieran de él.

Nunca había sentido una frustración semejante. Su propia trenza enrollada sobre la cabeza le parecía algo despreciable y sin sentido. Movidio por el despecho, pensó en soltársela de nuevo, pero no lo hizo. Deambuló hasta la noche, logró que le vendieran fiado dos tazones de vino, se los echó en el estómago y poco a poco comenzó a ponerse de buen humor otra vez, y entonces en su mente volvieron a aparecer fragmentos de armaduras y yelmos blancos.

Un día que, como de costumbre, se había quedado haciendo nada hasta bien entrada la noche, esperó hasta la hora de cierre de la taberna para emprender el regreso al templo. De golpe, escuchó un ruido extraño, parecido al ruido de petardos pero a la vez diferente.

¡PUM, PUM!

A Ah Q siempre le había gustado el bullicio, le gustaba meterse en los asuntos ajenos, y de inmediato buscó en la oscuridad el lugar de donde venían los ruidos. Parecían escucharse unos pasos adelante, y estaba tratando de aguzar el oído cuando una persona vino corriendo en su dirección. Al verlo, Ah Q dio la vuelta de inmediato y se puso a seguirlo. Cuando la persona giró él también giró, y cuando el otro se detuvo Ah Q hizo lo mismo. Vio que detrás no había nada de nada, y se dio cuenta que había estado siguiendo al pequeño D.

—¿Qué pasa? —preguntó Ah Q, indignado.

—La familia... la familia Zhao fue asaltada... —dijo el pequeño D, jadeando.

El corazón de Ah Q latió aceleradamente. El pequeño D siguió su camino; Ah Q, en cambio, avanzó y se detuvo varias veces. Recordando que, a fin de cuentas, él había hecho «ese oficio», tomó coraje y se ubicó en un recodo del camino. Al escuchar atentamente, le pareció oír gritos, y luego al aguzar la vista creyó ver un montón de hombres con armaduras y yelmos blancos que llevaban fuera de la casa una valija tras otra, además de unos muebles, entre los cuales la cama estilo Ningbo de la mujer del diplomado local. Deseaba avanzar para distinguir mejor, pero los pies no le respondían.

Esa noche no había luna. La aldea, sumida en la oscuridad, se encontraba en un silencio comparable al que imperaría en tiempos del legendario emperador Fuxi. Ah Q se quedó ahí de pie hasta que comenzó a aburrirse: la situación continuaba igual, gente que iba y venía moviendo cosas, acarreando valijas, muebles y utensilios, la cama estilo Ningbo... Apenas podía creer lo que veía. Pero decidió no avanzar y en cambio volvió al templo.

La oscuridad era aún mayor ahí. Cerró la puerta principal y buscó, tanteando, su cuarto. Estuvo un rato acostado hasta que pudo tranquilizarse y formular un pensamiento acerca de sí mismo: los hombres de armadura y yelmo blanco habían venido, era evidente, y no lo habían llamado, se habían llevado muchas cosas y él no había tenido su parte —esto era culpa de ese odioso Falso demonio extranjero, que no le había permitido entrar en la revolución—. Era la única explicación posible para el hecho que él no hubiera

obtenido su parte. Más pensaba más se enfurecía, hasta que el rencor ocupó todo su ser. Sacudió ferozmente la cabeza.

—Así que no me permites hacer la revolución, ¿eh? ¿Sólo tú puedes, no? Maldito Falso demonio extranjero. Bien, rebélate si quieres: la rebelión se paga con la ejecución. Voy a denunciarte. Te veré entrar en la ciudad para ser ejecutado, tú y toda tu familia, ejecutados. ¡*Cha!* ¡*Cha!*

Capítulo 9. El gran desenlace

El robo a la casa de los Zhao produjo en los habitantes de Weizhuang, incluyendo a Ah Q, una mezcla de júbilo y terror. Cuatro días más tarde, sin embargo, Ah Q fue arrestado en medio de la noche y llevado a la ciudad. Era una noche oportunamente oscura. Un grupo de soldados y guardias civiles, un equipo de policías y cinco detectives llegaron sigilosamente a la aldea, rodearon el templo al abrigo de la oscuridad y apostaron una ametralladora frente a la puerta. Ah Q, sin embargo, no salió corriendo y durante un rato no hubo movimiento. El comandante empezó a ponerse nervioso y tuvo que ofrecer una recompensa para que dos guardias civiles al fin decidieran correr el riesgo y treparan el muro. Con la ayuda de los de adentro, los de afuera irrumpieron en el templo y se llevaron a Ah Q, que sólo se despertó un poco al encontrarse junto a la ametralladora.

Ya era mediodía cuando entraron a la ciudad. Ah Q se vio arrastrado hasta el interior de una ruinoso oficina de gobierno y arrojado, luego de varias vueltas, en una pequeña celda. Apenas había tenido tiempo de trastabillar cuando la reja hecha de troncos se cerró detrás. Los otros lados eran paredes y en los rincones, advirtió, había dos personas.

Aunque sentía cierta inquietud, no estaba para nada deprimido, ya que su cuarto del templo no era en absoluto mejor que esta habitación. De a poco entró en conversación con los otros dos, que parecían venir también del campo. Uno estaba ahí por una vieja deuda de alquiler que su abuelo había contraído con el honorable diplomado provincial. El otro no sabía por qué. Cuando quisieron saber por qué se encontraba él ahí, Ah Q les respondió sin rodeos:

—Porque quería rebelarme.

Horas después lo sacaron de la celda y lo llevaron a una gran sala presidida, desde lo alto, por un viejo con la cabeza enteramente rapada. Ah Q pensó que se trataba de un monje, pero luego vio que había, más abajo, una fila de soldados, y a ambos costados una decena de figuras de túnica larga,

entre las cuales algunos rapados como el viejo y otros que se dejaban caer sobre los hombros el pelo largo, igual que el Falso demonio extranjero. Todas eran caras horribles y feroces, que le clavaban miradas asesinas. Supo de inmediato que eran grandes personajes, se le aflojaron los músculos y cayó de rodillas.

—¡Habla de pie! No te pongas de rodillas —exclamaron los hombres de túnica al unísono.

Aunque pareció entender, no era capaz de mantenerse de pie. Se puso en cuclillas y luego, en cuanto pudo, volvió a arrodillarse.

—¡Servil! —un hombre de túnica lo miró con desdén, pero ya no volvió a repetirle que se levantara.

—Confiesa la verdad y ahórrate el sufrimiento. Ya sé todo hace rato. Si confiesas, quedarás libre —dijo el viejo, mirándolo fijo y hablando en un tono claro y tranquilo.

—¡Confiesa! —gritaron los hombres de túnica.

—Yo quería... quería unirme... —Ah Q apenas logró tartamudear en medio de su confusión.

—Y entonces, ¿por qué no viniste? —preguntó afablemente el viejo.

—El Falso demonio extranjero no me lo permitió.

—¡Mentiras! Ya es tarde para hablar. ¿Dónde están tus cómplices?

—¿Qué...?

—Los que asaltaron la casa de los Zhao esa noche.

—Ellos no vinieron a buscarme. Se llevaron las cosas solos —al recordarlo Ah Q comenzaba a enfurecerse.

—¿A dónde fueron? Si lo dices, quedarás libre —continuó el viejo, con un tono aún más amable.

—No lo sé... no vinieron a buscarme...

El viejo hizo un guiño y Ah Q fue puesto de nuevo tras las rejas. Lo sacaron por segunda vez a la mañana del día siguiente.

La escena de la sala era la misma. Arriba seguía todavía el viejo, y Ah Q, igual que la otra vez, se puso de rodillas.

El viejo le preguntó en un tono afable si tenía algo para decir.

Ah Q pensó, no se le ocurrió nada; respondió que no.

Así que uno de los de túnica agarró un papel y un pincel y los puso delante de Ah Q. Luego trató de ponerle el pincel en la mano.

Ah Q se quedó paralizado, como si el alma misma se le hubiera ido del cuerpo, porque esta era la primera vez que su mano sostenía un pincel. No

sabía cómo agarrarlo. Pero el hombre de túnica le señaló un espacio y le indicó que firmara.

—Yo... yo... no sé escribir —dijo Ah Q, aterrorizado y con vergüenza.

—Entonces, haz lo que puedas, ¡dibuja un círculo!

Ah Q se propuso dibujar un círculo, pero la mano que sostenía el pincel le temblaba. El hombre de túnica puso el papel en el piso, Ah Q se tendió y concentró toda su atención en dibujar un círculo. Temía que se burlaran de él, estaba determinado a dibujarlo bien redondo, pero el maldito pincel no sólo era pesado sino que no le obedecía. Estaba a punto de cerrar el círculo, avanzando lenta y temblorosamente, cuando el trazo se le fue para arriba y terminó dibujando algo más parecido a una calabaza.

Ah Q sintió verdadera vergüenza por no haber dibujado un círculo bien redondo. Al otro no pareció importarle, ya que agarró el papel y el pincel y entre varios metieron a Ah Q de nuevo tras las rejas.

No estaba especialmente preocupado. Pensaba que el mundo es ancho y la vida es larga y a veces a uno le tocaba ser encerrado y sacado de una celda, y a veces a uno le tocaba dibujar un círculo en un papel; lo que sí resultaba una mancha en sus antecedentes era ese círculo imperfecto. Pero aun así, al rato se tranquilizó, pensando: sólo los idiotas dibujan círculos perfectamente redondos. Y así se durmió.

Esa misma noche, en cambio, el honorable diplomado provincial no fue capaz de dormir, a causa de un altercado que había tenido con el comandante. El honorable diplomado provincial sostenía que lo principal era encontrar lo robado, mientras que para el comandante lo más importante era ofrecer un espectáculo aleccionador a la masa.

—¡Hay que castigar a uno para que otros cien comprendan! —dijo el comandante, que en el último tiempo no trataba con la deferencia de siempre al diplomado provincial.

—No hace veinte días que estoy con los revolucionarios y ya ha habido más de diez robos, de los cuales ninguno se ha resuelto. ¡Esto es una mancha en mi nombre! Ahora por fin resolvemos un caso, y vienes con rodeos. ¡No es posible! Soy yo el que decide.

Pese a lo incómodo de su situación, el honorable diplomado provincial insistió, afirmando que si no se recuperaba lo robado renunciaría a seguir colaborando en la administración. El comandante respondió que hiciera lo que le pareciera. Así que esa noche el honorable diplomado provincial no logró dormirse; por fortuna, sin embargo, luego de pensarlo bien al día siguiente no renunció.

La tercera vez que Ah Q fue sacado de la celda fue a la mañana siguiente de la noche que el honorable diplomado provincial pasó en vela. En la sala el viejo estaba sentado en lo alto igual que antes. Igual que antes, Ah Q se arrodilló.

—¿Tienes algo para decir? —preguntó afablemente el viejo.

Ah Q pensó, no se le ocurrió nada, y respondió que no.

Varios hombres de túnica larga y corta le calzaron de golpe un chaleco blanco de algodón con unos ideogramas negros adelante. Esto lo inquietó, porque se parecía un poco a la ropa que se usa durante el duelo por la muerte de un pariente, lo cual podía ser de mala suerte.

Lo subieron a un carro abierto y varios hombres de chaqueta se sentaron junto a él. El coche arrancó de inmediato. Adelante iba un grupo de soldados y guardias civiles con fusiles. A ambos costados había un montón de personas mirando con la boca abierta. Qué había atrás, Ah Q no supo. Pero de repente se preguntó: ¿estaba yendo a una ejecución? El pánico hizo que los ojos se le nublaran y sintió en las orejas un zumbido, como si estuviera por desmayarse. Sin embargo, no se había desmayado, y aunque por momentos lo asaltaba el pánico, por momentos mantenía la calma. En esos instantes de lucidez se decía que el mundo es ancho y la vida es larga y a veces le tocaba a uno ser ejecutado.

Conocía el camino, y lo que le sorprendía es que no parecían estar yendo al patíbulo. Ignoraba que estaban haciéndolos desfilar para exhibirlos delante de la gente. Pero aún si lo hubiera sabido, hubiera pensado lo mismo: que el mundo es ancho y la vida es larga y a veces le toca a uno tener que desfilar por la calle y servir de ejemplo.

Finalmente comprendió que el camino conducía al patíbulo por un rodeo y que estaban llevándolo allí para ¡*cha!* decapitarlo. Miró a un lado y al otro, perplejo; por todos lados había una multitud que los seguía, como hormigas, y entre el gentío descubrió a Wuma. Estaba trabajando en la ciudad, comprendió de repente; esa era la razón por la que no la había visto en tanto tiempo. De repente se avergonzó de su poca ambición, pues se dio cuenta que aún no había cantado unos versos de alguna de sus óperas favoritas. Los pensamientos se le arremolinaban en la cabeza: La pequeña viuda va a la tumba le parecía insuficientemente grandiosa; El combate del dragón y el tigre, esa parte que decía Oh, remordimientos..., también, demasiado sosa. Terminó optando por Con mi fusta de acero he de azotarte. Sin embargo, al intentar agitar las manos recordó que las tenía atadas, así que finalmente tampoco cantó aquellos versos.

«En veinte años habrá otro...». En medio de su ajetreo mental a Ah Q le salieron espontáneamente unas palabras que nunca había dicho en su vida.

—¡Bravo! —un rugido animal surgió del gentío.

El coche avanzaba sin parar. En medio de los vítores, Ah Q giró los ojos en busca de Wuma, pero ella no parecía haberlo visto, sólo miraba absorta los fusiles sobre los hombros de los soldados. Así que Ah Q miró una vez más a la multitud que aclamaba.

En ese momento, los pensamientos se arremolinaron de nuevo en su cabeza. Cuatro años antes, al pie de una montaña, se había encontrado con un lobo hambriento, que lo seguía sin acercarse ni alejarse, esperando la oportunidad para devorarlo. Sintió tanto miedo que pensó que iba a morir, pero por fortuna tenía un hacha en la mano, y gracias a eso tuvo el coraje para aguantar hasta llegar a la aldea. Pero nunca se había olvidado de esos ojos que, feroces y tímidos a la vez, refulgían como dos fuegos fatuos y parecían atravesar su carne desde lejos. Y sin embargo, los ojos que veía ahora eran más temibles que los que había visto entonces, ojos ágiles y lerdos a la vez, que masticaban sus palabras y se disponían a masticar todo lo que no fuera su cuerpo. Lo seguían sin acercarse ni alejarse.

Estos ojos, fundidos ya como en una atmósfera, parecían estar royéndole el alma.

—Socorro...

Pero las palabras no salieron de su boca. Sus ojos ya se habían nublado, en su oído no había más que un zumbido y todo su cuerpo parecía dispersarse igual que polvo.

El más perjudicado en todo este asunto resultó ser el honorable diplomado provincial, pues finalmente nunca se encontraron los bienes. Su casa estaba sumida en el llanto. En segundo lugar, los Zhao, no sólo porque al ir a la ciudad a presentar la denuncia el diplomado local fue despojado de su trenza por los malos revolucionarios, sino porque tuvo que pagar además más de 20 mil monedas de tributo. Así que también su casa estaba sumida en el llanto, y a partir de ese día adoptaron poco a poco los modos de una familia fiel a la antigua dinastía.

En cuanto a la opinión pública, todos en Weizhuang coincidían en que Ah Q era culpable, y que su ejecución era la prueba irrefutable. ¿Si no había hecho nada, por qué lo habían ejecutado? La opinión en la ciudad era negativa y el descontento generalizado, pues una ejecución era un espectáculo muy inferior a una decapitación. Y además, el condenado era demasiado ridículo,

había recorrido media ciudad y no había cantado ni una sola línea de ópera.
Los había hecho perder el tiempo.

La comedia de los patos

—¡Qué silencio! ¡Qué soledad! Es como un desierto.

Así se quejaba el poeta ciego Eroshenko^[14], a poco de llegar a Pekín con su balalaika. Debía ser tal como él decía, pero yo nunca me había dado cuenta. Vivía allí hacía demasiado tiempo y, como dice Confucio, «el que duerme en un jardín, no huele las flores». Sólo sentía el runrún constante de la ciudad, aunque tal vez, justamente, eso que yo percibía como «ruido» era lo que él percibía como «silencio».

Lo que sí creía y creo es que en Pekín es como si no hubiera primavera ni otoño. Aunque los viejos pekineses suelen decir que el clima ha cambiado y se ha vuelto más templado, a mí siempre me ha parecido que en esta ciudad no existen las estaciones intermedias. El final del invierno y el comienzo del verano se enlazan casi sin transición, y apenas el verano ha pasado ya comienza el invierno.

Fue justamente entre el final del invierno y el comienzo del verano, una noche en la que me encontraba casualmente ocioso, que fui a visitar al poeta ruso. Eroshenko estaba quedándose en la casa de Zhongmi^[15]. Allí, a esa hora, todo el mundo dormía ya, y reinaba la tranquilidad. Recostado en su cama, solo, con su larga cabellera rubia enmarcando el gesto ligeramente fruncido de sus cejas altas, Eroshenko pensaba en los viajes que había hecho por Birmania y en las noches de verano de aquel país.

—En Birmania, en una noche de verano como esta, dijo, se escucha música por doquier. En las casas, entre los pastos, sobre los árboles, por todas partes está el chirrido de los insectos, distintas músicas que forman como una sinfonía. Es algo misterioso. Entremezclado con todo ello se distingue también, cada tanto, el «ssssssss» de una serpiente, armonizado sin embargo con los otros sonidos...

Se sumió en sus pensamientos, como si tratara de perseguir aquellas imágenes.

Yo no tenía nada que decir. En Pekín nunca había escuchado una música tan maravillosa, así que por más nacionalista que fuera, no tenía cómo

argumentar, pues además Eroshenko era ciego, pero no sordo.

—En Pekín no hay ni siquiera el canto de las ranas... —continuó, suspirando.

—Eso sí que hay: ranas —protesté, animándome de golpe frente a ese suspiro—, Al llegar el verano, luego de una gran lluvia, puedes escuchar el canto de infinidad de ranas y sapos, que viene de las acequias. Porque en Pekín por todas partes hay acequias.

—Ah...

Unos días más tarde, mis palabras encontraron una inesperada comprobación, pues Eroshenko compró una docena de renacuajos y los colocó en el estanque que había en el centro del patio frente a su ventana. Ese estanque tenía un metro de largo y sesenta centímetros de ancho; Zhongmi se había encargado él mismo de cavar el pozo, pensando en llenarlo con flores de loto. Aunque nunca se había visto allí ni una sola flor, era un lugar ideal para criar ranas.

Los renacuajos nadaban de a montones en el estanque, y Eroshenko se acercaba a visitarlos cada dos por tres. A veces, uno de los niños le decía:

—Señor Eroshenko, les han crecido piernas.

Él se ponía contento, sonreía y decía:

—¡Ah!

Criar a estos músicos del estanque no era, sin embargo, más que una de las cosas a las que se dedicaba Eroshenko. Promotor de la idea del autoabastecimiento, sostenía a menudo que las mujeres podían cuidar el ganado y los hombres cultivar el campo. Así que cuando se encontraba con algún amigo con quien tuviera confianza, en seguida intentaba convencerlo de que cultivara repollos en el patio. Muchas veces le recomendó a la mujer de Zhongmi que criara abejas, o que tuviera gallinas, cerdos, un buey o camellos. Que al final, de hecho, la casa de mi hermano se llenara de unos pollitos que volaban por todo el patio y se comían los brotes del arbusto rastrero, era básicamente el fruto de sus consejos.

Con frecuencia pasaba por la casa un campesino que traía pollitos para vender, y a partir de entonces siempre le compraban algunos, ya que los pollitos se indigestan y se acaloran fácilmente y es raro que vivan mucho tiempo. Uno de esos pollitos se convirtió, incluso, en uno de los protagonistas del único relato que Eroshenko escribió en Pekín: «La tragedia de los pollitos». Una tarde aquel campesino trajo, para variar, unos patitos que piaban sin parar. La mujer de Zhongmi dijo que no le interesaban. Eroshenko también había salido a ver. Le pusieron uno sobre su mano, y el patito siguió

haciendo *piopío*. Era tan adorable, dijo; no podía no comprar. Compró cuatro, a ochenta cada uno.

Los patitos eran realmente adorables. Con su cuerpo cubierto de un amarillo pálido, caminaban bamboleándose, llamándose mutuamente, amontonados en un rincón. Bien, dijeron todos, mañana vamos a comprar unas lochas para alimentarlos. Yo me hago cargo de ese gasto, dijo Eroshenko.

Así que se fue a dar clases, y los demás también se fueron. Al rato, cuando la mujer de Zhongmi salió al patio para darles un poco de arroz frío, escuchó a lo lejos el ruido de chapoteo, se acercó rápido a ver y descubrió que los cuatro patitos se estaban bañando en el estanque, y además daban saltos y comían algo. Para cuando logró que salieran del estanque, el agua estaba completamente turbia. Pasó un buen rato hasta que se aclaró de nuevo, y entonces sólo se veían algunas delgadas raíces de loto. No había rastro de aquellos renacuajos con piernas.

—Echochenko, los bebés de ranas no están más —le dijo uno de los niños, el más pequeño, apenas lo vio pasar por la puerta, al atardecer.

—¿Eh? ¿Las ranas?

La esposa de Zhongmi también salió y le contó cómo los patos se habían comido los renacuajos.

—Ay, ay.

Para cuando los patitos desecharon su plumón amarillo, Eroshenko sintió de repente nostalgia de la «madre Rusia» y se dirigió apresuradamente hacia la ciudad de Chitá.

Para cuando las ranas comenzaron a cantar por todas partes, los patitos ya habían crecido, dos blancos, dos moteados, y su chillido se había convertido en un *cuácuácuácuá*. El estanque les había quedado pequeño hacía rato, aunque por suerte para ellos, el terreno de la casa era bajo y apenas empezaron las lluvias de verano el patio se llenó de agua, de manera que los patos, contentísimos, nadaban, se daban chapuzones y sacudían las alas, sin parar de gritar *cuácuácuácuá*.

Ahora, una vez más, del final del verano hemos pasado al comienzo del invierno, y todavía no hay noticias de Eroshenko. Me pregunto dónde se encontrará.

Sólo aquellos cuatro patos siguen gritando en el desierto.

Diciembre de 1922

La ópera rural

En los últimos veinte años sólo asistí en dos ocasiones a un espectáculo de ópera china, y las dos fueron en estos últimos diez años, ya que en los anteriores no tuve oportunidad o interés. En ambas ocasiones, sin embargo, me fui sin haber visto mucho.

La primera vez fue en el primer año de la República, a poco de instalarme en Pekín. Un amigo me dijo entonces que la ópera de esta ciudad era insuperable y me insistió en que debía conocer. Ir al teatro siempre es interesante, pensé, y en Pekín debía serlo aún más. Así que lo acompañé muy entusiasmado a no sé qué sala. Cuando llegamos la obra ya había comenzado y desde afuera se escuchaba el ruido de los gongs. Una vez adentro, todo tipo de colores centellearon frente a mi vista y vi un montón de cabezas que llenaban el espacio delante del escenario. Mirando mejor advertí unos asientos vacíos en el medio. Me abrí camino empujando y estaba por sentarme cuando un hombre me increpó. Tan aturdido estaba que sólo con mucho esfuerzo logré entender lo que decía:

—¡Está ocupado!

Retrocedimos hacia el fondo. Uno de trenza lustrosa nos condujo hacia un costado y nos señaló un lugar. Este supuesto lugar era un banco largo, pero con un asiento mucho más angosto que mis muslos y mucho más alto que mis pantorrillas. De entrada, no me atrevía a subirme, y luego me hizo pensar en un instrumento de tortura; se me puso la piel de gallina y me fui.

Había andado un buen trecho cuando escuché de repente la voz de mi amigo:

—¿Qué te pasa?

Miré para atrás y me di cuenta de que lo había arrastrado hasta la salida.

Me preguntó, sorprendido:

—¿Por qué seguías andando sin responder?

—Disculpa, amigo mío —le dije—. No te escuché; lo único que sentía era el estruendo en mis oídos.

Más tarde siempre recordaba con extrañeza este episodio. La obra debía ser muy mala. O quizás yo ya no era apto para sobrevivir en un teatro.

La segunda vez no sé en qué año fue, pero por entonces se recolectaban donaciones por las inundaciones en Hubei y Tan Jiaotian todavía no había muerto. La donación era a través de una entrada de dos yuanes con la cual se accedía a ver el espectáculo de La Escena Número Uno. Entre los actores, todos conocidos, estaba el pequeño Jiaotian. Compré una entrada, en principio sólo para cumplir con los que promovían las donaciones, pero luego un entrometido aprovechó para instruirme acerca de cómo no podía no ver a Jiaotian. Así que me olvidé del aturdimiento desastroso de unos años atrás y me dirigí al teatro. También, en parte, porque luego de lo que había pagado por la entrada sólo me iba a sentir tranquilo si la usaba. Averigüé que Jiaotian iba a salir a escena tarde, y que el teatro contaba con instalaciones modernas, por lo cual no había necesidad de pelear por un asiento. Eso me tranquilizó, e hice tiempo hasta las nueve. Para mi sorpresa, el lugar resultó estar repleto, incluso para estar de pie no había espacio, así que no me quedó más remedio que mirar desde lejos, apretujado en medio del gentío, a una dama anciana que cantaba en el escenario. La dama tenía, a cada lado de la boca, dos mechas de papel encendidas, y junto a ella había un guardia del infierno. Después de mucho reflexionar, llegué a la conclusión de que debía ser la madre de Mulian^[16], porque al rato además apareció un monje. Sin embargo, tampoco sabía quién era ese actor. Le pregunté a un caballero gordo que estaba apretujado a mi izquierda. Me miró de reojo, con expresión despectiva, y dijo: «Gong Yunfu». Profundamente avergonzado por mi ignorancia y falta de delicadeza, me ruboricé todo, mientras forjaba en mi mente la decisión de no preguntar nunca más. Así vi cantar a mujeres jóvenes, a muchachas coquetas y a ancianos, y a otros personajes que no reconocí; vi a un montón de gente pelear confusamente, y a dos o tres que peleaban entre sí, desde las nueve hasta las diez, desde las diez hasta las once, desde las once hasta las once y media, once y media a doce, pero Jiaotian jamás apareció.

Nunca antes en mi vida había esperado algo con tanta paciencia. El resoplido constante del caballero gordo a mi lado, más el estruendo de gongs y platillos en el escenario y los colores flameantes, todo esto, sumado al hecho de que eran las doce, me hizo darme cuenta de golpe que yo no era apto para sobrevivir en un lugar así. Giré sobre mí mismo, como un tornillo, y me empecé a abrir camino hacia afuera, sintiendo cómo el hueco que había dejado a mi espalda se llenaba enseguida (seguro el caballero gordo, como un resorte que se libera, había desplegado en mi espacio la mitad derecha de su

cuerpo). No había marcha atrás, así que avancé a los empujones hasta alcanzar la puerta. En la calle, salvo los *rickshaw* que esperaban a los espectadores, casi no había gente, aunque delante de la puerta había una decena de personas mirando el programa, la cabeza levantada, y aparte otro grupo que miraba no se sabía qué. Se me ocurrió que debían venir a ver a las mujeres que salían de la ópera. Pero Jiaotian, hasta el momento, todavía no había venido.

La noche, sin embargo, tenía una frescura inusual, el aire estaba en verdad delicioso. Era la primera vez que experimentaba esa clase de atmósfera en Pekín.

Esa noche me despedí para siempre de la ópera. Nunca más volví a pensar en ella, e incluso cuando ocasionalmente pasaba frente a un teatro, nos tratábamos con mutua indiferencia, mentalmente divorciados para siempre, uno al sur del cielo y el otro al norte de la tierra.

Unos días atrás, sin embargo, leí por casualidad un libro japonés, cuyo título y autor lamentablemente no recuerdo; en todo caso era acerca de la ópera china. Uno de los capítulos decía, resumiendo, que la ópera china se trataba mucho de percusión, de gritos y saltos, que todo esto mareaba y aturdió al espectador y no era apto para un teatro cerrado, pero que si los espectadores se encontraban esparcidos en campo abierto, mirando a cierta distancia, no dejaba de tener su interés. En ese momento me pareció que esto expresaba a la perfección lo que yo pensaba sin saber que pensaba, porque recordaba haber visto muchas óperas buenas en el campo, y tal vez mis dos visitas a la ópera en Pekín habían sido influenciadas por aquellas experiencias. Lástima que por algún motivo no pueda acordarme ahora del nombre del libro.

En cuanto a la época en que vi esas buenas óperas, fue allá lejos y hace tiempo, por entonces no tendría más de once o doce años. Una costumbre de nuestro pueblo Luzhen es que las muchachas casadas, cuando todavía no están a cargo de la casa, vuelvan al hogar paterno a pasar los veranos. Por entonces, aunque mi abuela del lado de mi padre todavía gozaba de buena salud, mi madre ya se había hecho cargo de algunas tareas y la visita a sus padres no podía extenderse demasiado. Luego de visitar las tumbas, apenas podía quedarse unos días. Todos los años yo acompañaba a mi madre a pasar esos días en lo de mis abuelos maternos. El lugar se llamaba Pingqiao, era una pequeña aldea junto a un río, cerca del mar, en un lugar alejado de todo. No vivían más de treinta familias ahí, todos cultivaban la tierra, pescaban, y sólo había una pequeña tienda de artículos generales. Pero para mí era una tierra

de alegría: no sólo porque recibía un tratamiento privilegiado, sino porque mientras estaba allí me salvaba de tener que memorizar versos de El clásico de la poesía.

Tenía muchos amigos con los que entretenerme, pues tratándose de un visitante venido de lejos los padres les permitían trabajar menos para jugar conmigo. En las aldeas pequeñas, el huésped de una familia es casi como un huésped de todos. Éramos de la misma edad o casi, pero en la escala de mayoría había algunos que eran «tíos» o «abuelos», ya que en la aldea todos tenían el mismo apellido y pertenecían a la misma familia. Sin embargo, éramos amigos e incluso cuando se armaba una discusión y uno le pegaba a alguien «mayor», ni a los jóvenes ni a los viejos de la aldea se les ocurría pensar que se había infringido la jerarquía, y además el 99 por ciento no sabía leer.

Nuestra actividad diaria consistía en sacar lombrices de la tierra, ensartarlas en anzuelos hechos de hilo de cobre y tendernos boca abajo en la orilla a pescar camarones. Los camarones son los tontos del mundo del agua, no tienen ningún resquemor en agarrar con sus propias tenazas el anzuelo y llevárselo a la boca, así que en medio día o menos ya teníamos un gran recipiente lleno. Por regla me tocaba a mí comer los camarones. Luego íbamos a apacentar el ganado, aunque tal vez porque se trataba de animales superiores, a los bueyes y búfalos de agua les gustaba intimidar a los desconocidos y solían agredirme. Por eso yo nunca me animaba a ponerme cerca; los seguía desde lejos. En estos momentos, mis pequeños amigos no me perdonaban que fuera capaz de leer versos y empezaban a hacerme bromas.

Pero mi principal deseo cuando estaba allí era ir a ver la ópera a Zhaozhuang, una aldea un poco más grande que estaba a unos cinco *li* de Pingqiao. Esta era demasiado pequeña como para organizar espectáculos, de manera que cada año le daban un dinero a los de Zhaozhuang, a manera de aporte. Por entonces no se me ocurría preguntarme por qué año tras año tenían que representar estas óperas. Ahora que lo pienso, debían formar parte de las ceremonias de la primavera en honor de los dioses.

Cuando tenía once o doce años yo esperaba todo el año la llegada de esta época. Ese año lamentablemente no conseguimos bote por la mañana. En Pingqiao había sólo un bote de pasajeros que salía temprano y volvía tarde; no había necesidad de hacer más viajes. El resto eran botes pequeños, que no servían. Mandamos a alguien a la aldea vecina a preguntar, pero fue inútil, todos estaban reservados desde temprano. Mi abuela, contrariada, rezongaba,

quejándose de por qué nadie había reservado. Mi madre trataba de confortarla, diciéndole que en Luzhen teníamos óperas mucho mejores, que asistíamos varias veces al año, era mejor olvidarse de lo de hoy. Sólo yo estaba al borde de las lágrimas, aunque mi madre me suplicaba que no pusiera esa cara. Temía que mi abuela se enojara, pero tampoco me permitía ir con los otros, pues no quería que se preocupara.

En resumen, no había caso. Para la tarde todos mis amigos se habían ido. La ópera ya había comenzado, me parecía escuchar el ruido de los tambores. Debían haber comprado leche de soja y estarían bebiéndola frente al escenario.

Ese día no pesqué camarones y apenas comí. Mi madre, inquieta, ya no sabía qué hacer. Para la cena mi abuela finalmente se dio cuenta y dijo que yo debía estar muy descontento. Qué malos anfitriones eran, dijo, dónde se había visto esta manera de tratar a un invitado. Tras la cena, los jóvenes que habían visto las óperas se juntaron y conversaron alegremente de lo que habían visto. Sólo yo no abría la boca, y todos suspiraron con lástima. De repente, Shuangxi, que era el más inteligente del grupo, como inspirándose, dijo:

—¿Y el bote grande? El tío ya debe haber vuelto.

Una docena de muchachos, iluminándose, se unieron con entusiasmo a la idea. Ellos podían acompañarme en el bote de pasajeros. Yo estaba feliz. Mi abuela tenía cierto temor pues se trataba de puros niños, no era seguro; mi madre decía que no era razonable hacer trasnochar a los adultos pues todos tenían que trabajar al día siguiente. En medio de estos titubeos, una vez más fue Shuangxi el que, entendiendo la situación, exclamó de repente:

—Me pongo como garantía. El bote es grande y nuestro hermano Xun no es de andar corriendo irresponsablemente. Además todos conocemos bien el agua.

¡Era cierto! No había uno solo de esa docena de chicos que no supiera flotar, y dos o tres entre ellos eran verdaderos nadadores.

Mi madre y mi abuela también lo creían, y sonrieron, sin poner ya más reparo. Salimos disparados por la puerta.

De golpe mi corazón se había deshecho de un gran peso, y también mi cuerpo parecía ensancharse. Al salir vi un bote de techo blanco estacionado bajo la luna. Subimos de un salto, Shuangxi agarró la vara delantera, Ah Fa la de atrás. Los más chicos se ubicaron conmigo en el medio; los más grandes, en la popa. Mientras mi madre salía a despedirnos y nos advertía que tuviésemos cuidado, soltamos amarras. El bote chocó contra el puente, retrocedió unos centímetros y en seguida se lanzó hacia adelante de nuevo.

Pusimos dos remos, cada uno a cargo de dos personas que rotaban. Las bromas y los gritos se mezclaban con el chapoteo de la corriente en la proa, mientras en el río bordeado por los verdes campos de habas y trigo nuestro bote avanzaba volando hacia Zhaozhuang.

El aire del río nos soplaba en la cara el perfume delicado de los campos y los juncos. La luna se veía difusa en ese aire acuoso. La línea ascendente y descendente de las montañas, de un negro tenue, parecía el lomo de oscuras bestias danzantes. Iban alejándose a toda velocidad detrás de nosotros, pero a mí me parecía que el bote no avanzaba lo suficientemente rápido. Tras cambiar cuatro veces el mando de los remos, de a poco comenzó a divisarse la aldea y una canción pareció venir en el viento. Se veían también unos fuegos. Ahí debía estar el escenario, pensé, aunque tal vez fueran fuegos de pescadores.

El sonido, proveniente quizás de una flauta, ondulante y melodiosa, me sumió en la calma, hasta que empecé a sentirme inquieto otra vez, como si temiera dispersarme en ese aire nocturno lleno del perfume de campos y juncos.

Los fuegos se iban acercando. Eran, en efecto, fuegos de pescadores. Sólo entonces me di cuenta de que lo que había estado mirando desde lejos no era la aldea. Era el bosquecito de pinos y cipreses que ahora se encontraba en frente de nosotros. El año anterior había paseado por ahí y había visto los restos de un caballo de piedra medio enterrados en el suelo y otra escultura de una cabra oculta en la maleza. Tras dejar el bosquecito atrás, el bote giró hacia un canal, lo que significaba que ahora sí la aldea estaba ahí nomás.

Lo que atraía más la vista era un escenario que se levantaba en un espacio vacío junto al río, a las afueras de la aldea, distingo borrosamente a lo lejos, con sus contornos difuminados en el claro de luna. Parecía uno de esos paisajes celestiales que había visto en las pinturas. El bote iba aún más rápido ahora y en seguida pudieron verse los personajes sobre el escenario, colores en movimiento. En el agua, cerca del escenario, los toldos de los botes de los que miraban la ópera formaban una franja negra.

—No hay lugar cerca del escenario. Tendremos que mirar desde lejos —dijo Ah Fa.

El bote aminoró la velocidad y al instante llegamos. No había manera de acercarse. Tuvimos que detenemos ahí, más lejos del escenario de lo que se encontraba el altar con los dioses^[17]. De hecho, aunque hubiera habido espacio cerca del escenario, tampoco queríamos estacionar nuestro bote al lado de esos botes de techo negro.

Mientras nos apurábamos a estacionar, vi sobre el escenario una figura negra y barbuda, con cuatro banderas clavadas en la espalda y una lanza en la mano, combatiendo contra un montón de hombres de torso desnudo.

—Es el viejo Testa de Hierro —dijo Shuangxi—. Es capaz de dar ochenta y cuatro vueltas en el aire.

Él las había contado esa misma tarde.

Miramos el combate apiñados en la proa, pero el viejo Testa de Hierro no dio ninguna vuelta en el aire. Sólo algunos de los hombres de torso desnudo dieron unas vueltas, y luego de un rato todos se retiraron del escenario. En seguida salió a escena el personaje de una muchacha que comenzó a cantar con voz de pito. Shuangxi dijo:

—Por la noche hay menos público, y el viejo también está cansado. A nadie le gusta lucirse en vano.

Me pareció que tenía razón, porque en este momento, de hecho, había poca gente frente al escenario. Los campesinos no podían trasnochar pues al día siguiente debían trabajar, y se habían ido a dormir hacía rato. Dispersos aquí y allá, de pie, había unas decenas de vagos de las aldeas de la zona. También estaban las familias de los terratenientes en los botes, pero estos no prestaban atención a la obra. La mayoría había venido sólo para comer tortas, frutas y semillas de sandía. Así que era como si no hubiese nadie.

Lo que a mí me importaba, sin embargo, no era ver las vueltas en el aire. Lo que más deseaba ver era al Demonio Serpiente, un hombre cubierto con una tela blanca que sostenía con ambas manos, sobre su cabeza, un bastón con forma de cabeza de serpiente. Lo segundo era la danza del tigre vestido de amarillo. Pero aunque esperé mucho, no vi nada de esto. La muchacha se retiró del escenario y en seguida salió el personaje de un joven, actuado por un hombre muy viejo. Sentí cierto cansancio y le pedí a Guisheng que fuera a comprar leche de soja. Volvió en seguida, diciendo que no había.

—El sordo que vende ya se fue. De día había, yo tomé dos tazones. Voy a llenarte un cuenco de agua.

No tomé el agua, pero me mantuve de pie mirando, sin saber bien qué era lo que veía. Sólo me parecía que las caras en el escenario se iban volviendo cada vez más extrañas, los rasgos cada vez más borrosos, hasta fundirse en una común indefinición. Los más pequeños bostezaban; los más grandes conversaban entre sí. En ese momento un payaso de camisa roja fue atado a una de las columnas del escenario y un hombre de barba gris comenzó a azotarlo con una fusta. Recién entonces, reavivado nuestro interés, nos reímos. Me pareció que ese debía ser el mejor número de la noche.

Sin embargo el personaje de la anciana finalmente salió al escenario. Este era el personaje que más temía yo a priori: sobre todo temía que se sentara y se pusiera a cantar. Vi que todos parecían bastante desanimados, entendí que compartían mi opinión. Al principio la anciana se limitaba a renguear de un lado a otro, mientras cantaba, luego se sentó en una silla en medio del escenario. Yo estaba inquieto, mientras que Shuangxi y los otros directamente empezaron a maldecir en voz alta. Esperé una eternidad, hasta que la anciana levantó una mano. Pensé que iba a ponerse de pie, pero lentamente volvió a colocar la mano en el mismo lugar y siguió cantando. En el barco algunos suspiraron, y el resto comenzó a bostezar. Shuangxi no aguantó más. Dijo:

—Me temo que es capaz de seguir hasta mañana. Será mejor que nos vayamos.

Todos estuvieron de acuerdo. Con el mismo entusiasmo que al partir, tres o cuatro corrieron a la cola del bote, hundieron las varas, retrocedieron varios metros y dieron la vuelta. Luego, empuñando los remos, maldiciendo a la anciana, enfilamos en dirección al bosquecito.

Como si apenas hubiéramos estado un rato mirando la ópera, la luna seguía en el cielo y al dejar la aldea atrás brilló con una claridad singular. El escenario era aún visible detrás de nosotros, en medio de las luces, sólo que, igual que a la ida, aparecía envuelto en una bruma, como un pabellón en una montaña habitada por inmortales, cubierto por un aura rosada. Lo que llegaba al oído, una vez más, era el sonido melodioso de la flauta. Imaginé que la anciana debía haberse retirado del escenario, pero me dio vergüenza pedirles que volviéramos.

No tardamos en dejar atrás el bosquecito. El bote avanzaba rápido, pero por la oscuridad alrededor era evidente que se había hecho tarde. Los otros discutían sobre la ópera, maldecían y reían, mientras remaban con mayor ahínco. Ahora la corriente sonaba aún más fuerte en la proa, y el barco embestía la espuma como un enorme pez blanco con unos niños sobre su lomo. Algunos viejos pescadores nocturnos detenían sus pequeños botes para mirar y alentarnos.

Faltaba todavía un li para llegar a la aldea, pero el bote disminuyó la velocidad. El esfuerzo había agotado a los remeros, y además no habían comido nada desde hacía rato, dijeron. El que tuvo la idea esta vez fue Guisheng. Las habas estaban a punto en esa época, dijo, y en el barco había leña. Podíamos robar algunas y cocinarlas. Todos estuvieron de acuerdo y de inmediato, acercándose a la orilla, detuvieron el bote. En el campo cerca de la orilla, en la húmeda oscuridad, no había más que habas maduras.

—Hey, Ah Fa, de este lado son de tu casa, del otro lado son de Liuyi. ¿De qué lado robamos? —Shuangxi, que había sido el primero en bajar, preguntó desde la orilla.

Todos saltamos a la orilla. Mientras bajaba, Ah Fa decía:

—Esperen, déjenme echar un vistazo —respondió Ah Fa, mientras bajaba.

Fue y vino un rato, tanteando, y luego se enderezó y dijo:

—Roben del nuestro, las nuestras son mucho más grandes.

Asentimos y nos dispersamos por el campo de habas de la familia de Ah Fa, y cada uno recogió un puñado y lo arrojó dentro del bote. A Shuangxi se le ocurrió que si robábamos más la madre de Ah Fa podía darse cuenta y hacer un escándalo, así que en seguida nos metimos en el campo de Liuyi y cada uno robó otro montón.

Algunos de los más grandes siguieron remando despacio, mientras otros, en la parte trasera del bote, encendían un fuego. Los más chicos pelábamos las habas. Rápidamente estuvieron cocidas, y mientras dejábamos que el bote flotara a la deriva, nos pusimos en ronda y comimos con la mano. Luego de comer arrancamos de nuevo, limpiamos los utensilios y tiramos las vainas y lo demás al río, para no dejar huellas. Shuangxi temía que su tío advirtiera que habían usado la sal y la leña del barco. El viejo era muy observador, seguramente se daría cuenta y se enojaría con ellos. Pero después de discutirlo entre todos, llegamos a la conclusión que no había nada que temer. Si se enojaba, le diríamos que devolviera la rama que había sacado el año pasado del antiguo árbol de sebo junto a la orilla, y le gritaríamos «sarnoso» en la cara.

—¡Aquí estamos todos de vuelta! No me equivoqué. ¡Ya había dicho que salía de garante! —gritó de repente Shuangxi, desde la proa.

Miré hacia adelante y vi que ya estábamos llegando a Pingqiao, y que había una persona junto al puente. Era mi madre. A ella se había dirigido Shuangxi. Me coloqué en la parte delantera de la cabina, el bote enseguida pasó bajo el puente, se detuvo y subimos uno tras otro a la orilla. Mi madre estaba un poco enojada, porque era ya pasada la medianoche: ¿cómo se nos ocurría volver tan tarde? Pero a la vez estaba contenta, y sonriendo invitó a todos a comer arroz frito.

Todos respondieron que acababan de comer algo y que se morían de sueño, preferían ir lo antes posible a dormir. Así que cada uno se fue para su casa.

Al día siguiente me desperté recién hacia al mediodía y no supe de ningún altercado por la sal y la leña del día anterior. A la tarde, como siempre, fui a

pescar camarones.

—Shuangxi, tú y el resto de los sinvergüenzas, ¿ayer estuvieron robando mis habas? Y encima, por no hacerlo como corresponde, pisotearon una buena cantidad.

Levanté la cabeza, Liuyi pasaba remando; regresaba de vender sus habas y todavía le quedaba un montoncito en el bote.

—Sí. Invitamos a nuestro huésped. Al comienzo no queríamos las tuyas. Mira, ¡me asustaste los camarones! —dijo Shuangxi.

Liuyi me miró y dejó de remar. Sonrió:

—Invitar a un huésped es un deber.

Luego me preguntó:

—Hermano Xun, ¿qué tal estuvo la ópera ayer?

—Bien —dije, asintiendo con la cabeza.

—¿Las habas estaban comibles?

Asentí de nuevo:

—Muy buenas.

Para mi sorpresa, Liuyi se puso a agradecerme, levantó el pulgar y dijo, orgulloso:

—¡La gente de la ciudad sabe apreciar lo que es bueno porque ha estudiado! Mis habas son elegidas semillas por semilla. ¿Qué saben estos campesinos? Decir que las mías son menos buenas que las de otros... Hoy voy a regalarle a tu madre para que pruebe...

Y moviendo el remo, siguió adelante.

Cuando mi madre me llamó para la cena, sobre la mesa había un gran tazón de habas cocidas; eran las que Liuyi nos había traído. Me enteré también que le había hablado muy bien de mí a mi madre:

—Tan pequeño y ya sabe tanto, cuando sea grande sin duda va a ser número uno en el examen imperial. Tía abuela, puedo garantizar tu fortuna.

Pero las habas no me parecieron para nada tan ricas como la noche anterior.

De verdad, hasta el día de hoy, nunca he comido unas habas tan ricas como las de esa noche, ni he visto tampoco una ópera tan buena como esa.

Octubre de 1922

II. Extravíos

(1926)

Partiendo a la mañana desde Cangwu llego al atardecer al Jardín del Paraíso. Quisiera demorarme en este etéreo portal pero el sol hacia el oeste se encamina veloz.

Le ordeno al sol detener la marcha de su carro, mientras observo, sin apuro, el monte Yanzi El camino es largo y es larga mi travesía, y debo ir y venir hasta encontrar la salida.

Qu Yuan; Frente a las penas.

En la taberna

Viajando desde el norte en dirección sudeste hice un rodeo para visitar mi aldea natal y así llegué a la ciudad de S. Entre esta ciudad y mi aldea no hay más de treinta *li* de distancia y se puede llegar en bote en menos de medio día; yo había trabajado allí durante un año como profesor en una escuela. Estábamos en medio del invierno y, tras la nieve que había caído, el paisaje se veía desolador. Nostalgia e indolencia se mezclaron en mí y decidí pernoctar en el albergue Luosi, que no existía en mi época. La ciudad en sí es pequeña, así que salí a caminar en busca de viejos compañeros que esperaba volver a ver, pero no encontré a nadie. Hacía rato que se habían ido, quién sabe adónde. Atravesé la puerta de la escuela, que había cambiado también de nombre y de aspecto, y me resultaba desconocida. En menos de dos horas mi entusiasmo se había esfumado y me arrepentí de haber venido hasta aquí. Había estado de más.

El albergue era de los que dan sólo alojamiento. La comida se pedía en otra parte y era tan insípida como masticar barro. Tras la ventana se veían sólo unos muros manchados de humedad a los que se adhería el musgo seco. Arriba un cielo color plomo, de un blanco cegador pero monótono, y una ligera nieve se arremolinaba otra vez en el aire. El almuerzo no me dejó satisfecho y tampoco sabía cómo matar el tiempo, así que me acordé de la existencia de una taberna que solía frecuentar. Se llamaba Yishuju, y según mis cálculos no debía estar lejos del albergue. Rápidamente trabé la puerta de mi cuarto, salí a la calle y me dirigí hacia la taberna. De hecho lo único que deseaba era escapar de ese tedio tan propio del viajero. No estaba en mis planes emborracharme. Yishuju seguía ahí: la fachada angosta, húmeda y sombría, el cartel gastado, eran los de siempre. Desde el dueño hasta los mozos, sin embargo, todos eran desconocidos: en este Yishuju yo era un completo extraño. Encaré no obstante aquella escalera del rincón que había andado tantas veces, y subí hasta el segundo piso del pequeño local. Arriba había, como antes, cinco pequeñas mesas. Lo único distinto era la ventana trasera, donde el vidrio había reemplazado la celosía de madera.

—Una jarra de medio de vino.

—¿Para comer?

—Un plato de *toufu* frito con mucho picante —le dije al mozo, que me había acompañado hasta arriba mientras me dirigía hacia el fondo para sentarme a una mesa junto a la ventana. El piso estaba vacío; podía elegir el mejor lugar desde donde observar el jardín abandonado en la planta baja. Este jardín no debía pertenecer a la taberna. Me había dedicado a contemplarlo infinitas veces, incluso en días de nieve; pero mirado con ojos habituados al norte ahora, resultaba de verdad sorprendente. Unos viejos ciruelos insensibles al frío, con sus ramas cargadas de flores, parecían ignorar completamente el invierno. Junto a un pabellón derruido había también una camelia, y de en medio de su follaje tupido y oscuro sobresalían unas flores rojas, brillando como llamas en medio de la nieve, furiosas y altivas, como si despreciaran al hombre capaz de partir para tierras lejanas. Recordé de golpe que la nieve de aquí era húmeda, sólida y moldeable, brillante como un cristal. Nada que ver con la nieve seca del norte, que apenas soplaban un viento se esparcía por el cielo como una neblina.

—El vino, forastero...

Con tono cansino, el mozo dejó el vaso, los palitos, la jarra y el plato. El vino había llegado. Pensé que el norte no era mi hogar, pero que en el sur no era más que un hombre de paso, más allá de cómo la nieve de allá volara en torbellino, o de cuánta nostalgia me diera la nieve suave de aquí, todo esto no tenía nada que ver conmigo. Sentí una amargura, y luego el placer del primer trago. El gusto del vino era puro y el *toufu* estaba impecable. Lástima que el picante fuera un poco suave; en la ciudad de S, a fin de cuentas, no entendían de picante.

Tal vez por ser la tarde, en la taberna no había el ambiente que uno esperaba. Ya había bebido tres vasos y las otras mesas a mi alrededor seguían vacías.

Miré el jardín abandonado y, poco a poco, empecé a sentirme solo, pero a la vez no tenía ganas de que otro cliente subiera. De repente oí pasos en la escalera y no pude evitar sentir cierta inquietud; sólo me tranquilicé al descubrir que se trataba del mozo. Así bebí otros dos vasos.

Esta vez sí debía ser un cliente, pensé, porque los pasos sonaban mucho más lentos. Calculando el momento en que terminaría su ascenso, levanté con cierto temor la vista para ver con quién debía compartir mi ocio, y en el acto me puse de pie, sorprendido. No me había imaginado que era aquí, finalmente, donde iba a encontrarme con un amigo, si es que todavía podía

llamarlo así. El que había subido era un antiguo compañero del colegio, además de un colega de la época de la escuela. Lo reconocí de inmediato, aunque su rostro había cambiado un poco. Sus movimientos, en cambio, se habían vuelto demasiado pesados y no se asemejaban para nada a los del ágil y vigoroso Lu Weifu.

—Ah, Weifu, ¿eres tú? Qué increíble encontrarme contigo aquí.

—Ah, ¿eres tú? Yo tampoco me lo hubiera imaginado.

Lo invité de inmediato a sentarse, él pareció vacilar antes de hacerlo. Esto me pareció extraño al principio; luego sentí tristeza y un cierto descontento. Mirándolo con más atención vi que aún tenía el pelo y la barba enmarañados, pero su rostro pálido y anguloso se veía mucho más consumido. Había en él una especie de quietud, o de abatimiento. Bajo las cejas densas y oscuras los ojos habían perdido toda vida, aunque al dirigir la mirada hacia el jardín abandonado, luego de un lento paneo, de repente brilló en ellos la luz incisiva que tantas veces le había visto en nuestra época en la escuela.

—Diez años —dije alegremente, pero en un tono carente de naturalidad —, diez años deben haber pasado desde que nos despedimos. Supe hace tiempo que estabas en Jinan, pero la verdad es que por pereza nunca te escribí.

—Lo mismo yo. Pero ahora estoy en Taiyuan, hace ya varios años, con mi madre. Cuando volví para llevármela me enteré que te habías ido hacía tiempo, que te habías ido para siempre.

—¿Qué haces en Taiyuan? —pregunté.

—Enseño, en casa de unos paisanos.

—¿Y antes?

—¿Antes de eso? —sacó un cigarrillo de su bolsillo, lo encendió y se lo puso en la boca, y mientras miraba el humo que salía, dijo como si meditara —: no he hecho más que esas cosas aburridas, lo cual equivale a decir que no he hecho nada.

Me preguntó cuál había sido mi situación desde entonces. Le hice un resumen mientras llamaba al mozo para que trajera otro vaso y palitos. Le dije que bebiera primero de mi vino, y luego agregué un litro. En el medio también pedimos platos. Solíamos tratarnos sin ninguna formalidad, pero ahora de repente parecíamos competir por demostrar quién era más cortés. Al final resultaba difícil decir quién había pedido qué, pero por la boca del mozo quedaron establecidos cuatro platos: habas anisadas, carne congelada, *toufu* frito y pescado seco.

—Regresar me hace sentir ridículo —dijo, con una rara sonrisa, el cigarrillo en una mano y el vaso de vino en la otra—. De chico veía que las avispas y los mosquitos se detenían siempre en un lugar; apenas alguien los espantaba salían volando, pero se limitaban a hacer un círculo y en seguida regresaban al mismo lugar. Esto me parecía gracioso y patético. Y ahora soy yo el que ha vuelto, después de haber trazado un pequeño círculo. Pero no me imaginaba que también tú volverías. ¿No podías volar un poco más lejos?

—No lo sé. Tal vez yo también tracé un pequeño círculo —en mi rostro había una media sonrisa similar a la suya—. ¿Pero tú por qué volviste?

—También, por cosas aburridas —vació de un trago su vaso, dio varias pitadas, y los ojos se agrandaron ligeramente—. Aburrido. Pero hablemos, sí.

El mozo trajo el vino y los platos, los desplegó sobre la mesa. Con el humo del cigarrillo y el vapor del *toufu* frito, el ambiente parecía haberse animado de repente. Afuera la nieve caía cada vez más fuerte.

—Tal vez ya sabías —continuó—. Yo tenía un hermano menor que murió a los tres años. Fue enterrado en el campo. No me acuerdo siquiera de su cara, pero según mi madre era un niño adorable, que se llevaba muy bien conmigo. Aún hoy cuando se acuerda se pone a llorar. Esta primavera un primo materno nos envió una carta, contando que el agua se había filtrado poco a poco de un lado de la tumba y que temía que en breve se hundiera en el río. Debíamos hacer algo rápido. Apenas lo supo mi madre sintió una gran inquietud y estuvo varias noches casi sin dormir; había leído la carta con sus propios ojos. ¿Pero qué podía hacer yo? No tenía tiempo ni dinero: no había nada que hacer entonces. Así siguió hasta ahora, cuando aprovechando las vacaciones tuve la posibilidad de venir al sur para mudar la tumba.

Vació de un trago otro vaso, miró por la ventana hacia afuera.

—Allá no existe algo así. Flores en la nieve, nieve sin helada —dijo—. Hace apenas dos días compré en la ciudad un pequeño ataúd, pues imaginé que el otro debía haberse podrido hacía tiempo bajo la tierra. Llevé una colcha y algodón, contraté a cuatro sepultureros y fuimos al campo para mudar la tumba. De pronto, en ese momento, estaba contento. Tenía ganas de excavar la tumba, ver por una vez los huesos de ese hermano con el que me había unido una relación tan armoniosa. Nunca en mi vida había experimentado estas cosas. Llegamos al sitio. Como era de esperar, el río ya había entrado y se encontraba a menos de un metro de la tumba. Triste tumba: en dos años nadie le había agregado tierra, y se había ido achatando. De pie en la nieve, señalándosela con determinación a los sepultureros, dije: «¡Caven!». Siendo como soy un hombre común, sentí en ese momento que

había algo extraño en mi voz. Esta era la orden más grande que había dado en mi vida. Pero los sepultureros pusieron manos a la obra sin inmutarse, y cuando hubieron cavado un poco me acerqué a ver: el ataúd ya estaba casi completamente podrido, sólo quedaban unas hebras y trozos de madera. Con el corazón palpitándome, hurgué con mucho cuidado en ese montón. Quería echarle un vistazo a mi hermano. ¡Quién lo hubiera pensado! Colcha, ropa, huesos, no quedaba nada. Aunque el resto se haya consumido tal vez aún quede un poco de pelo, pensé, ya que alguna vez había escuchado que el pelo era lo último en pudrirse. Así que me puse panza abajo y examiné la zona donde debía estar la almohada, pero tampoco había nada. ¡Se había esfumado!

De golpe vi que sus ojos se habían puesto rojos, pero no tardé en darme cuenta de que era a causa del alcohol. Apenas había tocado los platos, se limitaba a beber sin pausa, ya había bebido más de medio litro, de manera que su mirada y sus gestos se hicieron más vivos y poco a poco se fue pareciendo al Lu Weifu de antes. Le pedí al mozo que trajera otra jarra de litro, luego giré hacia él y escuché en silencio, con el vaso en la mano.

—De hecho, ya no había necesidad de mudar nada. Se trataba de rellenar la tierra, vender el ataúd y olvidarse del asunto. Vender el ataúd era un poco raro, pero mientras no pidiera mucha plata seguro la tienda lo aceptaría, y al menos podía recuperar algo. Pero no hice eso. Tendí bien las sábanas, envolví en algodón un poco de tierra del lugar donde debía haber estado su cuerpo, enrollé todo y lo metí en el ataúd nuevo. Luego llevé todo hasta el lugar donde estaba enterrado mi padre y lo enterré junto a su tumba. Puesto que se me ocurrió usar ladrillo del lado de afuera, ayer todavía tuve medio día de trabajo: quiero decir, de supervisar el trabajo. Pero de esta forma había acabado con el asunto, y me bastaba para engañar a mi madre y permitirle estar en paz. Ay, me miras de esta forma, ¿te extrañas de que sea tan diferente a lo que era? Yo también me acuerdo de cuando fuimos al templo del dios de la ciudad y le arrancamos los bigotes a la estatua, o cómo discutíamos sobre la forma de cambiar el país, a veces al punto de ponernos a pelear. Pero así es como soy ahora, me adapto a las circunstancias, trato de pasar. He pensado a veces: si los amigos de antes me vieran, me negarían su amistad. Pero ahora soy así.

Sacó otro cigarrillo, se lo puso en la boca y lo encendió.

—Por tu cara, veo que aún tienes cierta esperanza. Estoy demasiado embrutecido, pero todavía me doy cuenta de algunas cosas. Me genera gratitud pero también me inquieta, pues me da miedo defraudar a los amigos

que todavía guardan buenos sentimientos hacia mí —se detuvo de golpe, dio varias pitadas, antes de continuar lentamente:

—Hoy mismo, justo antes de venir a la taberna, hice otra cosa aburrida, y sin embargo fui yo mismo quien quiso hacerlo. Mi vecino de antes, al este, se llamaba Changfu, era un botero. Tenía una hija que se llamaba Ah Shun. Tal vez alguna vez la viste en mi casa, pero seguro no prestaste atención, porque todavía era pequeña. Más tarde no se volvió para nada una muchacha bella: una cara del montón, flaca y ovalada, la piel amarilla. Sólo los ojos eran muy grandes, las pestañas también muy largas, el blanco del ojo claro como el cielo de una noche despejada, y quiero decir el cielo despejado y sin viento del norte, de una limpidez que aquí no existe. Era una muchacha capaz; su madre murió cuando tenía poco más de diez años, así que ella se ocupó de cuidar a un hermano y una hermana más pequeños. También debía ocuparse del padre, y en cada cosa era perfectamente servicial. Buena administradora, logró poner en orden de a poco la economía de la casa. Casi no había vecino que no la elogiara, y hasta a su padre a veces se le escapaba un gracias. Esta vez, cuando me preparaba para regresar, mi madre se acordó de ella, es increíble la memoria de los viejos. Dijo que sabía que una vez Ah Shun había visto una flor de terciopelo en el cabello de alguien, y se había puesto a llorar por no tener una igual. Había llorado buena parte de la noche hasta que su padre le dio una paliza. Luego anduvo con los ojos llorosos durante días. Esta flor era algo de otra provincia, en la ciudad de S no se vendía. Ah Shu no tenía forma de conseguirla. Así que, aprovechando mi regreso al sur, mi madre me pidió que le comprara dos flores.

»No me molestaba esta misión. Al contrario, lo hacía con placer. Me daba gusto hacer algo por Ah Shun. Dos años antes, cuando vine a buscar a mi madre, un día Changfu se encontraba en casa y no me acuerdo cómo nos pusimos a conversar. Ahí mismo me invitó a comer una pasta de trigo sarraceno, a la que le agregaban, subrayó, azúcar blanco. Piensa, un botero que tiene azúcar en la casa, evidentemente no es un botero pobre, por eso también se podían dar ciertos lujos. Me insistió hasta que acepté, aunque pedí sólo un plato pequeño. Changfu era un hombre acostumbrado a tratar con la gente. Le dijo a Ah Shun: “Los hombres de letras son de poco comer. Utiliza un tazón pequeño, pero agrega más azúcar”. Cuando me lo trajeron, ya aderezado, me quedé estupefacto, porque era un plato grande, como para comer un día entero. Comparado con el de Changfu, sin embargo, el mío era pequeño. Nunca había comido esa pasta de trigo sarraceno, y no me gustó lo que probé entonces: demasiado dulce. Comí lentamente unos bocados y ya no

quise más. De golpe, sin embargo, vi a Ah Shun en un rincón de la habitación y no tuve el coraje de dejar el plato. En su cara había a la vez miedo y esperanza, miedo de no haberlo condimentado bien, esperanza de que lo encontráramos sabroso. Sabía que para ella sería una decepción verme dejar el plato, y que la haría sentir culpable. Por eso abrí la boca y seguí tragando. Comí casi tan rápido como Changfu. Conocí el dolor de comer sin ganas. Sólo en la infancia recuerdo haber experimentado algo semejante, una vez que debí tragar un remedio para los parásitos, mezclado con azúcar. Sin embargo, no me quejé, porque esa sonrisa que apenas podía disimular mientras recogía los platos vacíos alcanzaba de sobra para compensar el tormento. Así que esa noche, aunque de tan hinchado apenas podía dormir y tuve un montón de pesadillas, rogué por su felicidad y deseé que el mundo fuera bueno con ella. Pero esto no era más que la huella de mis antiguos sueños; en seguida me reí de mí mismo y me olvidé.

»Yo no sabía que una vez había recibido una paliza a causa de una flor de terciopelo. Porque mi madre lo mencionó, y porque me acordé del episodio de los fideos, me puse en movimiento. Busqué primero por todo Taiyuan, sin encontrar, y así hasta Jinan...».

Afuera se escuchó una ráfaga de viento, la nieve que combaba con su peso la rama de una camelia se desprendió y la rama se alzó enhiesta, mostrando las hojas carnosas y negras y las flores rojo sangre. El cielo se había vuelto de un plomo más oscuro, se escuchaba cantar a unos gorriones. El crepúsculo debía estar cerca, y en la tierra tapada por la nieve no podían encontrar alimento; se apuraban a volver al nido a descansar.

—Y así hasta Jinan.

Eché un vistazo a través de la ventana, se dio vuelta y vació de un trago el vaso; dio varias pitadas y continuó.

—Recién ahí conseguí la flor. No sabía si la que le había merecido una paliza era de este tipo, en todo caso era de terciopelo. Tampoco sabía si le gustaba de un color más claro o bien oscuro, así que compré por las dudas una escarlata y una rosa.

»Esa misma tarde, luego de comer, fui a ver Changfu. Me había quedado un día de más, especialmente para esto. Su casa aún estaba ahí, aunque había algo sombrío en ella, o tal vez era mi imaginación. Su hijo, y su segunda hija, Ah Zhao, estaban en la puerta, habían crecido. Ah Zhao era totalmente diferente a su hermana, parecía un espectro, pero al ver que yo me dirigía a su casa salió volando hacia el interior. Le pregunté entonces al muchacho y supe que Changfu no estaba. “¿Tu hermana mayor?”. Abrió grandes los ojos y me

preguntó varias veces por qué la buscaba, con una expresión feroz como si fuera a lanzarse sobre mí y mordirme. Retrocedí, tartamudeando. Así soy ahora, trato de pasar...

»Visitar a la gente en sus casas me cuesta mucho más que en el pasado. Porque ahora sé bien hasta qué punto soy odioso, odioso incluso para mí mismo. ¿Para qué molestar a los demás? Sin embargo, esta vez tenía un encargo que no podía no cumplir, así que lo pensé un momento y finalmente volví hasta el negocio de leña de enfrente. La madre del dueño, la vieja señora Fa seguía ahí y me reconoció. Inesperadamente me invitó a entrar a la tienda. Después de algunas frases protocolares, le expliqué la razón por la que había venido a la ciudad de S y por la que buscaba a Changfu. Suspiró y dijo:

»—Lástima que Ah Shun no tuvo la suerte de llevar esta flor.

»Luego me contó lo que había sucedido.

»—Aproximadamente por la primavera pasada, comenzó a ponerse amarilla y flaca. Con frecuencia, de manera repentina, se ponía a llorar, y cuando se le preguntaba por qué, no respondía nada. A veces lloraba toda la noche, lloraba hasta que Changfu se enfurecía, la insultaba, le decía que estaba volviéndose vieja, que había enloquecido. Pero al llegar el comienzo del otoño, a partir de un pequeño resfrío, finalmente cayó en cama y nunca más se levantó.

»Recién días antes de morir aceptó hablar con Changfu: le dijo que hacía rato que escupía sangre y sudaba por las noches, como su madre antes. Se lo había ocultado para no preocuparlo. Una noche su tío paterno Changgeng había venido a pedir plata prestada, era algo que sucedía a menudo; ella se negó y Changgeng le dijo, con una sonrisa sarcástica: “No deberías ser tan altanera, tu prometido es un sinvergüenza peor que yo”. Fue a partir de entonces que le agarró esa tristeza; por vergüenza, no se animaba a preguntar y no hacía más que llorar. Su padre le habló maravillas de su prometido, pero ya era tarde. Además de que no creía. Decía: “Por suerte ya estoy así, ya no importa nada”.

»—Si su hombre realmente era menos que Changgeng: ¡qué horror! —continuó la señora Fa—Ser menos que un ladrón de gallinas...

»Sin embargo cuando vino al funeral, lo vi con mis propios ojos, la ropa limpia, todo él muy digno; con los ojos llenos de lágrimas, repetía que había trabajado toda su vida conduciendo botes, ahorrando con el sudor de su frente para tener una esposa, y ahora esta se moría. Se podía ver que era una buena persona, y que lo que Changgeng había dicho era pura mentira. Lástima que Ah Shun creyera las mentiras de ese ladronzuelo y se muriera por nada. Pero

de esto no hay que culpar a nadie, no era el destino de Ah Shun gozar de esa felicidad.

»Mi asunto había terminado. ¿Pero qué debía hacer con las dos flores que traía conmigo? Le encargué a la mujer que se las diera a Ah Zhao. Esta Ah Zhao había salido volando al verme, como si fuera un lobo o no sé qué. En realidad no tenía ganas de regalarle nada. Pero lo hice igual. Le diría a mi madre que a Ah Shun le habían encantado las flores... Todo esto es muy aburrido, lo único que me importa es pasar. Pasar como se pueda el año nuevo, seguir enseñando “Confucio dijo esto, Confucio dijo lo otro”.

—¿Eso es lo que enseñas? —pregunté, porque no podía creerlo.

—Por supuesto. ¿Qué te pensabas, que enseño el ABCD? Tengo dos alumnos, uno estudia el Clásico de la poesía, el otro el Mencio. Hace poco se agregó otro alumno, una muchacha, con ella estudiamos el Clásico de las mujeres. Ni matemáticas enseño. No es que no enseñe, es que ellos no quieren que les enseñe.

—Realmente me sorprende que estés enseñando ese tipo de libros...

—Sus padres quieren que lean estos libros, yo me limito a hacer lo que ellos piden. Todo esto es muy aburrido. Da igual...

La cara se le había puesto toda roja, al parecer estaba un poco borracho, pero los ojos cobraron una expresión cada vez más abatida. Suspiré, sin saber qué decir. La escalera retumbó con las pisadas de clientes que subían en estampida. El primero era petiso, cara redonda e hinchada. El segundo alto, con una nariz roja muy llamativa; detrás había otros, todo el local temblaba con sus pasos. Giré los ojos en dirección de Lu Weifu, y él lo mismo, y entonces le pedí al mozo que trajera la cuenta.

—¿De esa forma puedes ganarte la vida? —le pregunté, mientras nos preparábamos para irnos.

—Sí. Veinte yuanes por mes, me alcanza apenas.

—Y entonces, ¿qué piensas hacer después?

—¿Después? No sé. ¿Algo de lo que pensábamos en esa época acaso se cumplió? No sé nada de nada ahora. Ni siquiera sé cómo será mañana, o después...

El mozo vino con la cuenta y me la entregó. Ya no estaba tan tímido como al principio. Simplemente me miró, le dio una pitada al cigarrillo y dejó que yo pagara.

Salimos juntos. Su albergue quedaba en dirección opuesta al mío, así que nos despedimos en la puerta. Yo caminé solo hacia mi propio albergue. El viento helado y la nieve me golpeaban en la cara, pero me sentía con vigor. Vi

que el cielo ya se había puesto oscuro, y que se fundía con las casas y las calles en la densa red blanca e inestable de la nieve.

16 de febrero de 1924

El solitario

1

Es extraño cuando lo pienso, pero mi historia con Lianshu comenzó en un funeral y terminó en otro. Por entonces yo estaba en la ciudad de S y con frecuencia escuchaba a la gente hablar de él. Todos decían que era una persona rara: había estudiado zoología pero enseñaba historia en la escuela; se mostraba distante con los demás pero le gustaba entrometerse en los asuntos ajenos; pregonaba la destrucción de la familia, pero apenas cobraba el sueldo lo enviaba a su abuela sin demorarse ni un día. Aparte de eso corrían sobre él muchos rumores, y de lo más variado; podía decirse, en suma, que en la ciudad de S era como un pretexto para la conversación. Un otoño pasé un tiempo hospedado en casa de una familia en Hanshishan. El apellido de esta familia era Wei y estaban emparentados con Lianshu. Ellos, sin embargo, parecían comprenderlo aún menos que los demás y lo veían como a un extranjero. «No tiene nada que ver con nosotros», decían.

No era para sorprenderse. Aunque hacía ya veinte años que habían comenzado a establecerse escuelas modernas en el país, en Hanshishan no existía siquiera una primaria. Lianshu era el único de toda esa zona que había viajado para estudiar. Por eso, desde la perspectiva de esos aldeanos, era en verdad un fenómeno extraño. Aunque también lo envidiaban y decían que ganaba mucho dinero.

Hacia el final del otoño la disentería se extendió por toda la montaña. Yo tuve miedo y pensé en volver a la ciudad. Escuché entonces que la abuela de Lianshu se había contagiado y que por su edad se trataba de algo muy grave; en toda la montaña no había un solo médico. Esta abuela, que vivía de manera simple con una empleada, era su única familia real. Lianshu había perdido a sus padres de chico, y era ella quien lo había criado. Escuché decir que en el pasado ella también había debido experimentar muchas amarguras, pero ahora vivía en paz. Sin embargo, como él no tenía esposa ni hijos, su casa era algo solitaria. Esto debía ser en parte lo que la gente consideraba extraño.

Hanshishan se encontraba a cien *li* de tierra de la ciudad, setenta por agua. Enviar a alguien en busca de Wei Lianshu, entre ida y vuelta requería como mínimo cuatro días. Aisladas como están del mundo, en las aldeas de montaña esta clase de cosas constituyen grandes noticias y despiertan la curiosidad general. Al día siguiente, todos estaban al tanto de la gravedad de su condición, y el mensajero finalmente partió. Poco después de la medianoche, sin embargo, ya había expirado. «¿Por qué no me dejan ver a Lianshu?», fueron sus últimas palabras.

Las cabezas del clan y los familiares próximos, parientes de la madre de la abuela o simples curiosos, reunidos en una habitación, calcularon que Lianshu llegaría para el momento de colocarla en el ataúd. El ataúd y la vestimenta fúnebre estaban listos hacía tiempo, no había necesidad de hacer nada. El principal problema era cómo tratar a este deudo responsable que, según preveían, intentaría hacer a su manera los rituales del funeral y el entierro. Tras deliberar un rato coincidieron en que debían exigirle el cumplimiento imperativo de tres condiciones. En primer lugar, la vestimenta blanca; segundo: debía prosternarse; tercero, debía pedirle a un monje budista y a un maestro taoísta que recitaran las plegarias. Es decir que todo debía hacerse según la tradición.

Habiéndose puesto ya de acuerdo, convinieron en que el día de su llegada recibirían a Lianshu delante de la sala principal, como una tropa organizada, para llevar adelante una negociación inflexible. Los aldeanos escucharon las novedades con sorpresa y regodeo. Sabían que Lianshu era uno de esos «renovadores» que seguían las doctrinas extranjeras, nunca había escuchado razones. El combate entre los dos lados parecía inevitable; tal vez les daría un buen espectáculo.

Según lo que escuché Lianshu llegó a la tarde y apenas pasó por la puerta hizo una reverencia frente al altar de su abuela. Los jefes del clan pusieron su plan en marcha de inmediato; lo llevaron al salón principal y luego de una larga introducción fueron al grano, todos juntos como un coro, una voz encima de otra, de manera que no tuviera espacio para retrucar. Pero las palabras se acabaron, el silencio llenó el salón y todos observaron con pavor su boca. Lianshu, impasible, se limitó a responder:

—Me da igual.

Esto salía totalmente de sus previsiones. Fue como si se aliviaran de un peso pero en su lugar se hubieran cargado otro aún mayor: todo era tan raro que parecía necesario preocuparse. Los aldeanos, que estaban a la espera de las novedades, se sintieron decepcionados. De boca en boca se repetía lo

mismo: «Muy extraño. Dijo: Me da igual. Vamos a ver». «Me da igual» implicaba «como siempre», en principio no había nada para ver, pero ellos aun así querían ver, y luego del atardecer fueron llenando con regocijo una antesala.

Yo también fui a ver, luego de enviar un poco de incienso y velas. Cuando llegué a la casa encontré a Lianshu poniéndole la vestimenta a la muerta. Era un hombre pequeño y muy delgado, un rostro afilado cubierto a medias por el pelo revuelto y el bigote y las cejas oscuros. Sólo se veían los ojos brillando en esa negrura. Colocó la vestimenta con gran destreza, como si ese fuera su oficio, de manera que alrededor todos quedaron admirados. La costumbre en Hanshishan quería que, en estos casos, los parientes de la mujer siempre pusieran algún reparo. Él sin embargo se mantenía impasible y accedía de inmediato, sin decir nada, a cada cambio que se le proponía. Una anciana de cabello gris que estaba delante de mí suspiró maravillada.

A continuación todo el mundo se puso de rodillas. Luego vino el llanto, mientras las mujeres murmuraban oraciones. Luego fue el momento de colocar el cuerpo en el ataúd; luego otra vez de rodillas, luego el llanto, hasta que terminaron de cerrar el cajón. Hubo un momento de silencio, y de golpe como una incomodidad general, mezcla de sorpresa e indignación. Sin querer yo también lo sentí: Lianshu no había llorado en ningún momento, sus ojos brillaban en el aire oscuro.

En medio de este ambiente de indignación y sorpresa terminó el proceso de meter a la muerta en el ataúd. Taciturna, la gente parecía ya querer irse, pero Lianshu seguía sentado sobre la estera, sumido en sus pensamientos. De repente empezó a llorar, y a las lágrimas siguió un sollozo que se convirtió rápidamente en un largo aullido, como el de un lobo lastimado que aúlla en el páramo en medio de la noche, dolor entremezclado con furia y con pena. Esto no se correspondía con la costumbre, nadie tampoco había podido preverlo y todos se sentían un poco desconcertados. Hubo un momento de vacilación, hasta que varios se adelantaron para consolarlo, y en seguida otros, hasta que fue rodeado por un montón de personas. Él sin embargo continuó llorando, sentado derecho e inmóvil, como una pagoda.

La gente terminó por dispersarse, pues ya no había nada para ver. Él lloraba y lloraba. Recién alrededor de media hora más tarde se detuvo de golpe, y sin hacer ningún gesto a las visitas se dirigió hacia el interior de la casa. En seguida alguien fue a inspeccionar y contó que había entrado en el cuarto de su abuela, se había tendido sobre la cama y, al parecer, dormía.

Dos días más tarde, el día antes de mi vuelta a la ciudad, escuché a los aldeanos discutir como poseídos. Decían que Lianshu iba a quemar la mayoría de las pertenencias de su abuela^[18]. El resto pensaba dejárselas a la criada que había cuidado de ella en vida y que se había ocupado del funeral. Incluso podría quedarse en la casa cuanto quisiera. Por más saliva que habían gastado, los familiares no encontraron forma de disuadirlo.

En gran medida por curiosidad, al irme pasé por la puerta de su casa y entré a darle mis condolencias. Apareció vestido con la ropa blanca de duelo y la misma fría expresión de antes. Le dije un montón de palabras de consuelo. Pero él, salvo asentir sin parar, sólo respondió con una frase:

—Agradezco tu intención.

2

Nos vimos por tercera vez al comienzo del invierno en una librería de la ciudad de S. Movimos la cabeza al mismo tiempo, significando que nos habíamos reconocido. Fue recién al final de ese año, sin embargo, después de que me quedé sin trabajo, cuando empezamos a acercarnos. A partir de entonces yo iba con frecuencia a visitarlo. Por un lado, porque estaba aburrido; por otro, porque había escuchado decir que, pese a su frialdad, le gustaba rodearse de gente desdichada. Como los asuntos del mundo son un subibaja y los desdichados no pueden serlo siempre, los amigos no le duraban. La leyenda resultó ser cierta, pues me recibió apenas dejé mi tarjeta. En las dos salas unidas no había casi muebles, aparte de sillas, mesas y algunas bibliotecas. Aunque todo el mundo lo consideraba un temible «reformador», en los estantes había muy pocos libros nuevos. Él sabía que yo me había quedado sin trabajo, pero el intercambio de formalidades acabó rápido y nos quedamos frente a frente en un silencio cada vez más incómodo. Vi que fumaba muy rápido y que recién cuando la brasa estaba por llegar al dedo tiró la colilla.

—Fuma —dijo de golpe, extendiendo la mano para sacar un segundo cigarrillo.

Le acepté uno y, mientras fumaba, me puse hablar de libros y de la enseñanza, sin dejar de sentirme incómodo. Cuando estaba pensando en irme, de afuera vino ruido de gritos y pisadas, y cuatro niños irrumpieron en la sala. El más grande debía tener ocho o nueve años; el más pequeño, cuatro o cinco. Tenían los rostros, las manos y la ropa sucios, y eran más bien feos, pero los

ojos de Lianshu se animaron de golpe con un brillo de alegría, mientras se levantaba y se dirigía a la habitación contigua.

—Daliang y Erliang, ya he conseguido la armónica que me pidieron ayer —dijo.

Los niños entraron pegados detrás de él y volvieron en seguida con una armónica cada uno. Al salir al patio, por algún motivo se pusieron a pelear. Había uno que lloraba.

—Hay una para cada uno. Es igual para todos. No hay porque pelear —los retó, siguiéndolos.

—¿De quién son estos niños? —pregunté.

—Del dueño de casa. No tienen madre, sólo una abuela.

—¿El dueño es solo?

—Sí. Su mujer murió hace tres o cuatro años. No volvió a casarse. Si no, difícilmente hubiera accedido a cederle a un soltero como yo las habitaciones sobrantes —dijo, con una sonrisa irónica.

Tenía muchas ganas de preguntarle por qué continuaba soltero, pero no nos conocíamos lo suficiente, así que no lo hice.

Una vez que uno entraba en confianza con Lianshu demostraba ser una persona muy conversadora. Tenía muchas opiniones, con frecuencia muy originales. Lo que resultaba un poco molesto eran algunos visitantes que, influenciados por cierta literatura de moda, solían referirse a sí mismos como «jóvenes infelices» o «marginados» y se tiraban en postura indolente y altiva en las sillas, con algo de cangrejos, suspirando y fumando y frunciendo el ceño. También estaban los hijos del dueño, que se la pasaban peleando entre sí, volcando platos y mendigando dulces, hasta aturdirlo a uno. Pero en cuanto los veía Lianshu perdía su frialdad habitual, tratándolos como algo más precioso que su vida. Escuché que una vez el tercero había agarrado escarlatina y él se angustió tanto que andaba con una expresión aún más sombría de lo habitual. Al final la enfermedad resultó ser leve y se convirtió en una anécdota que la abuela de los niños solía contar, más tarde, como broma.

—Los niños son siempre buenos. Son inocentes —me dijo un día, aprovechando una oportunidad, pues al parecer había notado que yo era un poco impaciente.

—No necesariamente —dije, un poco por decir.

—No. En los niños no existe la maldad de los adultos. El mal que viene después, como el mal que combates todos los días, es producto del ambiente.

En principio no hay mal, sino inocencia... Si hay alguna esperanza para nuestro país, está en eso.

—No estoy de acuerdo. Si la raíz no es mala ¿cómo puede dar un fruto malo o flores malas? Piensa en una semilla: sólo porque en su interior contiene el embrión de las flores, las hojas y los frutos, puede dar estas flores al crecer. Nada viene de la nada.

Como me encontraba ocioso, igual que los grandes hombres retirados de la política que se vuelcan al vegetarianismo y a discutir sobre el Zen, se me había dado por leer textos budistas. Por supuesto no sabía nada de filosofía budista: dije sin pensar lo que se me pasó por la cabeza.

Lianshu sin embargo estaba furioso. Se limitó a lanzarme una mirada y ya no dijo nada más, no sé si porque no tenía nada para decir o porque pensaba que no valía la pena. Pero vi que volvía a exhibir la actitud distante que hacía tiempo no le veía, y fumó en silencio dos cigarrillos seguidos. Para cuando sacó el tercero, no me quedó otra que irme.

Este rencor tardó tres meses en disiparse. En parte porque terminó por olvidarse, en parte porque él mismo también sufrió la hostilidad de los «inocentes niños», con lo cual mi ofensa hacia ellos le resultaría más perdonable. Pero no es más que mi suposición. Fue luego de tomar una copa en la residencia donde yo vivía que me dijo, sin levantar del todo la cabeza:

—Qué cosa más extraña. En camino hacia acá me crucé con un niño muy pequeño. Tenía un junco en la mano con el que me apuntaba al grito de: «¡Muere!». Y ni siquiera había aprendido a caminar aún.

—Esto es culpa del ambiente.

Me arrepentí en el acto de lo que había dicho. Pero él no pareció objetar. Sólo parecía concentrado en beber y fumar.

—Casi me olvido de preguntarte —dije, tratando de cambiar el tema.

—No sueles hacer visitas. ¿Qué te ha traído hoy hasta acá? Nos conocemos hace más de un año pero es la primera vez que vienes a mi casa.

—Quería decirte que no vengas por unos días. En mi casa hay un adulto y un pequeño realmente odiosos. No son personas.

—¿Un adulto y un pequeño? ¿Quiénes? —estaba algo sorprendido.

—Mi primo y su hijo. ¡Ja! El niño es digno hijo de su padre.

—¿Vino a la ciudad a visitarte y lo trajo para que se distraiga?

—No. Dice que vino para hablar conmigo. Quiere dármele en adopción.

—¿Qué? ¿Dártelo en adopción? —casi grité, asombrado—, Pero si ni te has casado.

—Saben que no pienso casarme. Pero no tiene nada que ver. En realidad quieren darme en adopción a esa vieja casa de Hanshishan. Es mi única posesión, como sabes. El dinero lo gasto apenas me llega a la mano. Lo único que tengo es esa casa. Su única ocupación en la vida es ver cómo echar de ahí a la vieja criada.

Su sarcasmo me horrorizó. Pero aun así traté de apaciguarlo.

—No creo que sea para tanto. Sólo tienen un modo de pensar más tradicional. Por ejemplo aquella vez, cuando lloraste, te rodearon calurosamente, consolándote...

—También cuando murió mi padre me rodearon calurosamente, consolándome mientras lloraba, porque trataban de hacerme firmar un documento para quitarme la casa —sus ojos apuntaban hacia arriba, como buscando en el aire la escena que contaba.

—La clave, en cualquier caso, está en que no tienes hijos. ¿Por qué nunca te has casado, a fin de cuentas? —encontré de repente una forma de cambiar de tema y de hacer una pregunta que hacía tiempo quería hacer. Era una oportunidad inmejorable.

Me miró con sorpresa. Luego bajó la mirada hacia sus rodillas y siguió fumando, sin responder.

3

Pero incluso en esta especie de ambiente monótono, Lianshu no estuvo en paz por mucho tiempo. En pequeños diarios comenzaron a aparecer de a poco algunos ataques anónimos, y en las escuelas también había con frecuencia rumores acerca suyo. Si antes se trataba sólo de bromas, ahora estos rumores producían un perjuicio real. Yo sabía que esto era consecuencia de que, últimamente, se le había dado por publicar artículos, pero no dije nada. Si algo no podía aceptar la ciudad de S es que uno opinara libremente; en cuanto lo hacía, sí o sí debían atacarlo por la espalda, siempre había sido así, Lianshu lo sabía. Para la primavera me enteré de que había sido despedido por el director de la escuela. El hecho me sorprendió, aunque sin razón, pues siempre sucedía así; era mi esperanza de que mis conocidos se salvaran lo que lo volvía inesperado. Pero no era más que el nivel de maldad corriente en la ciudad.

Preocupado en mi propia subsistencia y en mis preparativos para ir ese mismo otoño a Shanyang a ocupar un puesto de profesor, no me hice el tiempo para ir a verlo. Para cuando lo tuve, ya habían pasado unos tres meses

de su salida de la escuela, pero incluso entonces me faltó el impulso. Un día, mientras caminaba por la avenida, me detuve por casualidad en un puesto de libros usados y me quedé helado al ver ahí unos comentarios de la época Song a las Memorias históricas de Sima Qian, en una rara edición de la época Ming. Este era un libro de Lianshu. Para alguien como él, que no era coleccionista a pesar de que le gustaban los libros, este tipo de publicación podía considerarse un ejemplar especialmente valioso, era difícil que lo hubiera vendido salvo como último recurso. ¿Había llegado a ese extremo apenas tres meses después de quedarse sin trabajo? Parecía increíble, aunque era verdad que cuando tenía dinero solía gastárselo todo y nunca pensaba en ahorrar. Decidí hacerle una visita ahí mismo, y en el camino compré una botella alcohol, dos paquetes de maní y dos cabezas de pescado ahumado.

La puerta de su cuarto estaba cerrada, llamé dos veces sin obtener respuesta. Imaginé que debía estar durmiendo, así que grité más fuerte y golpeé la puerta.

—¡No está! —una mujer gorda y de ojos pequeños, la abuela de los niños, asomó su cabeza gris por la ventana de enfrente, y gritó, como irritada.

—¿A dónde ha ido? —pregunté.

—¿A dónde? ¿Quién sabe? No tiene a dónde ir. Mejor espérelo, volverá en un rato.

Empujé la puerta y entré en la sala de estar. Pensé en aquello de «un día sin verse es tan largo como tres otoños». El paisaje era de desolación y vacío. No sólo casi no quedaban muebles, sino que los únicos libros que había eran libros extranjeros que a nadie podían interesarle en S. En el medio de la habitación seguía estando la mesa redonda alrededor de la cual solía haber jóvenes tristes y suspirantes, caballeros de talento incomprendido y niños ruidosos; pero ahora se veía en completo silencio y cubierta por una fina capa de polvo. Puse la botella y los paquetes sobre la mesa, corrí una silla y me senté de cara a la puerta.

Apenas había pasado un rato, de hecho, cuando la puerta se abrió y una persona sigilosa como una sombra entró. Era Lianshu. Tal vez porque era el atardecer, su rostro parecía más sombrío que de costumbre, pero su expresión era la misma.

—¡Ah! Estás aquí. ¿Hace mucho que esperas? —parecía algo contento.

—Un rato apenas —dije—. ¿A dónde has ido?

—A ningún lado. A caminar.

Él también corrió una silla y se sentó a la mesa. Comenzamos a beber y a hablar sobre cómo había perdido el trabajo. Pero no tenía muchas ganas de

hablar de esto, le parecía algo previsible y además le había sucedido muchas veces, no era para sorprenderse ni había mucho que decir. Bebía rápido, como de costumbre, y como de costumbre lanzaba ideas sobre la historia y la sociedad. No sé por qué en ese momento miré los estantes vacíos, me acordé de aquellos volúmenes valiosos y sentí una vaga tristeza.

—Tu sala se ve desierta. ¿Tienes pocos visitantes últimamente?

—Ninguno. Saben que no debo estar de ánimo, no tiene gracia... La tristeza incomoda a las personas. No tiene gracia ir a un parque en pleno invierno.

Bebió dos tragos seguidos, meditando en silencio, y de repente levantó la cabeza, me miró y me dijo:

—¿Tus intrigas para conseguir trabajo siguen sin éxito?

Aunque se veía que estaba un poco ebrio, no pude evitar enojarme y estuve a punto de responderle. Pero entonces lo vi girar la cabeza, en actitud de escucha, y en seguida agarró un puñado de maní y salió al patio. De afuera venían las risas y voces de los niños.

Al salir él las voces enmudecieron y pareció que los niños se habían ido. Él los siguió y les dijo algo; no se escuchó respuesta. Sigiloso como una sombra regresó y colocó el maní de vuelta en el paquete.

—Ni siquiera aceptan lo que les ofrezco de comer —murmuró con una especie de ironía.

Lianshu sentía una enorme tristeza, pero forcé una sonrisa y dije:

—Te empeñas en tu propio sufrimiento. Sólo ves lo negativo en las personas.

Sonrió fríamente.

—No he terminado. ¿Piensas que los que veníamos de vez en cuando a visitarte era porque no teníamos otra cosa que hacer? ¿Que te usábamos para pasar el tiempo?

—No. Pero a veces sí lo pienso. O que buscaban algo de lo que hablar.

—Te equivocas. Las personas no son así. Te has fabricado un capullo de soledad donde ocultarte. Deberías ver el mundo con otro espíritu —dije, suspirando.

—Tal vez tengas razón. ¿Pero de dónde vienen los hilos de ese capullo? Por supuesto, el mundo está lleno de personas así. Por ejemplo mi abuela. Aunque no tengo su sangre, tal vez heredaré su destino. Pero esto tampoco tiene importancia; ya he llorado bastante por los dos.

De golpe recordé, como si la estuviera viendo, la escena del funeral de la abuela.

—Nunca entendí tu llanto de esa vez —le pregunté sin pensar.

—¿La vez del funeral de mi abuela? Sí, no puedes entender —dijo fríamente, mientras encendía una lámpara—. Mi relación contigo, pienso, empezó a partir de ese llanto. Quizás no lo sabías, pero esta abuela era la madre adoptiva de mi padre. Su verdadera madre murió cuando él tenía tres años —pensando, bebió en silencio y terminó de comer una cabeza de pescado—. Aunque desde chico había cosas que no entendía, durante mucho tiempo no supe nada de todo esto. Mi padre aún vivía, la situación de la familia era buena, en el primer mes del año se colgaban los retratos de los antepasados y se les hacían muchas ofrendas. Mirar estos retratos espléndidamente adornados me parecía el placer más grande del mundo. Pero una criada que siempre me tenía en brazos me decía, señalando un retrato: «Esta es tu verdadera abuela. Hazle reverencias para que te cuide y haga que crezcas rápido y fuerte como un tigre». No entendía, si ya tenía una abuela, cómo podía tener aparte una «verdadera abuela». Pero amaba a esta «verdadera abuela», pues no era vieja como la que estaba en casa. Era joven, bella, llevaba un vestido rojo con bordados de oro, un gorro con perlas, se parecía al retrato de mi madre. Cuando la miraba sus ojos se fijaban en los míos, y en la comisura de los labios se le insinuaba una sonrisa. Yo sabía que ella también me amaba. Sin embargo también quería a aquella abuela que estaba en casa, sentada todo el día junto a la ventana, bordando. Aunque, por más que riera o bromeara alegre delante de ella, por más que la llamara, no había manera de hacerla sonreír, y a menudo me hacía pensar que era fría, diferente a las abuelas de los demás. Aun así la amaba. Más tarde, sin embargo, comencé a alejarme de ella. No era porque, al crecer, había terminado por descubrir que no era la verdadera madre de mi padre, sino porque verla día tras día, año tras año bordando maquinalmente terminó por fastidiarme. Pero ella seguía igual que siempre, bordando; me cuidaba, me protegía, y aunque raras veces sonreía, tampoco me regañaba. Hasta la muerte de mi padre fue así, y después todavía más, pues casi vivíamos de lo que ella bordaba, hasta que entré en la escuela.

La llama de la lámpara decaía, el querosén estaba por agotarse; se puso de pie, agarró de un estante una pequeña jarra de hojalata y agregó un poco.

—En apenas un mes el querosén ya ha aumentado dos veces... La vida se pone más difícil cada día... —dijo lentamente, arreglando la mecha.

»Y siguió así hasta que me recibí, conseguí trabajo y tuvimos una cierta estabilidad. De hecho siguió así, me temo, hasta que se enfermó y ya no pudo más y cayó en cama.

»Sus últimos años, pienso, no fueron tan duros, y además fue bastante longeva, no había necesidad de llorar. ¿No había ya suficientes personas llorando? Incluso las mujeres que antes habían hecho lo posible para humillarla, ahora se mostraban compungidas. ¡Ja! Pero entonces, no sé cómo, toda su vida se me apareció, condensada, frente a los ojos, la vida de una persona que ha fabricado su soledad y se ha dedicado a masticarla. Y además eran tantas las personas así en el mundo. Era pensar en estas personas lo que me daba ganas de llorar. Pero también, sobre todo, porque la emoción me desbordaba.

»La forma en que tú me ves ahora es la forma en que yo la veía a ella entonces. Y sin embargo, me equivocaba. Pues yo mismo, desde que empecé a conocer el mundo, comencé a alejarme poco a poco de ella...».

Se quedó en silencio, el cigarrillo entre los dedos, la cabeza gacha, pensando. La llama tembló ligeramente.

—Ah, es muy difícil que una persona no tenga al menos alguien que lo llore al morir —murmuró como para sí mismo. Se detuvo un instante, levantó la cabeza hacia mí y dijo:

—Veo que tú tampoco sabes qué hacer. Debo encontrar algo rápido.

—¿No tienes otro amigo a quien pedir ayuda? —en ese momento realmente yo no tenía solución, ni siquiera para mí.

—Tengo algunos, pero su situación es similar a la mía.

Cuando me despedí de Lianshu la luna llena estaba en el cenit. Era una noche de una calma absoluta.

4

La situación de los profesores en Shanyang estaba lejos de ser la ideal. Tras dos meses en la escuela yo todavía no había cobrado el sueldo y había llegado al punto de tener que economizar en cigarrillos. Pero todos en la escuela, incluso los pequeños empleados que cobraban quince o dieciséis yuanes por mes, parecían resignarse alegremente a su destino. Habían adquirido una resistencia que les permitía mantenerse desde la mañana hasta la noche en la oficina, con sus rostros amarillos y chupados, y si en el medio aparecía un personaje importante se levantaban respetuosamente, pues ni siquiera en la miseria se olvidaban de los modales. Cada vez que veía esto me acordaba no sé por qué de las palabras de Lianshu al despedirse. Su situación empeoraba día tras día, cada vez le costaba más ocultar su desesperación y

había perdido su aplomo habitual. Se había enterado de que estaba por partir y vino a visitarme una noche; titubeó un rato, luego balbuceó:

—¿No sé si allá, tal vez, habrá algo para mí? Aunque sea copiar textos, veinte o treinta yuanes por mes también podría ser. Yo...

Me sorprendió que estuviera dispuesto a rebajar sus pretensiones hasta ese punto. Durante un momento no supe qué decir.

—Necesito... necesito vivir unos días más...

—Voy a echar un vistazo... Haré lo posible.

Esa fue mi promesa aquel día. Más tarde, cada vez que me acordaba de mis palabras, ante mis ojos flotaba la imagen de Lianshu balbuceando «necesito vivir unos días más». Para entonces yo había intentado recomendarlo en diferentes lugares. Pero en vano, pues eran pocos los trabajos y muchas las personas, y el resultado era que el otro me respondía con excusas y yo a su vez le mandaba a Lianshu mis excusas en forma de carta. Cuando el semestre estaba por terminar la situación empeoró aún más, pues unos caballeros que manejaban un semanario, *Fundamentos del saber*, comenzaron a atacarme. Por supuesto, no mencionaban mi nombre, pero el método era de una gran sutileza, daban a entender que yo estaba agitando la protesta de los estudiantes, de manera que mi recomendación de Lianshu se veía como un intento de introducir otro adepto a mi causa.

Me vi forzado a mantenerme lo más quieto posible. Salvo para ir a clase, me quedaba encerrado en casa, escondido, temiendo a veces incluso que el humo del cigarrillo que se filtraba por la ventana podía ser sospechoso de «agitar la protesta». Naturalmente, se hacía aún más difícil hablar de los asuntos de Lianshu. Así continuó todo hasta entrado el invierno.

Había caído nieve todo el día y al llegar la noche aún seguía nevando. Afuera todo estaba en un silencio extremo, extremo al punto de que era posible escuchar el sonido del silencio. Permanecía sentado sin nada que hacer, a la luz de una pequeña lámpara, los ojos cerrados, como viendo en mi cabeza los copos caer lentamente uno tras otro y espesar la capa de nieve que cubría todo. En mi hogar natal se preparaban para pasar el año nuevo, la gente se encontraba atareada en lo suyo. Yo era todavía un niño y, junto con otros niños, había modelado un buda de nieve en un plano del jardín trasero. Dos pequeños carbones figuraban los ojos, de un color muy oscuro. Cada vez que captaban algún destello se convertían en los ojos de Lianshu.

—¡Necesito vivir unos días más! —todavía esa voz.

—¿Por qué? —no sé de dónde me salió la pregunta, que en el acto me pareció ridícula.

Esta pregunta ridícula tuvo el efecto de despertarme. Me puse derecho y prendí un cigarrillo. Empujé la ventana, eché un vistazo hacia afuera, la nieve caía aún más intensamente. Golpearon a la puerta. Un instante después, alguien entró; eran los pasos familiares del hombre que hacía los recados para los huéspedes. Empujó la puerta de mi cuarto y me entregó un sobre de más de quince centímetros de largo. La letra era confusa pero de un vistazo la reconocí «Remitente: Wei», y supe que era una carta de Lianshu.

Era la primera carta que me mandaba desde que me había ido de la ciudad de S. Sabía que era indolente, no me sorprendía no tener cartas de él, pero a veces le reprochaba no enviar siquiera una noticia. Por alguna razón, sin embargo, me extrañó recibir esta carta y me apuré a abrirla. La letra adentro también era confusa.

... Shen Fei

¿Cómo debo dirigirme a ti? Dejo un vacío para que agregues el calificativo que quieras. Me da igual. Luego de despedirnos he recibido en total tres cartas tuyas, que he dejado sin responder. La razón es simple: no tenía dinero para estampillas.

Quizás aún desees tener noticias mías. Ahora puedo decirte directamente que fracasé. Antes pensaba que era un fracasado; ahora sé que no lo era; sólo ahora lo soy realmente. Antes, cuando había alguien que deseaba que viviera, cuando yo mismo quería vivir un poco más, vivir era casi imposible; ahora, ya no es necesario que siga, pero debo seguir...

Y sin embargo, ¿seguir viviendo para qué?

La persona que deseaba que viviera no fue capaz de seguir viva. Fue asesinada por el enemigo. ¿Quién la asesinó? Nadie sabe.

¡Todo cambia tan rápido! Este último año casi he llegado a convertirme en mendigo. De hecho, puede decirse que me convertí en uno. Pero tenía por qué hacerlo, tenía algo por lo que mendigar, por lo que pasar hambre y frío, por lo que experimentar la soledad, la amargura. No deseaba la aniquilación. Alguien quería que yo viviera aún, y eso era una fuerza enorme. Ahora ni siquiera esa persona está. No merezco seguir viviendo, pero tampoco los otros merecen. Siento que debo seguir viviendo por todos los que no desean que siga viviendo. Por fortuna la persona que deseaba que yo viviera ya no está y no hay nadie que sufra por mí. No deseo hacer sufrir a una persona así. Pero ahora ya no está, ni siquiera esta persona. ¡Qué alegría! ¡Qué felicidad!, estoy haciendo todo lo que odiaba, todo aquello a lo que me oponía, estoy dejando de lado

todo aquello que veneraba, todo lo que apoyaba. Ahora realmente he fracasado —y sin embargo, he triunfado.

¿Pensas que me he vuelto loco? ¿Que me he convertido en un héroe o en un gran hombre? No, no. Las cosas son más sencillas. He comenzado a trabajar como consejero del comandante Duy tengo un salario de ochenta yuanes de plata.

... Shen Fei

¿Qué pensarás de mí? Piensa lo que quieras, me da igual.

Tal vez te acuerdas de mi antigua sala, la sala donde nos vimos por primera vez en la ciudad y donde nos despedimos. Sigo usando esa misma sala. Hay nuevos invitados, nuevas dádivas, nuevas alabanzas, nuevas maquinaciones, nuevo servilismo y saludos pomposos, nuevas partidas de *mahjong* y adivinanzas, nuevo desprecio y asco, nuevo insomnio, nueva sangre escupida...

En tu última carta decías que tu situación como profesor estaba lejos de ser satisfactoria. ¿Te interesaría ser consejero? Dime si lo deseas, puedo arreglarlo por ti. Incluso podrías ser mi portero, tendrías igual nuevos invitados, nuevos dádivas, nuevas alabanzas.

Por aquí nieva intensamente. ¿Por allá? Es muy tarde en la noche pero me he despabilado luego de escupir sangre dos veces. Recordé que desde el otoño me habías enviado tres cartas, lo cual no deja de sorprenderme. Debía enviarte alguna noticia mía, con la esperanza de que todo esto no te conmocione demasiado. Seguramente esta sea la última carta que te escriba, ya conoces mis costumbres. ¿Cuándo volverás? Si pronto, nos veremos; aunque, pienso, nuestros caminos tal vez sean, al final, distintos. Por eso te pido que te olvides de mí. Agradezco desde el fondo del corazón los intentos que hiciste en el pasado para que viviera. Pero ahora olvídame. Ahora estoy «bien».

Lianshu. 14 de diciembre

Aunque la carta no me produjo una conmoción, luego de un primer vistazo la releí con atención y sentí una mezcla de incomodidad y alivio. Ahora que su manutención ya no era problema, pensé, me sacaba una carga de encima, aún si por mi lado nunca había habido solución a la vista. De golpe sentí el impulso de escribirle una carta, pero en seguida me di cuenta de que no tenía qué decirle y olvidé la idea.

De a poco comenzaba a olvidarlo, pues en mi memoria su rostro ya no aparecía con frecuencia. Pero menos de diez días después, de golpe empecé a recibir el semanario Fundamentos del saber de la ciudad de S. No suelo leer

ese tipo de material, pero ya que lo había recibido lo hojeé distraídamente. Esto me hizo pensar de nuevo en Lianshu, porque adentro había textos y poemas sobre él, como «Visitando al señor Lianshu en una noche de nieve», «Reunión de letrados en el estudio del Consejero Lianshu», etc. Una vez en la sección «Conversación mundana» se relataban con lujo de detalles, tomándolos como anécdotas interesantes, hechos de su vida que antes habían sido motivo de burla. La idea implícita era que un hombre extraordinario se comporta siempre de manera extraordinaria.

Lo raro es que, aunque todo esto me lo traía a la mente, su rostro se volvía cada vez más borroso. Y a la vez, sin embargo, era como si se me hiciera cada día más próximo, por lo que a menudo sentía, a cuento de nada, una inquietud inexplicable y un ligero temblor. Por suerte a partir del otoño el semanario dejó de llegar. Pero otro semanario de Shanyang empezó a publicar por partes un largo texto «Sobre los rumores y la realidad», que hablaba de algunos rumores que circulaban desde hacía tiempo entre los notables de la ciudad. Yo era una de las personas a las que apuntaba. Debía seguir tomando mis recaudos, evitando como siempre que hasta el humo del cigarrillo se filtrara. La cautela es una ocupación exigente, además de dolorosa. Tenía muchas cosas abandonadas a causa de eso, y naturalmente tampoco tenía tiempo de pensar en Lianshu. En suma, realmente comenzaba a olvidarlo.

Sólo que al final no pude aguantar hasta las vacaciones de verano. A fines de mayo abandoné Shanyang.

5

De Shanyang a Licheng, luego a Taigu, en total anduve más de medio año dando vueltas, sin encontrar trabajo, por lo cual finalmente decidí volver a la ciudad de S. Era una tarde de comienzos de primavera, la lluvia parecía inminente y todo estaba cubierto por un velo gris. En mi viejo albergue quedaba un cuarto libre, así que me instalé ahí. En el camino había comenzado a pensar en Lianshu, y al llegar decidí ir a verlo después de la cena. Llevando dos paquetes de las famosas galletas de Wenxi, caminé largo rato por calles húmedas, esquivando perros que dormían en medio del camino, hasta llegar por fin frente a la casa de Lianshu. Desde adentro parecía venir un montón de luz. Brilla como la casa de un consejero, pensé y sonreí para mí. Pero al levantar la cabeza vi dos tiras de papel blanco pegadas en diagonal a cada lado de la puerta. La abuela de los niños debía haber muerto, me dije, mientras cruzaba el umbral y me dirigía directo hacia el interior. En

el patio, iluminado por una luz tenue, había un cajón, y junto a él estaba parado un soldado o guardaespaldas vestido con ropas militares, conversando con una mujer. Era la abuela de los niños. Aparte, varios hombres rústicos, de túnica corta, estaban de pie por ahí, sin hacer nada. El corazón me empezó a latir rápido. Ella también se dio vuelta y fijó la mirada en mí.

—¡Ay! Ha regresado. Lástima que un poco tarde... —exclamó, de repente.

—Quién... ¿Quién se ha muerto? —no podía no saberlo a esta altura, pero igual pregunté.

—El gran señor Wei, hace dos días nos dejó.

Miré alrededor, la sala estaba oscura, debía haber una sola lámpara encendida. Dentro de la habitación principal colgaba una cortina con el ideograma de la piedad filial. Había unos niños afuera: eran Daliang, Erliang y los otros.

—Está ahí adentro —dijo la abuela, señalando, y adelantándose—. Cuando el gran señor Wei tuvo el feliz nombramiento, le alquilé también el cuarto principal. Ahora está ahí adentro.

Sobre la cortina no había nada aparte del ideograma. Delante, una mesa rectangular y una cuadrada. Sobre esta, unos diez platos con comida. Apenas crucé el umbral dos hombres con túnicas blancas me interceptaron. Los ojos bien abiertos, como de pescado, brillando con suspicacia, se clavaron en mi cara. Me apuré a explicar mi relación con Lianshu, apoyado desde un costado por la abuela. Sólo entonces sus manos y sus ojos se relajaron poco a poco y me permitieron acercarme para hacer mis reverencias.

En eso estaba cuando de repente alguien empezó a llorar muy bajo a la altura del piso; al mirar con atención vi a un niño de poco más de diez años postrado sobre una esterilla, vestido de blanco como los demás y con un tejido de cáñamo sobre la cabeza rapada.

Después de algunas formalidades pude averiguar que uno de los hombres era un primo del lado paterno, relativamente próximo. El otro era un sobrino lejano. Les rogué que me dejaran ver a mi amigo, pero ellos se opusieron con firmeza, repitiendo que «no merecía tanto honor». Finalmente logré convencerlos y levantaron la cortina.

Ahí estaba Lianshu, muerto. Sin embargo, ¡qué extraño! Pese al pantalón y el saco gastados, con huellas de sangre en la zona del pecho, y pese a la delgadez casi esquelética del rostro, su expresión era la de siempre, la boca cerrada en una mueca pacífica, los ojos cerrados, como dormido, de manera

que estuve a punto de colocar la mano frente a su nariz para ver si respiraba. Todo era un silencio sepulcral; los vivos igual que los muertos.

Me aparté; su primo se acercó a socializar. «Mi hermano», dijo repentinamente nos había «dejado», cuando se encontraba en la flor de la edad, con un futuro brillante. Esto no sólo era una desgracia para «nuestro pobre clan», sino una gran pena para los amigos.

Parecía querer disculparse en nombre de su primo, mostrando una locuacidad rara en un aldeano. Pero luego se quedó en silencio. Todo era un silencio sepulcral. Los vivos igual que los muertos.

Yo sentía tedio, pero nada de pena, así que retrocedí hasta el patio y me puse a conversar con la abuela. Me enteré de que pronto lo meterían en el ataúd, en cuanto llegara la vestimenta fúnebre. Al momento de cerrar el ataúd debía evitarse la presencia de personas cuyo horóscopo natal tuviera ciertos elementos. Contenta de tener con quién conversar, la vieja era un torrente de palabras. Hablaba de su enfermedad y de sus circunstancias, sin privarse de introducir alguna crítica.

—Desde que su suerte cambió era como otra persona, andaba con la cabeza alta, lleno de confianza. Su trato con la gente era más espontáneo. Usted sabe, antes cuando no estaba directamente mudo, me llamaba «Señora». Más tarde, en cambio, empezó a llamarme «viejo amigo». Ay, era divertido. Cuando alguien le regalaba un poco de hierba tonificante, en lugar de tomarla la tiraba en el patio —ahí mismo— y gritaba: «Para ti, viejo amigo». Después de que su suerte cambió, había un ir y venir constante de gente, le alquilé la habitación central y yo me mudé a una de las laterales. Al triunfar se había vuelto diferente al común de las personas. Con frecuencia hablábamos de eso y nos reíamos. Si hubiera venido un mes antes, hubiera alcanzado a ver la animación que había aquí: todo el tiempo gente bebiendo y jugando a las adivinanzas, gente hablando y riendo, gente cantando, componiendo poemas, jugando al *majong*...

«Antes temía a los niños más de lo que los niños suelen temer a su propio padre; siempre se dirigía a ellos con un tono sumiso. Al final nada que ver, le gustaba bromear, y a nuestros niños también les encantaba jugar con él, apenas tenían tiempo se iban a su habitación. Él los divertía con todo tipo de juegos: si querían que les comprara algo, él los hacía ladrar como un perro o arrodillarse y tocar la frente contra el piso. Era todo muy divertido. Hace dos meses, Erliang le pidió unos zapatos nuevos y él lo hizo arrodillarse tres veces y tocar tres veces el piso con la frente. Todavía lleva puestos esos zapatos, están perfectos».

Uno de los de túnica larga salió, y la vieja se calló. Quise saber acerca de la enfermedad de Lianshu, pero no pudo decirme demasiado, sólo que desde hacía ya bastante había adelgazado mucho, pero que nadie le había prestado atención porque seguía tan alegre como siempre. Hasta que, un mes atrás, ella lo escuchó varias veces escupir sangre. Ni aún entonces fue a ver al médico. Luego cayó en cama. Los últimos tres días antes de morir, parecía habersele cerrado la garganta, no podía hablar. El primo hizo el viaje desde Hanshishan; querían saber si tenía algo ahorrado, pero él no dijo ni una palabra. Sospecharon que simulaba. Otros dijeron que ciertos tuberculosos, antes de morir, pierden la capacidad de hablar. Quién sabe...

—Pero el señor Wei era extraño —dijo de repente, bajando la voz—. No le gustaba ahorrar, dilapidaba el dinero sin pensar. El primo tenía incluso la sospecha de que nosotros habíamos sacado algún beneficio. ¿Qué beneficio? Simplemente lo gastó todo, sin importarle en qué. Por ejemplo, compraba algo y al día siguiente lo vendía, o lo rompía, era algo extraño. Así que cuando murió no tenía nada, todo se había esfumado. De no ser así, hoy esto no estaría tan calmo.

«Era terco, no se tomaba nada en serio. Pensando en eso, traté de aconsejarlo una vez. A su edad debía formar una familia, y en su situación conseguir una esposa era muy sencillo. Si no encontraba una familia con las condiciones adecuadas, podía primero comprar algunas concubinas. Al final uno debe hacer las cosas como corresponde. Pero luego de escucharme comenzó a reírse, diciendo: “Viejo amigo, ¿te empeñas todavía en recordarle estas cosas a la gente?”. Como ve, en el último tiempo estaba especialmente caprichoso, no escuchaba consejos. Si me hubiera escuchado a tiempo, ahora no estaría tanteando su camino solo y frío en el otro mundo. Al menos oiría el llanto de algunos seres queridos».

Un empleado llegó entonces con la vestimenta. Los tres parientes extrajeron la ropa interior y desaparecieron tras la cortina. Luego de colocársela, levantaron la cortina y en seguida le pusieron el resto de la vestimenta. Me quedé mudo: primero un pantalón militar kaki, con dos anchas bandas rojas; luego un saco militar, con las charreteras doradas brillantes (no sé de qué rango se trataba o de dónde lo había sacado). Lianshu yacía estrafalariamente en el cajón, con un par de zapatos de cuero amarillo junto a los pies y un sable de papel junto a la cintura. Junto al rostro esquelético y de un gris oscuro, había un gorro militar con el borde dorado.

Los tres parientes, sosteniendo el ataúd, lloraron un rato, luego se detuvieron y se secaron las lágrimas. Entonces el niño con el tejido de

cáñamo salió, al igual que el tercero de los nietos, pues seguramente sus horóscopos tenían alguno de los elementos mencionados por la abuela.

Los campesinos levantaron la tapa del ataúd, y yo me acerqué para dar un último vistazo a Lianshu, que se despedía para siempre.

Yacía en su atuendo estafalario, tranquilo, la boca y los ojos cerrados, una sonrisa fría apenas insinuada en la comisura de los labios, como si se burlara de su propio cadáver.

Se escuchó el martilleo de los clavos, al mismo tiempo que el ruido del llanto. No pude soportar por mucho tiempo ese llanto, retrocedí hacia el patio, y casi sin darme cuenta me encontré afuera. La calle húmeda se distinguía clara. Miré hacia el cielo, las nubes ya se habían dispersado y una luna llena difundía su fría y plácida luz.

Apuré el paso, como si tratara de salir de una cosa pesada, sin lograrlo del todo. Algo pujaba en mis oídos, pujó largo tiempo, largo tiempo, hasta que por fin logró salir, confuso, semejante a un largo aullido, como de lobo lastimado que aúlla en el páramo en medio de la noche, y donde el dolor viene entremezclado con la furia y la pena.

Con el corazón de golpe más liviano, caminé en paz sobre la húmeda calle empedrada, bajo la luna.

17 de octubre de 1925

Lamento

Apuntes de fuansheng

Quiero intentar escribir mi dolor y mi remordimiento. Por Zijun, por mí mismo.

La vieja habitación olvidada en un rincón del albergue provincial está silenciosa y desierta. El tiempo pasa rápido, y hace un año ya desde que me enamoré de Zijun y escapé, gracias a ella, de este silencio y este vacío. Y es esta misma habitación, por un azar desgraciado, la única disponible ahora al regresar. Aquí está la misma ventana rota, la misma acacia medio seca y la glicina vieja tras la ventana, la mesa cuadrada frente a la ventana, la pared gastada y contra la pared el camastro de madera. Por la noche yazgo sobre la cama solo, como antes de mi convivencia con Zijun; un año se ha esfumado entero, como si nunca hubiera existido, como si nunca hubiera salido de esta habitación o creado un pequeño hogar lleno de ilusiones en el callejón de la Buenaventura.

No es sólo esto. Un año atrás este silencio y este vacío contenían también con frecuencia una espera: espera de la llegada de Zijun. En la impaciencia de la larga espera, cómo revivía de repente al escuchar el claro golpe de los zapatos contra el suelo de ladrillo. Veía en seguida el rostro redondo y pálido y sonriente de Zijun, los brazos flacos y blancos, su abrigo rayado, su falda negra. Me traía una hoja nueva de la acacia medio seca, y me mostraba los racimos de flores blancas y púrpuras que pendían de las viejas ramas como herrumbradas de la glicina. Ahora sin embargo sólo el silencio y el vacío es el de antes. Zijun ya no vendrá nunca más, nunca más.

Cuando Zijun no estaba en mi habitación yo no veía nada. En medio del aburrimiento agarraba al azar algún libro, de ciencia o de literatura, no me importaba de qué. Leía y leía hasta que me daba cuenta de golpe, luego de varias páginas, que era incapaz de retener nada. El oído, en cambio, se volvía mucho más agudo. Parecía captar todos los ruidos de pasos en la calle y reconocer entre medio los de Zijun acercándose poco a poco, *tac tac tac*. Pero

de a poco se iban alejando hasta desaparecer en la multitud confusa de otros pasos. Odiaba al hijo del criado cuyas sandalias de tela sonaban tan diferente a los zapatos de Zijun, y odiaba a ese cretino de rostro encremado, el vecino del patio exterior, cuyos zapatos a menudo nuevos sonaban tan parecido.

¿Y si su coche había volcado? ¿Y si la había atropellado un tranvía?

Tenía ganas de agarrar mi sombrero e ir buscarla ahí mismo; pero recordaba que su tío ya una vez me había insultado en la cara.

De golpe sus pasos sonaban cerca, cada vez más cerca, y cuando salía a recibirla ya había dejado atrás la glicina y en su rostro se insinuaban los hoyuelos de una sonrisa. Quizás esta vez no había tenido que soportar los ataques de su tío; mi ánimo se serenaba, y luego de mirarnos en silencio un instante la habitación se llenaba de a poco con mis palabras. Hablaba del despotismo familiar, de la necesidad de romper con las viejas costumbres, de la igualdad entre el hombre y la mujer, de Ibsen, de Tagore, de Shelley. Ella asentía y sonreía, con los ojos encendidos por una curiosidad infantil. En la pared colgaba un grabado de un retrato de Shelley que había recortado de una revista. Era su retrato más bello. Cuando se lo señalé, sin embargo, ella apenas lo miró y en seguida bajó la cabeza, como con vergüenza. En aspectos como ese, Zijun aún no se había zafado del todo de las ataduras del pensamiento viejo. Más tarde pensé en reemplazar ese retrato por otro que evocaba a Shelley ahogado en el mar, o por uno de Ibsen; pero al final no lo cambié, y ahora no tengo ni idea de adonde habrá ido a parar.

«Yo soy yo, ellos no tienen derecho a meterse en mi vida».

Esas eran las palabras que, en un tono claro, resuelto y tranquilo, y tras medio año de intercambios, ella pronunció esa vez al hablar de nuevo de su tío ahí en la ciudad y de su padre allá en el viejo hogar. De hecho yo le había hablado ya de todas mis ideas, de mi experiencia y mis defectos, sin ocultar casi nada. Ella lo había comprendido todo. Estas palabras me estremecieron y durante muchos días resonaron en mis oídos, y sentía una euforia indecible al saber que las mujeres de mi país no estaban perdidas como sostenían los pesimistas, y que en un futuro no demasiado lejano veríamos un amanecer brillante.

Al acompañarla a la salida mantuvimos como siempre la distancia; como siempre, el viejo con sus bigotes de carpa y su nariz achatada contra el vidrio sucio de la ventana; como siempre, al llegar al patio exterior, detrás de la ventana brillante, el rostro encremado de ese cretino. Ella avanzó altiva, mirando recto hacia adelante, sin verlos; yo regresé, altivo.

«Yo soy yo, ellos no tienen derecho a meterse en mi vida».

Este pensamiento rotundo estaba en su cabeza de manera más clara y firme que en la mía. ¿Qué podía importarle ese rostro encremado y esa nariz chata?

Ya no recuerdo cómo fue que finalmente le declaré mi amor puro e incondicional. No es algo de ahora, ya entonces los hechos se habían vuelto borrosos, y al repasarlos en mi cabeza, de noche, apenas quedaban fragmentos. Dos meses después de empezar a convivir, hasta estos fragmentos se habían convertido en sombras inasibles. Sólo recuerdo que durante días antes del hecho estudié cuidadosamente la actitud a adoptar, ordené las partes de mi discurso y hasta preví la actitud que debía tomar en caso de un rechazo. Pero al llegar el momento todo pareció inútil, y en medio de mi nerviosismo no pude más que imitar el procedimiento que había visto en las películas. Recordarlo, más tarde, me producía una enorme vergüenza, y sin embargo es esto lo que ha quedado grabado en mi memoria: hasta el día de hoy, como una lámpara solitaria en un cuarto oscuro, me veo sosteniendo su mano con lágrimas en los ojos y una rodilla en el suelo...

Los gestos y palabras de Zijun los recordaba con tan poca claridad como los míos. Sólo supe que había aceptado. Me parecía recordar, sin embargo, que su rostro se había vuelto muy pálido y luego poco a poco muy rojo, un rojo que nunca había visto y nunca volví a ver. En sus ojos infantiles había dicha y tristeza a la vez, sorpresa y alerta, aunque evitaba mirarme y parecía, en su ansiedad, querer salir volando por la ventana rota. No sabía qué había dicho, si es que había dicho algo; pero sabía que había aceptado.

Ella en cambio se acordaba de todo: de mis palabras, que podía recitar con fluidez como si las hubiera memorizado; y de mis gestos, que relataba vívidamente, como si una película para mí invisible colgara en el aire, incluyendo por supuesto ese gesto melodramático que yo quería olvidar. Tarde en la noche, cuando el mundo estaba en silencio, era el momento elegido para reactuar todo. Me veía con frecuencia interrogado, sometido a examen, me pedía que repitiera mis palabras de entonces, aunque casi siempre ella debía completar mis huecos, corregirme, como a un mal estudiante.

Estos ensayos de a poco se fueron espaciando. Pero me bastaba ver su mirada fija en el vacío, absorta, y la forma en que su expresión se hacía más tierna y su sonrisa más profunda, para saber que estaba repasando la vieja lección, y lo que me horrorizaba era pensar que podía estar viendo en su mente mi ridículo gesto cinematográfico. Sabía que debía estar viéndolo, que no podía no verlo.

Y sin embargo a ella no le parecía ridículo. Por más que a mí me pareciera no sólo ridículo, sino también humillante. Esto lo tenía yo claro, pues ella me amaba, me amaba con un amor puro e incondicional.

Los últimos días de la primavera pasada fueron los más felices. También los más atareados. Mi ánimo se había calmado, pero había otra parte de mí que, igual que el cuerpo, comenzaba a atarearse. Fue por entonces que comenzamos a andar uno al lado del otro en la calle, ocasionalmente en dirección al parque, las más de las veces en busca de casa. En la calle sentía todo el tiempo ojos inquisitivos, sonrisas burlonas, miradas despreciativas e indecentes, de manera que, en cuanto bajaba la guardia, comenzaba a temblar todo, y para sostenerme debía plantarme en mi orgullo y mi diferencia. Ella en cambio no tenía miedo a nada, todo esto la tenía sin cuidado; avanzaba pausadamente, con firmeza y calma, como si entrara en un territorio deshabitado.

No fue fácil encontrar un lugar donde vivir. La mayor parte nos rechazaba con cualquier excusa y el resto no nos convenía. Al principio éramos exigentes en nuestra búsqueda, y a la vez no, porque un vistazo solía alcanzar para descubrir que tal lugar no era para nosotros; más tarde nos bastaba con que estuvieran dispuestos a aceptarnos. Recién luego de ver más de veinte lugares encontramos uno que podíamos adoptar temporalmente como vivienda. Eran dos habitaciones en la parte sur de una pequeña casa en el callejón de la Buenaventura. El dueño era un pequeño funcionario, hombre sin embargo de mundo; con su mujer y una hija que no tenía todavía un año, además de una empleada venida del campo, ocupaban la habitación central y las laterales. Siempre que la niña no se pusiera a llorar, era un lugar tranquilo y silencioso.

Nuestro mobiliario era simple, pero ya habíamos gastado más de la mitad del dinero que había conseguido. Zijun había vendido su único anillo de oro y unos aros. Traté de impedirselo, pero ella estaba decidida y no insistí más. Sabía que no se sentiría cómoda en la casa si no la dejaba hacer su aporte.

Con su tío había roto relaciones hacía rato, al punto tal que en su furia aquél había dejado de considerarla parte de su familia. Yo también me alejé sucesivamente de amigos que, bajo el pretexto de dar un buen consejo, actuaban en realidad movidos por la envidia o por la cobardía. Todo era muy tranquilo. Cada día después de la oficina, aunque el crepúsculo se acercara y el conductor del *rickshaw* anduviera siempre demasiado despacio para mi gusto, llegaba el momento de estar uno frente al otro. Primero nos mirábamos en silencio, luego conversábamos con total franqueza e intimidad, luego otra

vez el silencio. Permanecíamos cabizbajos, pensativos, sin pensar en nada en concreto. Poco a poco también fui descifrando su cuerpo y su corazón, y después de tres semanas me parecía haberla comprendido mucho más profundamente, descubriendo zonas que antes creía comprender pero que, me daba cuenta ahora, en realidad desconocía.

Zijun se fue poniendo un poco más animada cada día. Las flores, sin embargo, no eran lo suyo. Dos pequeñas plantas que yo había comprado en una feria se secaron en un rincón luego de cuatro días sin regar, pues yo no podía ocuparme de todo. En cambio amaba los animales, o tal vez era algo que había tomado de la mujer del funcionario, y en menos de un mes nuestra familia se agrandó de golpe con la incorporación de cuatro gallinas que se mezclaban en el pequeño patio con las más de diez del dueño. Las mujeres conocían bien sus gallinas; cada cual sabía cuáles correspondían a cada familia. También había un pekinés de pelaje gris, que yo había comprado en una feria en un templo. Creo recordar que tenía originalmente otro nombre, pero Zijun lo llamó Ah Sui. Yo también lo llamaba Ah Sui, aunque no me gustaba este nombre.

Es verdad, el amor necesita renovarse, necesita crecer y crear sin pausa. Yo hablaba de todo esto con Zijun, y ella entendía y asentía con la cabeza.

¡Qué noches tan felices y apacibles fueron esas!

La paz y la felicidad pueden solidificarse hasta volverse algo invariable. Incluso los conflictos y malentendidos que ocurrían a veces durante nuestras discusiones en la época del albergue provincial, desaparecieron luego de la mudanza al callejón de la Buenaventura. Sólo en medio de una conversación nostálgica, sentados uno frente a otro a la luz de la lámpara, podíamos revivir el placer que sentíamos antes, cada vez que la reconciliación sucedía al conflicto.

Zijun comenzó a engordar y su rostro fue tomando color. Lo malo era que estaba demasiado ocupada, y que las tareas de la casa apenas le dejaban tiempo para conversar, menos aún para leer o pasear (con frecuencia hablábamos de contratar a una empleada). Me molestaba también que al volver a casa al atardecer la veía a veces disimular su descontento, y sobre todo me molestaba su sonrisa forzada. Descubrí al fin que el motivo era una disputa secreta con la señora del funcionario, por algo relacionado con las gallinas. ¿Pero por qué no me había dicho nada? Necesitábamos una casa para nosotros; vivir en un lugar así era imposible.

Mi rutina seguía un patrón fijo. Seis días a la semana iba de la casa a la oficina y de la oficina a la casa. En la oficina, sentado frente a un escritorio,

copiaba sin parar cartas y documentos; en casa me sentaba frente a ella o la ayudaba a encender el hornillo, cocinar el arroz o el pan. Fue en esta época que aprendí a hacer arroz.

Comía mucho mejor que en la época del albergue provincial. Aunque la cocina no era su fuerte, Zijun ponía todo su empeño. Su esfuerzo constante me incitaba a esforzarme de la misma manera, quería compartir lo malo tal como compartíamos lo bueno. Más aún cuando la veía todo el día con la cara transpirada y el pelo corto pegoteado en la frente. Sus manos comenzaban a curtirse.

Encima debía darle de comer a Ah Sui y a las gallinas. Eran tareas de las que sólo ella podía ocuparse. Prefiero no comer, le dije una vez, pero no puedes seguir así. Me miró tristemente, sin responder. No pude decir nada más, y ella siguió trabajando igual de duro.

El golpe que esperaba finalmente llegó. Era la víspera del aniversario de la revolución. Yo estaba sentado, absorto, ella lavaba los platos. Escuchamos golpes en la puerta, y al abrir un mensajero de la oficina me entregó un mensaje mimeografiado. Medio temblando, me coloqué bajo la lámpara para leer.

Estimado Señor Shi Juansheng:

El director le informa que sus servicios ya no son requeridos en la oficina.

Secretaría. 9 de octubre

Lo había previsto ya en la época del albergue provincial. Aquel cretino de cara encremada era compañero de juego del hijo del director, y yo sabía que tarde o temprano iba a contar algún chisme o informar de nuestra situación. Había surtido efecto, a decir verdad, mucho más tarde de lo que me esperaba, y de hecho no era un golpe para mí, porque hacía rato que había decidido que podía trabajar de copista para otros o enseñar o incluso, aunque fuera agotador, dedicarme a traducir, ya que además conocía al editor de Los amigos de la libertad; lo había visto varias veces y habíamos intercambiado correspondencia dos meses atrás. El corazón, sin embargo, me latía frenéticamente. Me entristeció sobre todo advertir que también

Zijun, habitualmente tan resuelta, se había puesto pálida. En el último tiempo parecía haber perdido parte de su fortaleza.

—No es nada —dijo—. Haremos otra cosa. Nosotros...

No terminó la frase. Por alguna razón su voz me sonó hueca y sentí que la lámpara irradiaba una luz extraordinariamente mortecina. Qué animal ridículo es el hombre, cuán profundamente se deja afectar por las cosas más triviales. Nos miramos en silencio, luego poco a poco empezamos a analizar la situación. Decidimos racionar lo más posible el dinero con el que contábamos y poner un pequeño aviso para buscar trabajo como copista o profesor, mientras a la vez le escribía al director de Los amigos de la libertad explicándole mi situación actual y pidiéndole que me diera una mano, aceptándome alguna traducción.

—No perdamos más tiempo. Este es nuestro punto de partida.

Me di vuelta y me dirigí al escritorio, aparté la botella de aceite de sésamo y el plato con vinagre. Zijun acercó la lámpara. Primero escribí el anuncio, después elegí los libros que podía traducir; no los había tocado desde la mudanza y estaban cubiertos por una capa de polvo. Finalmente escribí la carta.

Vacilaba, tratando de encontrar las palabras adecuadas. Cuando frenaba la pluma para pensar, giraba la vista y miraba su rostro. Se veía de nuevo tremendamente desolada bajo la luz tenue de esa lámpara. No había imaginado que un hecho tan ínfimo pudiera provocar un cambio tan evidente en la resuelta y temeraria Zijun. Era cierto, en el último tiempo ella se había vuelto más débil, no era algo que hubiera comenzado esa noche. Esto acrecentó mi perplejidad, e imágenes de una vida tranquila —del silencio en la vieja habitación del albergue provincial—, brillaron de repente frente a mis ojos, y en seguida, cuando quise fijar en ellas mi mirada, me encontré con la luz débil de la lámpara.

Tardé un buen rato en terminar la carta. Era una carta muy larga. Me sentía extenuado, como si yo también estuviese más débil últimamente. Decidimos mandar la carta y el anuncio todo junto al día siguiente. Espontánea, sincronizadamente, nos erguimos, sin palabras, como si cada uno hubiera sentido el espíritu inquebrantable del otro, y como si pudiéramos ver la esperanza que surgía ya de brotes nuevos.

Ese golpe proveniente de afuera de hecho nos había dado nuevos ánimos. La vida en la oficina era como la de los pájaros de los vendedores ambulantes, a los que se les da alimento suficiente para sobrevivir sin engordar; con el tiempo, las alas se les entumescen e incluso si los dejan fuera de la jaula ya no pueden volar. Ahora finalmente me había sacado de encima esa jaula, y a partir de ahí iba planear a través de un nuevo y vasto cielo, aprovechando que aún recordaba cómo mover mis alas.

El aviso por supuesto no podía surtir efecto en seguida, pero la traducción tampoco era un asunto sencillo. Antes cuando leía me parecía entender todo, pero al poner manos a la obra las dudas empezaron a surgir por doquier y avanzaba muy lentamente. Trabajaba, sin embargo, con perseverancia y empeño, y la prueba de mi dedicación eran las huellas que en menos de dos semanas cubrieron con una franja negra el borde de un diccionario casi nuevo. Pero el editor de Los amigos de la libertad me había dicho una vez que en su revista nunca se rechazaba un buen manuscrito.

Lamentablemente no tenía un cuarto para trabajar y Zijun tampoco era tan silenciosa o considerada como antes. El desorden permanente de los platos, el hollín que permeaba toda la casa, hacían casi imposible trabajar; pero, por supuesto, el culpable principal era yo, que no era capaz de costearme un estudio. A todo esto había que agregar Ah Sui, y había que agregar las gallinas. Había que agregar que las gallinas crecían y se volvían, cada vez más, motivo de disputa entre las dos familias.

A esto había que agregar la rueda diaria e incesante de comidas. Zijun parecía dedicada totalmente a esa tarea. Comer lo ganado, ganar para comer, y luego también había que alimentar a Ah Sui y a las gallinas. Parecía haber olvidado todo lo que había aprendido antes, y no se le ocurría que con frecuencia interrumpía mis pensamientos con sus llamados a comer. Incluso si la miraba furioso desde mi silla, ella se ponía a masticar sin darse cuenta de nada.

Me tomó cinco semanas hacerle entender que mi trabajo no podía sujetarse a horarios fijos. Cuando lo entendió, probablemente no estuvo contenta, pero no dijo nada. A partir de ese momento comencé a avanzar más rápido, y poco después ya había traducido unas cincuenta mil palabras; faltaba pulir un poco y ya podía mandarlo a Los amigos de la libertad, junto con los dos ensayos que ya tenía listos. Sólo que el tema de la comida me seguía trayendo dolores de cabeza. No me molestaba comer todo el tiempo verduras y platos fríos, aunque no era suficiente. Pero a veces tampoco el arroz alcanzaba, aunque ahora estuviera todo el día sentado en casa, por lo cual en teoría mi apetito debía haber disminuido. La razón era que primero alimentaba al perro, agregándole a veces la carne de cordero que nosotros mismos apenas tocábamos en el último tiempo. Decía que Ah Sui daba lástima de tan flaco que estaba y que la mujer del dueño se mofaba de ellos a causa de esto. No soportaba ese desprecio.

Así que yo comía las sobras del perro, y las gallinas, a su vez, mis sobras. De esa forma, con el tiempo, de la misma manera que Huxley había analizado

«el lugar del hombre en el universo», descubrí mi propio lugar en esa casa: entre el perro y las gallinas.

Más tarde, después de mucho forcejeo y apuros, las gallinas fueron convirtiéndose en platos succulentos. Así durante una decena de días disfrutamos, junto con Ah Sui, de carne tierna y fresca, aunque las gallinas estaban muy flacas para entonces, porque hacía rato que sólo obtenían algunos granos de sorgo por día. A partir de ahí todo estuvo más tranquilo. Sólo que Zijun se veía muy abatida, y con frecuencia daba la impresión de estar aburrida o triste, sin ganas de hablar. ¡Qué fácil que cambian las personas!

Tampoco era posible quedarse con Ah Sui. No podíamos seguir depositando esperanza en ninguna carta y Zijun hacía rato que ya no tenía alimento para hacerlo pararse en dos patas y hacer su gracia. El invierno se acercaba a toda velocidad, pronto el fuego se iba a convertir en un gran problema, y la alimentación del perro se había vuelto para nosotros, desde hacía rato, una carga. Así que ni siquiera pudimos quedarnos con el perro.

Si le hubiéramos puesto una etiqueta y lo hubiéramos llevado a una feria para venderlo, tal vez hubiéramos sacado algún dinero. Sin embargo, no podíamos ni deseábamos hacer nada semejante. Así que le envolví la cabeza con un trapo y lo solté en el suburbio al oeste de la ciudad. Cuando intentó seguirme, lo empujé dentro de un pozo no muy profundo.

Al regresar sentí de inmediato que todo se había vuelto mucho más silencioso. Pero la infelicidad plasmada en el rostro de Zijun me dejó sin palabras. Era una expresión que no había visto nunca antes, y naturalmente era por Ah Sui. ¿Pero era para tanto? Y todavía ni le había contado que había tenido que empujarlo a un pozo.

Por la noche, una cierta frialdad se añadió a su aspecto desgraciado.

—¿Qué te pasa hoy? Estás extraña —pregunté, cuando no aguanté más.

—¿Qué cosa? —ni siquiera me miró.

—Tu cara.

—Nada... No pasa nada.

Por sus palabras y sus gestos concluí por fin que ella había resuelto que yo era una persona insensible. De hecho, si hubiera estado solo las cosas habrían sido más sencillas para mí. Aunque por orgullo solía evitar a viejas amistades familiares, y me había alejado del resto de mis conocidos luego de mudarme, sólo necesitaba un poco de espacio o una oportunidad para remontar vuelo. Si ahora soportaba las amargas limitaciones de esa vida, era sobre todo por ella. También por ella me había deshecho del perro. Pero la capacidad de

comprensión de Zijun se iba estrechando cada vez más, al punto que ya ni era capaz de pensar esto.

Aproveché una oportunidad para insinuarle estos pensamientos. Ella asintió, como si entendiera, pero por su actitud después comprendí que no había entendido, o que no creía nada.

A causa del frío y del frío de su expresión, cada vez me resultaba más difícil quedarme tranquilo en casa. ¿Pero a dónde podía ir? Aunque en la avenida y en el parque no encontrara su rostro, el viento helado laceraba la piel. Finalmente, encontré mi paraíso en la biblioteca popular.

Ahí no era necesario comprar una entrada y en la sala de lecturas además había dos estufas de hierro. Las alimentaban unos carbones moribundos, pero el sólo hecho de verlas me generaba una tibieza imaginaria. Los libros en cambio eran ilegibles: los viejos, puras antiguallas, y nuevos casi no había.

Por suerte yo no iba a ahí para leer. A menudo había una decena de personas, todas con poco abrigo, como yo, y todas leyendo un libro, que era una excusa para ir a calentarse. Era justo lo que necesitaba. En la calle fácilmente podía encontrarme con un conocido que me mirara con desprecio, pero aquí en cambio nada de eso podía suceder, porque mis conocidos se encontrarían alrededor de otras estufas o junto al hornillo de sus propias casas.

Aunque ahí no había libros para leer, había un espacio donde pensar tranquilo. Fue recién estando ahí sentado solo, aburrido, recordando el pasado, cuando me di cuenta de que por amor —por un amor ciego— desde hacía más de medio año había dejado de lado lo esencial de la vida. En primer lugar, la vida misma. Para que el amor tuviera algo en lo que sostenerse, debía haber primero una vida. El mundo siempre guardaba un camino para todo aquel capaz de luchar por él. No había olvidado cómo mover mis alas, aunque mi ánimo no fuera el de antes...

El cuarto y los lectores desaparecían poco a poco, y veía entonces un pescador en un río caudaloso, un soldado en una trinchera, un personaje importante en su coche, un especulador en una gran metrópolis, un hombre superior en lo profundo del bosque o la montaña, un profesor en su púlpito, un agitador en el crepúsculo, un ladrón en la noche. Zijun, ella no estaba a mi lado. Ella había perdido su coraje y sólo era capaz de apenarse por Ah Sui; todo su afán se concentraba en la comida. Extrañamente, sin embargo, no se la veía más consumida o siquiera más delgada que antes.

Comenzó a hacer frío, los pocos trozos de carbón terminaron de consumirse, la biblioteca cerraba. Debía volver al callejón de la Buenaventura

y soportar su rostro frío. En el último tiempo cada tanto encontraba un poco de tibieza, pero esto me amargaba más. Recuerdo que una noche en los ojos de Zijun reapareció, de golpe, ese brillo infantil que no había visto en mucho tiempo, y comenzó a hablar, sonriendo, de la época en el albergue provincial. El terror se mezclaba cada tanto en su expresión. Yo sabía que mi indiferencia, superior a la suya en el último tiempo, había despertado sus sospechas, así que me esforcé por mostrarme sonriente y conversador para tranquilizarla. Pero la sonrisa se volvía vacía al aparecer en mi rostro, y las palabras vacías al salir de mi boca, y este vacío resonaba en mis oídos con un sarcasmo maligno e intolerable. Zijun también pareció darse cuenta y perdió su serenidad casi letárgica. Aunque hacía lo posible por ocultarlo y no me trataba con tanta frialdad como antes, se veía la inquietud en su rostro.

Quería sincerarme con ella pero aún no encontraba el valor; cada vez que me resolvía a hablar, veía su mirada infantil y en seguida forzaba una sonrisa. Sólo que esta se convertía en un sarcasmo hacia mí mismo y me hacía perder la calma.

Desde entonces ella empezó como antes a repasar la lección y a tomarme examen, obligándome a un montón de respuestas hipócritamente amorosas, a demostrarle ternura, a grabar en mi corazón ese libreto mentiroso. Mi corazón se vio colmado de a poco por ese libreto, hasta el punto de impedirme respirar. En medio de mis tribulaciones con frecuencia pensaba en el enorme coraje que se necesita para decir la verdad. Si yo no tenía ese coraje y en cambio prefería resignarme a la hipocresía, quería decir que no era uno de esos hombres capaces de abrir caminos nuevos. No era ese tipo de hombre; no era nadie.

Una mañana, una mañana extremadamente fría, advertí en Zijun una expresión rencorosa que nunca antes le había visto, aunque tal vez fuera mi imaginación. Sonreí para mi mismo, con una furia helada. Las ideas que había adoptado, lo mismo que su discurso abierto y audaz, no eran al fin más que un vacío, y ella era inconsciente de este vacío. Hacía tiempo que había dejado de leer libros, y había olvidado que lo esencial en el hombre es la lucha por la supervivencia, y que en esa lucha y ese camino era necesario caminar a la par o arremeter solitariamente. Si dos personas sólo eran capaces de estorbarse uno al otro, entonces eran como soldados que no podían pelear y que se encaminaban juntos a la muerte.

Nuestra única esperanza era la separación, pensé. Ella debía decidirse a abandonar —pensé de repente en su muerte y en el acto me lo reproché,

arrepentido. Por suerte era la mañana, había tiempo de sobra, tiempo para decir mi verdad. Este era el punto de partida de nuestros nuevos caminos.

Hablé con ella y llevé la conversación hacia el pasado y hacia el arte, y de ahí hacía ciertos escritores extranjeros y ciertas obras (Casa de muñecas, La dama de mar), y elogí la firmeza y la resolución de Nora... Eran las mismas palabras que había dicho el año anterior en el albergue provincial, pero ahora estaban vacías, de mi boca pasaban a mis oídos, y era todo el tiempo como si hubiera un niño invisible, travieso, que malignamente, venenosamente, las repitiera en forma mecánica.

Como siempre ella escuchó atentamente, asintiendo con la cabeza, y luego se quedó en silencio. Yo terminé de hablar, algo entrecortado, y el eco de mi voz desapareció en el aire.

—Sí —se quedó otro rato en silencio y continuó—, pero... Juansheng, últimamente pareces otra persona. ¿Me equivoco? Háblame con sinceridad.

Fue como un golpe directo en la cabeza, pero me repuse y comencé a decirle lo que pensaba y lo que proponía: empezar un camino nuevo, una nueva vida, para evitar sucumbir juntos.

—Además ya no tienes por qué preocuparte —agregué al final con una determinación extrema—, puedes seguir adelante sin miedo. Me pides que te diga la verdad. Está bien, no debemos ser hipócritas. La verdad es que ya no te amo. Pero esto para ti es mejor, porque puedes hacer tu vida sin preocuparte por nada...

Había esperado un drama, y sin embargo sólo hubo silencio. Su rostro se puso de un amarillo ceniciento, cadavérico; revivió al instante, y los ojos le brillaron con ese fulgor infantil. Esos ojos se disparaban para todos lados, un poco como los niños que cuando sienten hambre buscan a la madre, pero buscaba en el vacío, evitando con horror mis ojos.

No soportaba más verla. Era la mañana, por suerte; salí al frío y al viento y me dirigí hacia la biblioteca. Vi que en Los amigos de la libertad habían aparecido mis pequeños ensayos. Esto me sorprendió y me dio ánimos. Había muchos caminos en la vida, pensé, pero no era posible seguir así.

Empecé a visitar a conocidos a los que no veía hacía tiempo, aunque no más de una o dos visitas. Sus casas, por supuesto, eran cálidas, pero yo sentía un frío en los huesos. Por las noches yacía ovillado en esa habitación más fría que el hielo.

El hielo me punzaba, me sumía en un embotamiento doloroso. Hay muchos caminos en la vida, pensaba, y todavía no he olvidado cómo mover

mis alas. Y de golpe pensaba en su muerte, para enseguida reprochármelo y arrepentirme.

En la biblioteca popular podía vislumbrar a veces una luz; un camino y una vida nuevos yacían delante de mí. Valiente y decidida, ella entendía de golpe todo y abandonaba con resolución esa casa helada, y además sin dejar de reproche o rencor en su rostro. Y yo, entonces, liviano como una nube vagabunda flotaba en el aire, arriba el cielo azul, abajo las montañas profundas y los mares, los altos edificios, los campos de batalla, los coches, las grandes metrópolis, las mansiones de los ricos y los poderosos, la ciudad ruidosa y clara, la noche oscura...

Presentía que esta vida nueva estaba por llegar.

Logramos pasar el invierno cruento, el invierno de Pekín. Éramos como la libélula en manos del niño maligno y travieso, que la ata con una tanza y juega con ella y la maltrata todo lo posible, de manera que, aunque conserva la vida, permanece tirada en el suelo, tratando solamente de postergar su final.

Recién después de tres cartas recibí una respuesta del editor de Los amigos de la libertad. Dentro del sobre había dos bonos, de veinte y treinta centavos, intercambiables por libros. Para urgirlos a pagar yo había gastado nueve centavos en estampillas y un día de hambre, y lo que obtenía era la misma nada.

Lo que estaba esperando, sin embargo, finalmente pasó.

Fue entre el final del invierno y el comienzo de la primavera. El viento ya no estaba tan frío, así que yo pasaba aún más tiempo vagando afuera, y cuando volvía por lo general ya era de noche.

En una de esos anocheceres oscuros volví a casa abatido como siempre. Como siempre, la visión de la puerta de entrada, igual que un mal presagio, me hizo demorar más el paso. Entré a la habitación finalmente, no había luz. Busqué los fósforos y encendí la lámpara: ¡qué extrañamente desierto estaba todo!

En medio de mi estupor, la mujer del funcionario se acercó hasta la ventana y me llamó desde afuera.

—El padre de Zijun ha venido hoy a buscarla —dijo simplemente. No esperaba que fuera así. Sentí de repente como un golpe en la nuca y me quedé de pie ahí sin palabras.

—¿Se ha ido? —fue lo único que pude preguntar, después de un instante.

—Se ha ido.

—¿Ha dicho algo?

—Nada. Sólo me pidió que cuando volvieras te avisara que se había ido.

No quería creerlo, pero ahí estaba esa habitación extrañamente desolada. Miré por todos lados en busca de Zijun. No vi más que muebles viejos y oscuros, tan distantes uno del otro que resultaba de inmediato evidente que nada o nadie podía esconderse entre ellos. Se me ocurrió entonces buscar si había dejado una carta o un mensaje. No había nada. Sólo había agrupado en un mismo sitio la sal y los pimientos, la harina y medio repollo, y al lado un montoncito de monedas. Esto era la totalidad material de nuestra vida en común. Me lo entregaba solemnemente, ahora, instándome, sin palabras, a sobrevivir con eso lo más que pudiera.

Como si el ambiente me expulsara, me apresuré a salir al patio, a la oscuridad envolvente. A través de la ventana de papel de la habitación central brillaba la luz viva de una lámpara. Los vecinos jugaban y reían con su hija. Me serené, y sentí que empezaba a vislumbrar poco apoco, en medio de esa presión asfixiante, el camino de escape: montañas profundas y grandes pantanos, ciudades modernas, banquetes fastuosos bajo las luces eléctricas, trincheras, la noche más oscura más oscura, el golpe de un puñal filoso, pisadas sigilosas...

Me sentí un poco mejor, pensé en la plata que necesitaba para el viaje y suspiré.

Acostado, con los ojos cerrados, vi desfilar en mi cabeza el futuro imaginado. Antes de que llegara la medianoche ya lo había visto entero. En la oscuridad me pareció ver de repente una pila de alimentos, y luego el rostro lívido de Zijun suspendido, con sus ojos infantiles bien abiertos, mirándome con aire de súplica. Duró solo un instante.

Pero volvía a sentir un gran pesar. ¿Por qué, en lugar de esperar unos días, me había apurado a decirle la verdad? Ahora ella sabía que todo lo que le quedaba era el rigor, semejante a un sol ardiente, de su padre —acreedor de los hijos—, y las miradas frías de los demás, más frías que la escarcha. Fuera de esto, el vacío. ¡Qué cosa tan horrible tener que andar por la «vida» cargando el peso de ese vacío, en medio del rigor y el desprecio! Sobre todo cuando el final de ese camino es una tumba sin nombre.

No debía haberle dicho la verdad, nos habíamos amado y yo debía haberle ofrendado para siempre mi mentira. Si para Zijun la verdad hubiera sido un tesoro en sí, el vacío no hubiera pesado tanto. Por supuesto, la mentira también es un vacío, pero nunca tan pesado como la verdad.

Creía que al decirle la verdad ella podía seguir adelante sin preocupaciones, resuelta, como cuando habíamos decidido vivir juntos. Me equivocaba. Su valentía y su audacia aquella vez habían sido por amor.

Yo no tenía el valor para soportar la carga de la hipocresía, y por eso había descargado sobre ella la carga de la verdad. Ella me había amado y ahora debía llevar esta carga, caminar por la «vida» en medio del rigor y las miradas frías.

Pensé en su muerte... Me vi claramente como el mezquino y el cobarde que era, como alguien a quien los fuertes (hipócritas u honestos) sólo podían despreciar. Ella, en cambio, hasta el final había seguido pensando en mi bien...

Debía abandonar el callejón de la Buenaventura, pues lo único que había ahí era ese vacío y esa soledad tan extraños. En cuanto dejara ese lugar, pensé, sería como si Zijun estuviera a mi lado; al menos, como si estuviéramos en la misma ciudad y pudiera venir un día, el menos pensado, a verme, como en la época del albergue provincial.

Todas mis cartas y pedidos fueron inútiles, y como último recurso decidí sondear una relación con la que no tenía trato hacía mucho. Era un amigo de infancia de mi tío, compañero de escuela, funcionario de carrera famoso por su conocimiento de los clásicos. Vivía hacía largo tiempo en la capital y conocía a todo el mundo.

Sin duda a causa de mi aspecto andrajoso, en la puerta misma me choqué con la mirada desdeñosa del portero. Logré verlo, después de mucho insistir, pero me saludó con distancia. Estaba al tanto de todo nuestro pasado.

—Por supuesto, tampoco puedes quedarte aquí —dijo fríamente, luego de escucharme pedirle que me encontrara algo que hacer en otro lugar—, ¿A dónde entonces? Es muy difícil. Tu... cómo llamarla, tu amiga digamos, Zijun, imagino que ya lo sabrás, murió.

Me quedé mudo.

—¿Es cierto? —pregunté por fin, sin pensar.

—Ja. Por supuesto que es verdad. Mi criado Wangsheng es de la misma aldea que su familia.

—Pero, ¿cómo murió?

—Quién sabe. En todo caso está muerta y punto.

Ya no recuerdo cómo me despedí de él y volví a mi casa. Sabía que no mentía. Zijun ya no podría volver, como el año pasado. Ya no podía, aunque quisiera, cargar el peso del vacío en medio del rigor y el desprecio. Su destino había sido morir en medio de la verdad que yo le había ofrecido, en medio de un mundo sin amor.

No podía quedarme ahí, evidentemente. ¿Pero entonces a dónde ir?

Alrededor mío había un vacío extenso y un sombrío silencio. Muerta en la oscuridad de esas miradas sin amor; me parecía verla, me parecía escucharla, peleando contra la desesperanza y la angustia.

Todavía esperaba que algo nuevo pasara, algo sin nombre, inesperado. Pero día tras día, sólo llegaba ese silencio lúgubre.

Casi no salía ya de casa, permanecía sentado o acostado en medio del vacío, dejando que el silencio me corrojera por dentro. Ese silencio a veces temblaba, a veces retrocedía, de manera que en medio de la desesperanza brillaba de repente la espera de lo nuevo, de lo sin nombre, de lo imprevisible.

Era una tarde gris, el sol aún no podía forzar su camino a través de las nubes y el aire mismo parecía agobiado. El ruido de pequeños pasos y el jadeo de una respiración me hicieron abrir los ojos. Miré alrededor, el cuarto seguía vacío. Pero al bajar la vista al suelo vi un animal muy pequeño, escuálido, medio muerto y cubierto de polvo.

Al mirar mejor, mi corazón se detuvo un instante, antes de comenzar a latir aceleradamente.

Era Ah Sui. Había vuelto.

Dejé la casa del callejón de la Buenaventura no sólo por las miradas desdeñosas de los dueños y de su criada, sino también por este perro. ¿Pero a dónde podía ir? Los caminos de la vida, naturalmente, eran muchos, yo lo sabía bien, y por momentos aún podía vislumbrarlos vagamente, me parecía que estaban ahí delante, sólo que no sabía cómo dar el primer paso.

Después de mucho pensar decidí que el albergue provincial era el único lugar donde aún había cabida para mí. La misma habitación abandonada, la misma cama de madera, la misma acacia medio seca y la misma glicina, pero todo lo que antes me había dado esperanza, alegría, amor y vida, todo eso ya no estaba, sólo quedaba un vacío, la existencia vacía que había trocado a cambio de la verdad.

Todavía hay muchos caminos posibles, debo encontrarlos, porque todavía estoy vivo, pero sigo sin saber cómo dar el primer paso. A veces ese camino se me aparece como una larga serpiente gris, que viene reptando veloz hacia mí. Yo espero, espero, viéndola acercarse, hasta que de repente desaparece en la oscuridad.

Las noches de comienzo de primavera son largas. Sentado, durante horas, sin hacer nada, pienso en una procesión fúnebre que vi en la calle por la mañana. Adelante, las figuras y caballos de papel; detrás, el sollozo tan parecido a un canto. Qué inteligentes son, me doy cuenta ahora: ¡qué sencillo y liviano todo!

Pero el funeral de Zijun aparece frente a mis ojos: la veo cargando sola el peso del vacío, avanzando por un largo camino gris, para desaparecer en seguida en medio del rigor y las miradas frías.

Me gustaría que existiera lo que llaman el alma, que existiera lo que llaman infierno. Si algo así existe voy a encontrar a Zijun, en medio de la tormenta infernal, para decirle cara a cara mi dolor y mi arrepentimiento, para suplicar su perdón. Y si no, que las llamas envenenadas del infierno me rodeen y que el fuego violento consuma ese dolor y ese arrepentimiento.

Voy a abrazar a Zijun en medio del viento maldito y las llamas envenenadas, a mendigar su comprensión, quizás traerle un alivio...

Pero todo esto es más vacío aún que el camino imaginado. Ahora lo que resta son las noches de comienzos de primavera, largas noches. Estoy vivo, y debo abrirme camino hacia una vida nueva, escribir mi dolor y mi arrepentimiento, ese es el primer paso. Por Zijun, por mí mismo.

Sólo me queda un sollozo parecido a un canto, para despedir y enterrar a Zijun, para enterrarla en el olvido.

Quiero olvidar. Por mí mismo, y no quiero pensar más en este olvido con el que enterré a Zijun.

Quiero dar el primer paso hacia una vida nueva. Voy a esconder la verdad debajo de la herida, bien profundo, y voy avanzar en silencio, haciendo de la mentira y del olvido mis guías.

21 de octubre de 1925

III. Coda

El señor Fujino

Así que eso era Tokyo. Los cerezos brillantes del parque Ueno desde lejos parecían como una leve nube rosada, pero bajo las flores nunca faltaban los nutridos grupos de «estudiantes del Imperio Qing» de los cursos acelerados, con su larga trenza enrollada sobre la cabeza encima de la cual flotaba el sombrero reglamentario, formando una especie de Monte Fuji. También estaban los que se deshacían la trenza y se aplastaban el pelo, se quitaban el gorro y con el cabello lustroso como un espejo se hacían un rodete igual al de una muchacha, y movían la cabeza de un lado a otro. Una preciosura...

En la portería del albergue de los estudiantes chinos había algunos libros en venta y valía la pena darse una vuelta de vez en cuando; por la tarde uno podía sentarse un rato en las habitaciones de estilo occidental que había adentro. Pero hacia el atardecer, el piso de uno de los cuartos se ponía a retumbar de una manera pasmosa, mientras el ambiente se llenaba de polvo. Le pregunté a uno que parecía al tanto de todo; me respondió que «los estudiantes estaban en clase de baile».

¿Por qué no ir a otro lugar a ver qué tal?

Así que me fui a la Escuela de Medicina de la Universidad de Sendai. Partí de Tokyo y al rato llegué a una posta donde se leía el nombre Nippori. No sé por qué me acuerdo hasta el día de hoy de ese nombre. De lo que me acuerdo en segundo lugar es de la ciudad Mito, pues ahí fue donde murió exiliado Zhu Yaoshui, fiel a la depuesta dinastía Ming. Sendai es un pueblo no demasiado grande. En invierno el frío era duro y todavía no había estudiantes chinos.

Sucede casi siempre que lo escaso se vuelve precioso. Al repollo de Pekín, transportado hasta Zhejiang y colgado en el frente de una frutería con un hilo rojo alrededor del tallo, se lo venera como «Repollo de Shandong»; el aloe silvestre de Fujian, al llegar a Pekín es gentilmente introducido en un invernadero y rebautizado con el bello nombre de «Orquídea de la lengua del dragón». En Sendai yo recibí un tratamiento semejante; no sólo no pagaba la universidad, sino que incluso tenía empleados de la universidad que se

ocupaban de mi alojamiento y comida. Primero viví en un albergue ubicado junto a la prisión. Era el principio del invierno y ya estaba haciendo frío, pero todavía había cantidad de mosquitos, así que al tiempo empecé a cubrirme el cuerpo entero con una manta y la cabeza con una prenda, dejando libre solamente los dos orificios de la nariz para poder respirar. Por este punto del que salía y entraba aire sin pausa los mosquitos no tenían manera de meterse, y podía dormir tranquilo. La comida tampoco estaba mal. Pero a un señor se le ocurrió que, puesto que aquí preparaban también la comida de los presos, no era un buen lugar para que viviera. Lo repitió y lo repitió, y aunque a mí me parecía que el hecho de que el albergue preparara la comida de los presos no tenía nada que ver conmigo, siempre es difícil rechazar las buenas intenciones, así que tuve que buscarme otro lugar. Me mudé a otro albergue, lejos de la prisión, aunque desafortunadamente tenía que tomar todos los días una intragable sopa de taro.

Desde entonces conocí a muchas otras personas y escuché muchas materias nuevas. La clase de anatomía era dada por dos profesores y comenzaba por la osteología. El que entró esa vez era un señor delgado y de rostro oscuro, bigote en forma de manubrio, anteojos, una pila de libros grandes y chicos bajo el brazo. Apoyó los libros sobre la plataforma y comenzó a presentarse, con una voz lenta y cadenciosa:

—Me llamo Genkuro Fujino...

En el fondo de la clase varios empezaron a reírse. Luego comenzó a hablar de la historia de la anatomía en Japón: esos libros grandes y pequeños eran todo lo que se había publicado hasta entonces sobre el tema. Los más antiguos estaban encuadernados en forma tradicional, y otros eran copias en grabado de traducciones chinas, lo que quería decir que no habían empezado a traducir e investigar la nueva medicina antes que China.

Los que se reían eran estudiantes que no habían pasado el año anterior y ahora debían repetir; como ya llevaban un año en la universidad, conocían todas las anécdotas. Les contaban a los estudiantes nuevos la historia de cada profesor. Al parecer este señor Fujino era algo desaliñado en el vestir, a veces incluso se olvidaba de ponerse el moño; en invierno llevaba un abrigo viejo, temblaba de frío, y una vez, al subirse al tren, el guarda lo había confundido con un ladrón y había advertido a los pasajeros que tuvieran cuidado. Lo que contaban tal vez era verdad, pues una vez lo vi dar clase sin el moño.

Una semana después, debía ser un sábado, mandó a su ayudante a buscarme. Al llegar al laboratorio, lo encontré sentado entre un esqueleto y

muchas calaveras, pues en ese momento estaba investigando el cráneo y más tarde publicaría un artículo en la revista de la universidad.

—¿Consigues tomar apuntes de mis clases? —me preguntó.

—Un poco.

—Déjame ver.

Le di los apuntes que había hecho, él se los quedó y al segundo o tercer día me los devolvió, diciéndome que de ahora en más debía entregárselos cada semana para que él los revisara. Cuando abrí el cuaderno me quedé atónito, sintiendo una mezcla de gratitud y desconcierto. Me había corregido de principio a fin los apuntes con un marcador rojo, no sólo agregando partes que se me habían escapado, sino también marcándome los errores de gramática. Continuó de esa forma hasta completar sus clases: osteología, angiografía, neurología.

Es una pena que en ese entonces yo fuera un alumno poco aplicado, y a veces algo caprichoso. Me acuerdo de que una vez Fujino me llamó a su laboratorio, sacó un dibujo que había entre mis apuntes, era el sistema de las venas del antebrazo, y señalándolo me dijo con un tono afable:

—Mira, estas venas las moviste un poco. Naturalmente, al hacerlo así se ve mucho mejor, pero la anatomía no tiene nada que ver con las bellas artes, las cosas son de una forma, no podemos cambiarlas. Ahora te lo corregí, pero en el futuro fíjate de dibujar de acuerdo a lo que ves en el pizarrón.

Pero yo, sin dar el brazo a torcer, aunque había asentido con la boca pensé para mí: «Mi dibujo no está nada mal. Y en cuanto a la forma real, por supuesto que tengo la imagen en mi mente».

Cuando terminaron los exámenes de ese año fui a Tokyo a pasar el verano y volví a la universidad recién a comienzos del otoño; las notas ya habían sido publicadas hacía rato, yo figuraba en el pelotón del medio entre más de cien compañeros; al menos no había reprobado. Esta vez las clases que daba Fujino eran de anatomía práctica y anatomía topográfica.

Luego de una semana de anatomía práctica, me mandó a llamar de nuevo; alegremente, pero con un tono cadencioso me dijo:

—Como escuché decir que los chinos tienen un gran respeto por los fantasmas, estaba un poco preocupado, temía que te negaras a abrir un cadáver. Ahora estoy tranquilo, veo que no hay ningún problema.

Pero también hubo una vez en que, sin darse cuenta, me puso en una situación incómoda. Había escuchado que las mujeres chinas se envolvían los pies, pero no sabía los detalles, así que me preguntó cómo se realizaba, de qué manera se deformaba el hueso, mientras suspiraba:

—Supongo que hay que verlo para entenderlo. ¿Pero cómo puede ser?

Un día, los secretarios de la asociación de estudiantes de ese año vinieron a buscarme a mi cuarto. Querían ver mis apuntes. Yo los busqué y se los entregué, pero ellos sólo los hojearon un poco y me los devolvieron. Apenas se fueron, el cartero me entregó una carta larguísima. La abrí. La primera frase era: «Arrepiéntete».

Era una cita del Nuevo Testamento, pero pasada a través de Tolstoi. En ese momento, en ocasión de la guerra ruso-japonesa, el viejo Tolstoi había escrito al zar de Rusia y al emperador de Japón una carta que comenzaba por esa frase. En los medios japoneses se había repudiado su atrevimiento, la juventud nacionalista también se había mostrado airada, pero inconscientemente habían sido influidos por Tolstoi. El resto de la carta, resumiendo, decía que el profesor Fujino había marcado en mis apuntes el tema del examen de anatomía del año anterior, por lo cual yo lo sabía de antemano; sólo de esa forma había podido obtener esa nota. La carta era anónima.

En el momento recordé un hecho de unos días antes. En el pizarrón habían escrito el anuncio de una reunión de estudiantes de mi grado, y la última frase decía: «Todos los estudiantes deben asistir. Se ruega no filtrar...», y al lado de la palabra «filtrar» habían agregado una X. En el momento la X me pareció rara pero no pensé nada, sólo ahora me di cuenta de que esa palabra apuntaba irónicamente hacia mí, sugiriendo que había obtenido una «filtración» por parte de un profesor.

Inmediatamente le conté lo sucedido al señor Fujino. Algunos estudiantes, con los que tenía una relación muy cercana, también se indignaron y fuimos juntos a denunciar el descaro de los secretarios, que habían utilizado una excusa cualquiera para revisar mis cosas, y exigimos que se publicaran los resultados de su inspección. Finalmente el rumor desapareció, pero los secretarios hicieron lo imposible para recuperar la carta anónima. El resultado fue que terminé devolviéndoles esa carta escrita a la manera de Tolstoi.

China es un país débil, ergo todos los chinos son incapaces y no está dentro de sus posibilidades obtener una nota superior a 60: era normal que sospecharan. Pero al poco tiempo el destino quiso que asistiera a la ejecución de un chino. En segundo año se agregaba al programa la micología, y para mostrar la forma de las bacterias se proyectaban diapositivas: cada vez que se acababa la proyección pero todavía no había terminado la hora de clase, solían pasar imágenes con noticias de la época, que naturalmente eran sobre la victoria japonesa en la guerra contra Rusia. Pero, inesperadamente, esta vez

una de las imágenes mostraba también a un chino: era un espía del ejército ruso, que los japoneses habían atrapado y estaban por ejecutar; alrededor, mirando, había también una multitud de chinos; y en el auditorio, a su vez, estaba yo.

—¡Viva, viva! —todos empezaron a aplaudir y a gritar.

Este vocerío era habitual durante las proyecciones, pero en mis oídos sonó especialmente hiriente. Más tarde cuando volví a China tuve ocasión de ver a esos hombres que, sin nada que hacer, se dedican a mirar la ejecución de un prisionero, y vitorean como borrachos. ¡Y no hay nada que uno pueda hacer! Pero en ese momento, en ese lugar, mi forma de ver las cosas cambió.

Cuando terminó el segundo año fui a buscar al señor Fujino y le dije que no iba a seguir mis estudios de medicina y que iba a dejar Sendai. En su cara creí ver un dejo de tristeza, pareció a punto de decir algo, pero al final no lo hizo.

—Quiero estudiar biología, todo lo que usted me ha enseñado me servirá —de hecho, yo no tenía pensado en absoluto estudiar biología, pero al ver su tristeza se me ocurrió esa mentira para consolarlo.

—Me temo que la anatomía que se estudia en medicina no sirve de mucho en biología —suspiró.

Unos días antes de irme me pidió que fuera a su casa y me dio un retrato suyo. Atrás había escrito dos caracteres: «Apena despedirse». Dijo también que deseaba que le regalara un retrato mío. Pero yo no tenía ninguno en ese momento; me exhortó a que me sacara una foto y se la enviara, y que le escribiera de vez en cuando contándole mi situación en el futuro.

Luego de abandonar Sendai, durante años nunca me saqué fotos, y como mi situación dejaba mucho que desear y mis noticias sólo habrían logrado abatirlo, nunca me atreví siquiera a escribirle. Y cuando han pasado demasiados años, las palabras se hacen aun más difíciles, así que por más que a veces tenía ganas de escribirle, me costaba poner manos a la obra, y así seguí hasta hoy, de manera que al fin no le he enviado ni una carta ni una foto. Desde su lado debe verse como si me hubiera esfumado totalmente.

Pero de alguna manera siempre me acuerdo de él: de todos los maestros que tuve es aquel por el que siento mayor gratitud, aquel que más me alentó. Incluso con frecuencia pienso: la esperanza entusiasta que puso en mí y su enseñanza incansable eran, al fin y al cabo, por China, porque deseaba que China pudiera tener una nueva medicina; en un sentido más amplio, era por la ciencia, y porque deseaba que la medicina nueva pudiera difundirse en China.

Por eso, aunque su nombre no sea conocido por muchos, en mi mente se aparece como una figura enorme.

Más tarde los apuntes que me corrigió los hice encuadernar en tres volúmenes gruesos, y los guardé, pensando convertirlos en un souvenir duradero. Pero desafortunadamente, hace siete años, durante una mudanza, una valija se rompió en medio del camino y la mitad de los libros que contenía se perdieron, entre ellos los apuntes. Mandé a alguien a buscarlos al departamento de mudanzas, pero no hubo respuesta. Sólo su retrato permanece todavía colgado en la pared Este de mi casa de Pekín, frente al escritorio. Cada vez que estoy fatigado, por la noche, y tengo ganas de haraganear, levanto la vista y miro a la luz de la lámpara su rostro oscuro y flaco, como si estuviera a punto de hablar con su lenta cadencia, y de repente recupero mi ánimo, con el coraje redoblado: enciendo un cigarrillo y sigo escribiendo estos textos que los «caballeros probos» tanto detestan.

12 de octubre

Elogio de la noche

Los amantes de la noche no son sólo los solitarios: también están los indolentes, los hombres fuera de combate, los que odian la luz del día. Las palabras y la conducta de las personas suelen diferir radicalmente entre el día y la noche, bajo la luz del sol o la luz de la lámpara. La noche es el vestido denso y misterioso que la naturaleza teje para el día, cubriéndonos a todos por igual, proveyéndonos calor y paz. Sin darse cuenta cada uno de nosotros se quita poco a poco la máscara y las vestimentas, se deja envolver, desnudo, en esta especie de mortaja negra y sin fin.

Aunque la noche sea una, hay grados de luz y oscuridad dentro de ella. Está la luz tenue, está la penumbra crepuscular, la oscuridad en la que no vemos siquiera nuestra mano, la negrura primordial. Los amantes de la noche deben tener oídos para escucharla y ojos para verla, para ver la oscuridad aún desde adentro de la oscuridad. Dejando atrás las luces de la calle los caballeros entran a un cuarto oscuro y elongan sus cuerpos; los amantes, dándole la espalda a la luna, penetran en el follaje oscuro, cambiando súbitamente su expresión. La noche cae y destruye todas esas palabras que los señores y hombres de letras escribieron a plena luz del día sobre el papel brillante: textos altivos, textos de iluminados, textos agitados, rutilantes: sólo queda el aliento nocturno hecho de ruegos, complacencia y mentira, engaño, jactancia y falsedad, formando como un halo brillante y dorado, similar al que se ve en algunos cuadros budistas sobre las cabezas dotadas de un saber superior.

Los amantes de la noche, por tanto, aceptan la luz que les da la noche.

La muchacha moderna avanza bajo los postes de luz, enérgica y decidida sobre sus tacos altos, como si hubiera caminado sobre ellos toda su vida: sólo una gota de sudor, brillando en la punta de su nariz, la traiciona. Cuando la luz está por destruir sus pretensiones, la penumbra de una hilera de negocios cerrados le da cobijo; demora su carrera, respira, siente el alivio de la brisa nocturna.

Los amantes de la noche y las muchachas modernas, por ende, reciben igualmente los favores de la noche.

Cuando la noche se termina, las personas se levantan como nuevos y salen de sus casas. Después de las 5 o las 6 de la mañana, los esposos cambian radicalmente de aspecto, se muestran entusiastas y ruidosos. Pero detrás de las altas paredes, en el centro de los grandes edificios o en un boudoir profundo, en la prisión, en el claustro de clases, en el departamento secreto de gobierno, la noche verdadera e inquietante no se disipa.

La luz y el bullicio de ahora son el decorado de esta oscuridad, la cobertura brillante sobre la lata de carne, el maquillaje que cubre por un momento la mueca. Sólo la noche es verdadera. Porque amo la noche, en medio de la noche escribo este elogio de ella.

8 de junio de 1933



Lu Xun (también escrito Lu Hsün, aunque su nombre verdadero era Zhou Shuren o Chou Shu-jen) nació en 1881 en una familia de funcionarios del gobierno e intelectuales en Shaoxing, provincia de Zhejiang, al sur de Shanghai, en la costa este de China.

Durante el corrupto gobierno de la dinastía Ching, las potencias imperialistas dominaban China y le imponían tratados injustos; la clase dominante feudal china les concedía todo y reprimía al pueblo. Esto provocaba la ira y la rebelión de los chinos.

Desde niño, Lu Xun se identificó con los pobres. Acudía con su madre al campo, donde tenía contactos con niños campesinos cuya vida era muy diferente a la suya. Llegó a odiar a su propia clase y a solidarizarse de los campesinos.

De joven se matriculó en la Academia Naval de Jiangnan (1898-99) y en la Escuela de Ferrocarriles y Minas (1899-1902) en Nanjing. En 1902 fue a Japón para estudiar lengua y medicina en la escuela provincial de Sendai, igual que otros chinos progresistas, soñando en curar a los chinos que sufrían tantos malos tratos. *En época de guerra, sería médico militar y reforzaría la fe de mis compatriotas en la reforma.* Allí vio algo que le cambió la vida, como recuerda en el prefacio de su primera colección de cuentos, *Grito de llamada*:

Eran los días de la guerra ruso-japonesa y había numerosas películas sobre ella; cada vez que se exhibía una, yo debía aplaudir y gritar de entusiasmo, a la par que mis camaradas. Un día —hacía mucho tiempo que yo no veía a un compatriota— aparecieron chinos en la pantalla. Muchos. Uno de ellos estaba amarrado y se le mantenía en el centro, rodeado de los demás. Todos eran de cuerpo vigoroso, pero con un aire apático. De acuerdo con los subtítulos, el que estaba amarrado era un espía al servicio de los rusos; los japoneses iban a decapitarlo para que sirviera de ejemplo a los demás chinos y los que lo rodeaban estaban allí para gozar del grandioso espectáculo de la ejecución pública.

El año escolar no había terminado aún cuando ya me encontraba en Tokio, porque después de esa película, el estudio de la medicina me parecía de importancia muy secundaria. Si los ciudadanos de una nación ignorante y débil, aun tratándose de seres vigorosos y resplandecientes de salud, sólo son capaces de dejarse matar para servir de ejemplo a la multitud, o sólo sirven para ser espectadores de un espectáculo tan desprovisto de interés, bueno, dejarlos morir de enfermedad no es una gran desgracia, después de todo. Lo primero que había que hacer era cambiar el espíritu del pueblo y como en esa época yo pensaba que el mejor medio para influir en los espíritus era, por supuesto, la literatura y el arte, decidí iniciar un movimiento literario y artístico.

En 1906 dejó los estudios para dedicarse enteramente a la literatura. Decidió escribir en lugar de sanar porque —como él mismo dijo— un cuerpo vigoroso es inútil si el espíritu está enfermo. En 1909 regresó a China y entre 1910 y 1911 fue profesor en Shaoxing y luego funcionario del Ministerio de Educación en Beijing (Pekín) entre 1912 y 1926. También trabajó como instructor de literatura china en la Universidad Nacional de Beijing entre 1920 y 1926, e impartió clases en la Universidad de Xiamen (1926) y en la de Canton (1927).

En 1911, una revolución democrático-burguesa había derrocado la monarquía feudal. Sin embargo, como observó Mao, a la burguesía nacional, *como es débil económica y políticamente y no ha roto por completo sus lazos económicos con el imperialismo y feudalismo, le falta valor para llevar hasta el fin la lucha antimperialista y antifeudal*. Mucha gente tenía grandes expectativas en la revolución de 1911; sin embargo, al ver cómo se comportó la burguesía nacional al tener el poder, los jóvenes radicales como Lu Xun

entendieron que hacía falta una revolución mucho más profunda para liberar a China del feudalismo y del imperialismo.

La revolución rusa de octubre de 1917 sobresaltó a los capitalistas e inspiró a los oprimidos del mundo entero, entre ellos Lu Xun, a pesar de que aún no era marxista. Describió así a los revolucionarios de Rusia: *Sacrifican todo por sus queridos ideales... hacen añicos las armas del enemigo con sus huesos y extinguen las llamas del fuego con su sangre. Cuando se desvanezcan el fulgor de la espada y el resplandor del fuego, ellos verán el primer vislumbre del alba, el alba de una nueva época.*

Ya antes de la revolución rusa, un reducido pero creciente número de intelectuales y estudiantes chinos abrazaron el marxismo. En 1912, uno de los primeros impulsores del comunismo en China, Li Dazhao, empezó a escribir ensayos marxistas y a traducir obras de Marx y Lenin, lo que impulsó una nueva tendencia política proletaria. Las sociedades estudiantiles organizaron centros para distribuir literatura marxista, entre ellas la Nueva Sociedad Popular para el Estudio, formada por Mao.

Todo eso ejerció una profunda influencia en la juventud china. El Movimiento 4 de Mayo nació en 1919, cuando los estudiantes protestaron en Beijing (Pekín) contra el Tratado de Versalles, y exigieron independencia nacional, democracia, reforma del idioma, enseñanza de ciencias y una ruptura con la filosofía y superstición confucianista.

Lu Xun atacó el confucianismo como una moral opresiva e hipócrita que encubría la explotación, la injusticia, la desigualdad, la pasividad y el conformismo. Confucio, que vivió 500 años antes de nuestra era, acentuó la obligación de obediencia a la autoridad, propagó la sumisión del individuo al gobierno, a la familia y a los ancianos, así como la aceptación incuestionable de la tradición.

Lo mismo que en Rusia, ya antes de la revolución, los escritores progresistas chinos lucharon por simplificar el complejo alfabeto para poder alfabetizar a las masas, ya que únicamente era comprendido por un reducido grupo de especialistas. Pero esto sólo no bastaba. El lenguaje literario tradicional también era incomprensible para las masas y Lu Xun es el primer escritor que utilizó el lenguaje popular (baihua) en sus escritos, hasta entonces despreciado por los intelectuales.

Más tarde, Mao escribió que el Movimiento 4 de Mayo fue la línea divisoria entre la *vieja democracia* y la *nueva democracia* en China. Antes, los

intelectuales burgueses y pequeño-burgueses constituían la fuerza política dirigente de la revolución democrático-burguesa de *viejo tipo* en China. Después del 4 de mayo, dijo Mao, el proletariado tomó la dirección de la revolución de *nueva democracia*. Lu Xun fue una importante figura de dicho movimiento.

Mao describió el importante papel de Lu Xun en la formación de una nueva cultura revolucionaria, como parte del Movimiento 4 de Mayo: *Pero, a partir del Movimiento 4 de Mayo, las cosas cambiaron. Surgió en China una fuerza cultural fresca, totalmente nueva: la cultura e ideología comunistas, guiadas por los comunistas chinos, o sea, la concepción comunista del mundo y la teoría de la revolución social... Durante los últimos veinte años, a dondequiera que esta nueva fuerza cultural ha dirigido sus ataques, se ha producido una gran revolución tanto en el contenido ideológico como en la forma (por ejemplo, en la lengua escrita). Es tan imponente y poderosa que resulta invencible allí donde llega. La movilización que ha realizado tiene una amplitud sin paralelo en la historia de China. Y el más grande y valiente abanderado de esta nueva fuerza cultural ha sido Lu Xun.*

En 1918 se lanzó la nueva revista estudiantil *Hsin Chingnien* (Nueva Corriente) en la que Lu Xun publicó su famoso cuento *Diario de un loco*, que deliberadamente tomó su título de la obra del ruso Nicolás Gogol. Este relato narra en primera persona las impresiones de un hombre que cree estar prisionero de unos caníbales para criticar la cultura tradicional confuciana. En los caníbales está la naturaleza opresiva de la tradición como sociedad *antropófaga*. Era la primera narración de estilo occidental en China, escrita en un estilo claro y sencillo. El giro de Lu Xun ayudó a la aceptación del relato breve como vehículo literario eficaz, huyendo de la narración omnisciente tradicional y sustituyéndola por un solo narrador a través de cuyos ojos se filtra la historia.

La revista *Hsin Chingnien* inició la revolución intelectual china con tres criterios: espíritu analítico, pensamiento científico y lenguaje popular. Salieron otras revistas de este nuevo movimiento literario, entre ellas Nueva Juventud, con la cual colaboraba Lu Xun. Estas revistas atacaron todas las cadenas sociales del tradicionalismo: la vieja literatura, la vieja ética, las viejas relaciones humanas, y el confucianismo como filosofía opresiva y feudal dominante.

Contribuyó a divulgar del arte progresista del extranjero, como por ejemplo Franz Masereel y Käthe Kollwitz, y al mismo tiempo a reelaborar el arte

chino tradicional. Esto tuvo una influencia importante en los carteles de la propaganda producidos más adelante por el Partido Comunista, especialmente durante la revolución cultural.

Los intelectuales jóvenes ponían en ridículo las viejas costumbres y la mentalidad tradicional, como la lealtad personal al gobierno, el patriarcado, la superstición, las distintas reglas de castidad para el hombre y la mujer y, especialmente, el dominio de los monarcas y los señores de la guerra. Exigieron una crítica de las obras clásicas y la creación de una nueva literatura.

Un movimiento utópico japonés llamado *Atarashiki Mura (Nuevo Pueblo)*, fundado por Mushakoji Saneatsu, atrajo a profesores y estudiantes chinos. En 1919, varios colaboradores de Nueva Juventud y Nueva Corriente, entre ellos Lu Xun, escribieron a favor del movimiento. *Atarashiki Mura* se basaba en la ayuda mutua y el humanitarismo, y sus miembros renunciaban a toda propiedad privada con el fin de cumplir con el ideal *de cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades*.

Un objetivo importante del Movimiento 4 de Mayo era la emancipación de la mujer, que ni siquiera era ciudadana independiente en la sociedad feudal. No se le permitía heredar propiedades, y tenía que ser pasiva y obediente al hombre. Era común ahogar a las recién nacidas, pues las hijas se consideraban una carga. La ley permitía al hombre tener concubinas (esposas *secundarias*) en la casa; de hecho eso se consideraba apropiado en los círculos intelectuales. Si bien en la historia china surgieron poetisas y pintoras, imperaba el proverbio: *La falta de estudios honra la virtud de la mujer*.

En *El sacrificio del Año Nuevo*, escrita en 1924, Lu Xun retrata la postración de las mujeres en China. El Movimiento 4 de Mayo denunciaba la opresión de la mujer y promovía nuevos ideales de la familia y la posición de la mujer. Pedía guarderías para el cuidado de los niños y organización cooperativa de los quehaceres de la casa, con el fin de liberarla de esa carga. Apoyaba y albergaba a las mujeres que luchaban para educarse o liberarse de una situación opresiva o de un matrimonio a la fuerza.

Durante ese tiempo, el gobierno restringía severamente la libertad de expresión. En cualquier momento decretaba estado de emergencia y suspendía la libertad de expresión, reunión, y desplazamiento. La policía tenía autoridad para controlar todas las asociaciones políticas y sociales, y sus publicaciones. A las mujeres se les prohibía participar en todo grupo o

reunión política. También se prohibía incitar a los trabajadores a romper un contrato, declararse en huelga, pedir aumentos, *dañar las buenas costumbres, corromper la moral social y dañar el bienestar local*. La policía debía aprobar toda publicación antes de ser difundida. En esas condiciones, los escritores radicales como Lu Xun lanzaron las nuevas revistas, desafiando y burlando a los censores.

En *La verdadera historia de Ah Q*, escrita entre 1921 y 1922, Lu Xun describe a un campesino ignorante que padece una serie de humillaciones y finalmente es ejecutado durante la revolución de 1911, poniendo de manifiesto el elitismo de esa revolución y la necesidad de atenerse a las realidades concretas que nos rodean para superarlas.

En su obra *Cómo decidí escribir cuentos* Lu Xun escribió:

Por supuesto, un escritor no puede dejar de tener su propio punto de vista. Por ejemplo, en cuanto a por qué escribo, sigo pensando como hace una docena de años, cuando pensaba que debía escribir para concientizar a mi pueblo, a la humanidad, para ayudarlos a mejorar. Odiaba la vieja costumbre de calificar la narrativa como *diversión* y me parecía que el *arte por el arte* era simplemente otra manera de decir pasar el tiempo. Por eso, mi tema eran los parias de esta sociedad anormal. Mi meta era mostrar la enfermedad para poder curarla.

Una obra posterior, *Ye Cao (Hierba salvaje)*, escrita en 1926, es una colección de poemas en prosa donde Lu Xun describe sus impresiones sobre la lucha contra el imperialismo y los señores de la guerra que asolaban y dividían el país. En sus obras insistió en denunciar ferozmente la dominación imperialista de China y a los lacayos chinos. Muchas autoridades y comerciantes extranjeros exigían tratados a su favor, pretextando que las leyes y costumbres tradicionales de China eran arcaicas. Pero al mismo tiempo apuntalaban a los conservadores contra el movimiento progresista porque querían proteger sus intereses en China.

Escribió que las fuerzas imperialistas querían someter a China con un cuchillo invisible, tajando para sí grandes zonas de las ciudades, o concesiones, donde gozaban de privilegios económicos y políticos especiales. *Casi todos los que elogian la vieja cultura china son los ricos que viven en las concesiones u otros lugares protegidos porque tienen dinero y no sufren en las guerras civiles.*

Hablando de la cultura y las viejas tradiciones feudales reaccionarias, Lu Xun dijo: *En la cultura china uno está al servicio de su amo, quien ha triunfado a costa de la miseria de las masas. Los que alaban la cultura china, sean chinos o extranjeros, se creen miembros de la clase dominante... Los adeptos de la vieja literatura tienen una técnica favorita. Cuando se presenta una nueva idea, dicen «herejía» y hacen todo lo posible para destruirla. Si por medio de la lucha y a pesar de sus esfuerzos esa idea se impone, de repente se dan cuenta de que «es lo mismo que nos enseñó Confucio». Se oponen a todo lo extranjero, con el argumento de que es para «convertir a los chinos en bárbaros». Pero cuando esos bárbaros toman las riendas, se dan cuenta de que ellos también son descendientes del Emperador Amarillo.*

Manejaba con maestría la sátira, la ironía y el humor para desenmascarar la vieja sociedad, y la manera en que las propias masas populares aceptaban y reforzaban las tradiciones opresivas. Declaró orgulloso que escribió sus obras *como me mandaban. Pero no era ningún emperador quien me mandaba, ni el dólar dorado, ni la espada, sino la vanguardia revolucionaria, por lo que obedecía con gusto.*

En 1926, cuando el gobierno de un señor de la guerra del norte de China asesinó brutalmente a unos estudiantes progresistas, Lu Xun observó: *Los que se dejan atrapar por una existencia innoble tendrán un punto de vista indiferente hacia la esperanza en medio de las manchas de sangre, pero los auténticos luchadores avanzarán con más resolución.* Cuando en el sur del país estalló la revolución, sus esperanzas revivieron y fue a Guangzho (Cantón), entonces centro de las fuerzas revolucionarias.

En 1926 fue forzado por el gobierno a abandonar Fujian debido a su apoyo al movimiento patriótico de los estudiantes de Beijing. Pasó a enseñar en la universidad de Xiamen y en 1927 pasó a la universidad de Sun Yat-sen en Guangzhou, pero dimitió de su cargo.

Durante varios años el Partido Comunista de China había colaborado con el gobierno nacionalista Kuomintang de Chiang Kai-shek. Pero el 12 de abril de 1927, el general Chiang Kai-shek traicionó la revolución con un golpe de estado, y ordenó una masacre masiva de comunistas y masas revolucionarias. En la provincia de Guangdong, Lu Xun vio *a los jóvenes divididos en dos grandes campos... Muchas veces los que asesinaban a los jóvenes también eran jóvenes, a quienes no les importaba nada destruir la vida o la juventud, la cual no vuelve a existir.* Escribió: *Antes creía en la evolución; estaba seguro de que el futuro sería mejor que el pasado y lo nuevo mejor que lo*

viejo. La guerra civil hizo añicos su *viejo modo de pensar*. Pero la firmeza e intrepidez de los comunistas ante la muerte le dio esperanzas sobre la nación y la revolución.

En 1927 fue a Shanghai; estaba entusiasmado por estudiar el marxismo. Bajo el régimen reaccionario del Kuomintang, a uno lo echaban a la cárcel por el simple hecho de leer un libro con portada roja. Era muy peligroso tener libros de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Por eso Lu Xun halló la manera de estudiar el marxismo-leninismo sin que el enemigo se diera cuenta. Con tales propósitos, un amigo japonés le ayudó a alquilar un apartamento y, para despistar a la policía, puso su nombre, *Uchiyama Kanzo*, en la puerta.

En 1931, el Kuomintang intensificó su campaña contra el combativo movimiento cultural de izquierda: prohibió libros, censuró escritores, cerró librerías e impuso leyes de publicación represivas. Arrestó y ejecutó a escritores izquierdistas. Fueron tiempos difíciles y peligrosos, pero Lu Xun continuó su estudio de las obras marxista-leninistas para analizar la situación y dirigir la lucha.

En 1933, Uchiyama Kanzo le ayudó a Lu Xun a alquilar otra habitación bajo el nombre de *Kamada Seiichi*, otro amigo japonés que trabajaba en una librería. Como precaución, Lu Xun puso una tabla con un letrero en la puerta que decía *Kamada Seiichi*. En esa habitación clandestina de lectura, Lu Xun guardaba centenares de los libros que tanto valoraba, por ejemplo, las obras de Marx, Engels, Lenin y Stalin. También tenía postales y retratos de Marx, Engels, Lenin y de la Comuna de París.

Lu Xun estudiaba en su habitación clandestina, a veces hasta la madrugada. Eran días crueles y sangrientos; sin embargo, Lu Xun extrajo una gran fortaleza de las obras de Marx y Lenin. Dijo: *El marxismo es la filosofía más maravillosa. Podemos entender aquellos problemas que antes nos confundían a través del análisis marxista.*

Lu Xun sabía que en cualquier momento lo podrían hallar y estaba preparado: los libros podían ocultarse fácilmente en un momento. No importaba cuán terrible fuera la situación o cuán difícil fuera la lucha: a donde iba Lu Xun llevaba sus libros. Poco antes de morir declaró: *Mientras me quede vida, continuaré estudiando.*

Durante varios años leyó todos los libros sobre marxismo que conseguía y tradujo muchos al chino. Dijo: *Leía prácticamente todo el tiempo.* Se armó con el marxismo para analizar su propio modo de pensar. Comparó sus

traducciones con el mito griego de Prometeo, quien se robó el fuego para la humanidad: *Estoy robando el fuego a otro país para cocinar mi propia carne. Si así tiene mejor sabor, beneficiará a los que la comen y no se desperdiciará.*

A pesar de que lo calumniaron escritores de toda índole, Lu Xun nunca dejó de escribir y militar por la revolución; al contrario, avanzó con más osadía. Como dijo: *Un revolucionario no tiene miedo de criticarse. Como se conoce muy bien, se atreve a hablar abiertamente.*

En el *Prefacio a Dos corazones* se declaró abiertamente en pro de la causa del proletariado: *Y mi sempiterno machacar sobre mí mismo, el modo en que sigo «golpeándome la cabeza contra un muro» y mi conducta de babosa, como si todas las miserias del mundo se encontrasen encarnadas en mí, un chivo expiatorio para la humanidad, es una falta muy mala de los intelectuales de la clase media. Pero es verdad que aunque inicialmente simplemente odié a mi propia clase que conocía tan bien, y no sentí pena alguna ante su destrucción, luego los hechos me enseñaron que el futuro le pertenece únicamente al proletariado naciente.*

Habiendo lanzado su carrera literaria revolucionaria con el cuento, luego escogió como arma principal el ensayo corto. Ante la represión de la cultura revolucionaria y progresista por el Kuomintang y la intensa lucha en el mismo campo de la cultura, Lu Xun escribió cientos de ensayos que servían de ejemplo e inspiración para los nuevos combatientes culturales.

Manejando el humor y la sátira mordaz, retrató vivamente a una gran variedad de personajes típicos que le hacían los recados a los imperialistas y señores feudales: señores de la guerra crueles, reaccionarios sangrientos, como el Kuomintang, aduladores serviles de los extranjeros, falsos marxistas.

Sus ensayos expresaron tanto profundo odio y furia contra el enemigo como verde esperanza, ánimos para el pueblo y alegría por sus victorias. Algunas obras cortas expresan sus sentimientos; otras contienen argumentos teóricos. No se limitó a los géneros literarios conocidos; escogió muy variadas formas para expresar su arte y comunicar su mensaje: diario, cartas a los amigos, esbozos y fábulas.

Lu Xun dijo a un grupo de escritores jóvenes: *Si no hay cambios y si nosotros nos dejamos arrastrar por la corriente, no haremos ninguna contribución a nuestra época... Quizás no seamos capaces de dar voz a los cambios más cabales, pero eso no nos debe desanimar. Incluso si no podemos presentar*

todo el ámbito de esos cambios, por lo menos podemos mostrar un aspecto. Los edificios más enormes están hechos de tablones y de ladrillos. ¿Por qué no podemos ser un tablón o un ladrillo?

En 1930, en medio de una gran controversia alrededor del nuevo movimiento literario, Lu Xun y otros 50 escritores fundaron la Liga de Escritores Chinos de Izquierda, una organización del frente único. La Liga atacaba al gobierno del Kuomintang, ponía en ridículo a los defensores del arte y la literatura tradicionales, criticaba a la escuela de escritores que imitaban servilmente la cultura burguesa occidental, y popularizaba literatura revolucionaria soviética y programas de la izquierda.

Lu Xun, que se hizo comunista a comienzos de los años 30 (después de establecerse como uno de los líderes de la revolución literaria), llegó a ser el más famoso representante de la Liga. El gobierno no vaciló en atacarla y acosarla duramente.

De agosto a octubre de 1930, los periódicos de Shanghai informaron del asesinato de más de 100 000 comunistas y progresistas. Para sacar a la luz pública el asesinato de escritores revolucionarios, Lu Xun escribió el artículo *Las condiciones actuales del arte en la China tenebrosa* y lo mandó a publicar en el extranjero. Los amigos le aconsejaron que no lo firmara, temiendo que lo mataran, pero les contestó: *Estas palabras se deben decir. Llénenlo a publicar y punto.*

Vigilado por la policía, Lu Xun llevaba una vida semiclandestina y frecuentemente desaparecía. Escribió bajo más de 130 seudónimos. Luchó para fortalecer los lazos entre la literatura y la revolución, y declaró con orgullo sus simpatías a la revolución dirigida por Mao. Dijo: *Para pintar una imagen de la revolución, uno tiene que ser revolucionario... ¡Cuántas veces he oído la palabra «revolución»! En Jiangsu y Zhejiang hablan de la revolución. Los que oyen la palabra tienen miedo. Los que la pronuncian corren grandes riesgos. Pero la revolución no es una cosa tan extraña. Es con la revolución como se corrige la sociedad, como la humanidad avanza, como evolucionamos de los gusanos que fuimos una vez a seres humanos. Pasamos de la barbarie a la cultura; no hay momento histórico que no pertenezca a la revolución.*

Para Lu Xun, los revolucionarios podían emplear selectivamente las viejas formas del arte e infundirles nuevo contenido al servicio de la revolución, y así crear nuevas formas artísticas. El Partido Comunista de China más tarde

adoptó oficialmente la posición que Lu Xun explicó en un ensayo en 1934: *La tarea apropiada del artista progresista es trabajar para las masas y esforzarse por crear obras de arte fáciles de entender. Si empleamos viejas formas, por necesidad tendríamos que eliminar ciertas cosas y, por tanto, tendríamos que reemplazarlas con otras cosas. Como resultado surgirán nuevas formas, lo que en sí sería una transformación.*

En 1956, Mao afirmó: *El arte no puede desligarse de los hábitos, sentimientos y lenguaje del pueblo; no puede sustraerse a la evolución de la historia nacional... Será útil el intento de interrumpir las tradiciones. Pero es engorroso atenernos a una historia tan larga.*

Por un lado, Lu Xun y otros escritores revolucionarios rechazaron lo feudal y lo arcaico de la literatura tradicional; por otro lado, buscaron elementos positivos en el legado literario nacional y descubrieron poesía de protesta, narrativa popular, teatro, baladas y cuentos folclóricos. Una antigua tradición oral difundía cuentos y narraciones dramáticas desde hacía siglos. La nueva generación de escritores revolucionarios reconoció que esas obras literarias, creadas por la gente común y corriente, les podían servir de ejemplo para crear nuevas obras revolucionarias.

Existen muchos ejemplos del heroísmo de Lu Xun en sus últimos años de vida. Con otros compañeros, organizó la Liga en Defensa de los Derechos Civiles de China en 1933 y, como miembro ejecutivo del comité directivo, logró ayudar a muchos revolucionarios encarcelados. Un dirigente de la Liga fue asesinado por un agente especial del Kuomintang, el cual buscaba también a Lu Xun, y muchos le aconsejaron esconderse. Sin embargo, asistió al entierro de su camarada y declaró desafiante en *Un lamento por Yang Chuan*:

Quién pensara que tendría que derramar
estas lágrimas como lluvias del sur
por ¡otro hijo del pueblo!

Después de la invasión japonesa del norte de China en 1931, Mao llamó a formar un frente único para combatirla. Lu Xun fue uno de los primeros en responder, promoviendo la iniciativa y escribiendo en su favor. Lu Xun estimaba mucho y seguía a Mao. Cuando se enteró de que el Ejército Rojo había concluido la Larga Marcha para llegar al norte de Shenxi en 1935,

mandó un telegrama secreto felicitando al Partido Comunista de China y a Mao: *El futuro de la humanidad y de China está depositado en ustedes.*

Dentro del Partido surgió una aguda lucha sobre cómo responder a la invasión japonesa. Un dirigente, Wang Ming, promovió una línea oportunista de capitular al gobierno reaccionario de Chiang Kai-Shek y del Kuomintang, bajo el lema de *un gobierno de defensa nacional*. Lo respaldó Zhou Yang, secretario general de la Liga de Escritores Chinos de Izquierda. Así, la lucha ideológica del partido se extendió al campo del arte y la literatura. Sus seguidores fomentaban *una literatura de defensa nacional*, pero Lu Xun lo calificó de *burócrata y funcionario de la literatura* y lanzó la consigna, *Literatura popular para la guerra nacional revolucionaria*.

Durante su último año de vida, sufrió una tuberculosis avanzada, pero le daban gran satisfacción sus charlas con los revolucionarios jóvenes sobre la Larga Marcha, la política de frente único de Mao y la victoria del Ejército Rojo en Shenxi. Aunque no podía ingresar en el Ejército Rojo, decía: *Por lo menos soy capaz luchar en sus filas, armado con una pluma.*

En las *Intervenciones en el Foro de Yenán sobre Arte y Literatura* escritas en 1942 Mao Zedong menciona frecuentemente a Lu Xun y describió los últimos años de su vida en su obra *Sobre la nueva democracia: Lo más sorprendente es que, encontrándose el Partido Comunista absolutamente indefenso en todas las instituciones culturales de las zonas dominadas por el Kuomintang, las campañas en el terreno cultural sufrieran allí también una rotunda derrota. ¿Por qué ocurrió esto? ¿No da motivo para reflexionar con seriedad? Precisamente en medio de estas campañas, el comunista Lu Xun se convierte en el gigante de la revolución cultural china.* En 1942 las *Intervenciones en el Foro de Yenán sobre Arte y Literatura*, Mao cita estas palabras de Lu Xun:

La condición necesaria para el frente único es tener un objetivo común... El hecho de que nuestro frente no logre estar unido demuestra que no hemos logrado unificar nuestros objetivos, y que algunos solo trabajan para grupitos o, de hecho, solo para sí mismos. Si todos nos orientamos a servir a las masas de obreros y campesinos, nuestro frente se unirá sin la menor duda.

En sus últimos años Lu Xun vivió en Shangai, en la zona internacional. Fue redactor de *Benliu* en 1928 y *Yiwen* en 1934. Viendo que la salud de Lu

Xun se deterioraba, sus amigos le aconsejaron que saliera del país, pero se negó, diciéndoles: *Prefiero trabajar y vivir menos años a vivir más tiempo sin trabajar.*

Murió el 19 de octubre de 1936. La obra de Lu Xun fue recopilada y publicada en 1938 en veinte volúmenes y aún hoy sigue siendo extensamente leída en China.

Poco antes de morir, el 9 de junio de 1936 remitió una dura carta de respuesta a Trotski que, además de criticar a Stalin como *burócrata*, tachaba también de traidor a Mao Zedong por su alianza con el Kuomintang frente a los ocupantes japoneses. La construcción del socialismo en la URSS, decía Lu Xun, demostraba la vaciedad de las tesis de Trotski; quizá sus teorías eran tan elevadas que podían volar por las alturas, mientras que las de Mao eran más *terrestres*, pero si dejamos entrar a los japoneses en China sin resistir, concluía Lu Xun, entonces sus teorías *atterrizarán en el lugar más asqueroso de la tierra.*

No alcanzó a presenciar la victoria de la revolución china de 1949. Sin embargo, el nuevo movimiento literario que impulsó tuvo un profundo impacto en la cultura china. El lenguaje literario arcaico y la vieja literatura de estereotipos cayeron en desuso. Los escritores y maestros empezaron a usar un lenguaje más popular, lo que facilitaba al pueblo estudiar e informarse. Se transformaron la poesía, los ensayos, los cuentos, las novelas y el teatro. La crítica y la teoría literaria hicieron grandes avances. La literatura mostraba más la vida y la sociedad real, y estaba más al alcance de la gente común. Lu Xun dejó un legado de teoría y práctica a los artistas revolucionarios por todo el mundo.

En 1942, Mao terminó *Intervenciones en el Foro de Yenán sobre Arte y Literatura* con estas palabras:

Este díptico de Lu Xun debe ser nuestro lema:

Con el ceño endurecido desafío fríamente los mil dedos que me señalan,
Humillando la frente, cual manso buey, sirvo gustoso al niño.

Los «mil dedos» son nuestros enemigos, y nunca nos someteremos a ellos por feroces que sean. El «niño» aquí simboliza al proletariado y las masas populares. Todos los comunistas, todos los revolucionarios, todos los trabajadores revolucionarios en el frente de la literatura y del arte deben seguir el ejemplo de Lu Xun y ser «mansos bueyes» del

proletariado y de las masas populares, doblando el espinazo para llevar la carga hasta exhalar el último suspiro. Los intelectuales que pretendan integrarse a las masas y servir las, han de pasar a través de un proceso en el que ellos y las masas llegarán a conocerse mutuamente. Este proceso puede implicar, e implicará sin lugar a dudas, muchos sufrimientos y fricciones, pero si ustedes están resueltos, podrán cumplir estas exigencias.

Poeta, cuentista, grabador en madera y líder revolucionario en el campo de las artes, Lu Xun es el padre de la literatura china moderna y dedicó su vida a servir al pueblo. Como dijo: *En la resistencia actual, los escritores luchamos tanto por el futuro como el presente, pues si perdemos el presente, no tendremos futuro.*

No cabe duda que Lu Xun es el más grande escritor chino del siglo xx. Según el escritor japonés Kenzaburo Oe, ganador del premio Nobel de Literatura en 1994, además es *el escritor asiático más grande del siglo xx*. Quizá todo eso aún no sea suficiente y haya que reconocer que en realidad es uno de los mayores del mundo.

Notas

[1] Leo Ou-fan Lee. «Genesis of a Writer: Notes on Lu Xun's educational experience, 1881-1909». En *Modern Chinese Literature in the May Fourth Era* (Goldman, Merle, ed.), Harvard University Press, 1977. <<

[2] La entrada al funcionariado suponía atravesar un arduo proceso de selección y de examen organizado en tres etapas. Un primer examen, a nivel distrital, le otorgaba al candidato exitoso el título de «talento floreciente» o «diplomado local» o «licenciado», según la traducción por la que se opte, y le permitía presentarse a la siguiente etapa, esta vez a nivel provincial, de la que saldría como «diplomado provincial». Finalmente, el examen más alto, que permitía obtener el grado de «jinshi» o «doctor», tenía lugar en la capital cada tres años. <<

[3] Son las mismas líneas que marcarán, poco después, la división entre quienes apoyarán al Partido Nacionalista (Kuomintang) y los que se aproximarán cada vez más al partido comunista. <<

[4] Ban'gu es un figura central de la mitología china ligada al origen del mundo. Xu Xilin es un militante del movimiento anti-manchú; fue ejecutado en 1907 acusado de conspirar contra la dinastía. Yi Ya es un personaje histórico de la época del siglo VII a. C., cocinero y funcionario del duque de Qi. El personaje hace referencia a un episodio relatado en el *Guanzi*, que cuenta que el duque de Qi le habría dicho a su cocinero que lo único que no había probado en su vida era carne humana. <<

[5] Se refiere a la costumbre de quemar unos fajos de papel que simbolizan dinero y que, por medio del fuego, se transfieren al muerto. <<

[6] Tradicionalmente, en los grandes clanes se hacían anualmente sacrificios a los ancestros. La ejecución de estos sacrificios iba rotando año a año entre las diferentes familias del clan. <<

[7] Alusión a los ataques de los defensores de la lengua clásica contra los intelectuales reformistas que promovían una lengua literaria basada en el habla. <<

[8] El sistema de exámenes imperiales había sido abolido en 1905. <<

[9] Es decir, 1911, año de la revolución que termina con la dinastía Qing y con el imperio, instalando la república. <<

[10] La Ming fue la última dinastía de la etnia han, es decir, propiamente china. Su sucesora, la dinastía Qing (derrocada en 1911), estaba conformada por pueblos de la etnia manchú, provenientes del noreste de China. <<

[11] Ah Q recita aquí líneas de óperas conocidas. En esta línea, específicamente, hay una referencia a una historia de la dinastía Song del Norte. El emperador tenía una concubina con la que pasaba todo el tiempo, sin ocuparse de las tareas de la corte. Nombra ministro a un hermano o pariente de la concubina, que va por todos lados abusando de su poder. Un ministro leal intenta aconsejar al emperador, es rechazado, luego es calumniado y el emperador le hace cortar la cabeza. <<

[12] Literalmente: carta de estilo «paraguas», porque cada línea vertical, comenzando desde la derecha, se escribe sin llegar hasta el fondo, salvo la del medio, de manera que la disposición de los caracteres en la página termina dibujando un paraguas. <<

[13] Se refiere a Li Yuanhong (1864-1928), un general del ejército Qing que apoyó el campo rebelde en la Revolución de 1911. <<

[14] Vasili Eroshenko (1890-1952) fue un escritor ruso anarquista, lingüista, músico y promotor del esperanto. Vivió en China entre 1921 y 1923. Eroshenko había pasado algunos años en Japón, a donde había llegado en 1914 gracias a sus contactos con los medios esperantistas. Más tarde, pasó por Siam y Birmania, donde estableció una escuela para ciegos. En 1917, al enterarse de la Revolución de Octubre, trató de regresar a Rusia a través de la India pero fue detenido en Calcuta y deportado a Japón. Logró escaparse en una de las escalas del barco, en Shanghai, y desde ahí volvió a Rusia. De vuelta en Japón, en 1919, publicó literatura infantil en japonés y finalmente, a causa de su militancia, fue detenido y deportado a Vladivostok, desde donde escapó a China. Allí, durante dos años, trabajó como profesor de esperanto.

<<

[15] Seudónimo de Zhou Zuoren (1885-1967), uno de los hermanos de Lu Xun, también escritor. <<

[16] Mulian salva a su madre es una ópera que retoma la leyenda budista de Mulian, devoto de Buda que desciende al infierno para salvar a su madre. <<

[17] El altar con los dioses está ubicado frente al escenario para que los dioses puedan disfrutar del espectáculo. <<

[18] Las pertenencias del muerto, o reproducciones en papel de las mismas, eran quemadas para que acompañaran al muerto en su nueva vida como espíritu. <<